



LA PRINCESA *del Jefe*

SALVADA Y PROTEGIDA POR
EL CRIMINAL MILLONARIO

CLARA MONTECARLO



LA PRINCESA DEL JEFE

Salvada y Protegida por el Criminal Millonario



Por Clara Montecarlo

© Clara Montecarlo 2018.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Clara Montecarlo.

Primera Edición.

Dedicado a;

Tamara, por mostrarme el mundo con sus ojos.

Sara, por aceptarme y quererme tal y como soy.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

Primera parte La terapeuta

1

Estaba esperando que John llegase a nuestra cita para hablar de su vida, de lo que le preocupaba, para saber qué problemas tenía y si estaba dispuesto a mejorarlos. Esa fue la primera consulta en meses luego de que dejó de venir a verse conmigo. No sabía por qué me había llamado tan de repente, pero, el motivo de su visita se explicó en una larga sesión que no tuvo problema en pagar.

Es importante entender que lo poco que se cuenta aquí es única y exclusivamente aquello que pude interpretar de las cosas que John me contó en sus terapias.

—Doc. Quiero saber qué tan confidencial somos. Me preguntó de repente, entre una anécdota de su infancia y un día completamente normal que no venía al caso.

John solía perderse a menudo, entre historias e historias que me ayudaban a entender, de a poco, lo que quería decirme.

—¿Preguntas cual es el nivel de confidencialidad de estas sesiones? le pregunté.

—Sí, exactamente eso. Usted me entiende.

—Bueno, es absoluta, de cierta forma. Todo lo que digas aquí no puede salir de aquí.

—¿Lo que sucede en la sesión de la doctora, se queda en la sesión de la doctora? dijo en un tono carismático propio de él, como si estuviera en complicidad conmigo.

Como individuo, tenía cierto sentido del humor que le ayudaba a ignorar ciertos sentidos importantes de su vida. Cuando contaba cosas acerca de su pasado, lo hacía con esa falta de tacto ante sus propios problemas que me hacían pensar que lo utilizaba para ocultar lo que realmente le hacían sentir esas cosas que me contaba; un padre autoritario, un sistema de la familia troncal que determinó el flujo de su infancia y de más.

Pero nada de eso me preparó para lo que vino después. John estaba lleno de sorpresas.

—Exactamente.

—Perfecto entonces exclamó, como si se estuviese preparando para algo entretenido.

—¿Qué me quieres contar? pregunté, sin mucho animo de revelar mis intenciones.

—Quiero contarle todo, doc. Creo ese es el motivo por el cual empecé esta terapia en primer lugar.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿No me has dicho todo ya?

—¿Hasta ahora? No, nada que ver, doc. No en el sentido estricto de la palabra.

—¿Sabes que puedes confiar en mi? No hay nada que puedas decir que vaya a salir de este consultorio.

—Y eso es lo que quiero creer, doc. Pero no es algo que se le pueda decir a cualquier persona.

—¿Es malo?

—Un poco, sí dijo, un tanto indiferente.

—¿Te ha pasado algo últimamente?

—¿Pasarme? ¡Ja! No, para nada doc. No me ha pasado nada que pueda ser considerado malo, y que tema contar.

—Entonces ¿qué es malo para ti?

—Muchas cosas, doc. se notaba que estaba atravesando sentimientos complejos □ No es lo que me haya pasado, es lo que he hecho

No sabía cuales sentimientos estaba experimentando porque no acababa de decirme nada al respecto. Quería ayudarlo, al igual que quiero ayudar a todos mis pacientes.

—¿Qué hiciste?

—No «qué hice», doc. Lo «que he hecho», lo que hago, lo que soy. Quiero contarle todo porque siento que somos amigos ¿me entiende? Siento que hemos

conseguido una especie de conexión que no se consigue con cualquiera.

—Supongo que sí.

—¿Cuánto tiempo llevamos viéndonos? ¿Un año, dos?

—Llevamos en terapia nueve meses, John. dije luego de revisar mi libreta □ No creo que llegemos al año.

—¿Nueve meses? Oh, eso si que es decepcionante. Se siente como que ha pasado más tiempo.

—No, sólo nueve meses.

—Bueno, no importa, aun así, siento que nuestra conexión es real.

John se veía relajado, colocó sus manos debajo de su nuca para usarlas como almohada. John tenía la intención de parecer genial con cada cosa que hacía, ocultando sus verdaderos pensamientos, suponiendo que al hacerlo no tendría que enfrentarlos. Quería que mejorara su actitud para sí mismo, pero mientras lo veía respirar con tal calma mientras me hablaba, revelando pequeños detalles de su conducta que se asomaban entre su forma de hablar, me hacían suponer que no era simplemente un problema común.

John era uno de esos pacientes que se apoderaban de su entorno, lo que era controlador, tal vez una actitud adquirida por su puesto de jefe de su propia compañía; eran simples observaciones que no podía diagnosticar o tomar en cuenta porque nunca me contó al respecto, hasta ese día.

—Es una relación estándar paciente-terapeuta. No podemos suponer que somos amigos porque la idea de conversar conmigo es que puedas recurrir a mí en un ambiente neutro en el que logres sentirte a gusto y así conseguir las respuestas que necesitas.

—Sí, sí. Eso lo sé, doc., me lo dijiste cuando empezamos respondió con hastío, como si se tratara de algo que le había dicho su padre.

—No es para que te sientas mal. Si te sientes mal, no estaremos logrando nada.

—Sí, eso creo. Pero es que realmente creí que éramos amigos.

—¿Quieres que seamos amigos?

—No lo sé.

—¿Tienes amigos, John?

—Tengo muchos amigos; tengo empleados, tengo asistentes, guarda espaldas... tengo de todo.

—¿Alguno al que realmente quieras? ¿Alguno al que puedas acudir cuando necesites ayuda, un consejo o una mano amiga?

—A usted. Vengo con usted para recibir consejos, doc. aseveró.

—De cierta forma es mi trabajo, pero no te aconsejo, te ayudo a encontrar las respuestas. ¿Es por eso que crees que soy tu amiga? ¿Por qué te escucho?

—No del todo, todos me escuchan, creo que es casi lo que les obligo a hacer.

—¿Obligas a las personas a escucharte? pregunté, viendo que comenzaba a contarme algo diferente de su vida.

—¡Oh no!, este, no vaciló □ nada que ver, no exactamente. Lo que quiero decir es que me escuchan porque es parte de su trabajo.

—En tu empresa.

—Sí tuvo una pausa de unos cortos segundos, pensando en algo a lo que era ajena □ sí, en mi empresa.

—Entonces están relacionados contigo por una dependencia laboral no estrictamente amistosa.

—Se puede decir que sí, aunque creo que podemos rescatar ciertas personas. Sí se podría decir que son «mis amistades», confió en ellos.

—Entonces sí tienes amigos.

—Digamos que sí.

—Entonces porque supones que somos amigos.

—Ya le dije doc. Porque me siento a gusto, porque siento que puedo confiar en usted.

—Puedes confiar en mi.

—Lo sé. Ya me lo dijo. ¿Podemos decir que es mi amiga? Me siento más cómodo así dijo, tratando de mantener un ambiente agradable.

Realmente necesitaba de mi atención, cosa que parecía que quería de todos los que le rodeaban a pesar de que era lo que obtenía, pero no a la medida que lo deseaba.

—Si te ayuda a hablar entonces, sí, podemos decir que soy tu amiga.

—Perfecto entonces, doc., porque creo que necesito un confiable amigo porque lo que le voy a contar es un poco complicado.

—Estoy aquí para escucharte.

—Perfecto entonces respiró profundo □ Listo colocó sus manos sobre su vientre, dejando caer su cabeza sobre el cojín de mi sillón □ Bueno, doc., creo que es mejor empezar con mi verdadero nombre. Sé que no debíamos tener secretos porque eso podría interferir en el desarrollo de mi terapia, pero creí necesario, para su seguridad, mantener mi identidad en secreto.

—¿No te llamas John Smith?

—No doc. Mi nombre es John Corvus.

—¿Por qué el saber tu nombre interfiere en mi seguridad?

—Porque es algo que quería decirle luego de un tiempo confesó.

—¿Tienes algún otro secreto que quieras revelar? pregunté, completamente calmada.

—Sí, doc. Pero no es la razón por la que estoy aquí hoy, luego de tanto tiempo.

—Cuéntame.

—Conocí a alguien, doc. Y creo que necesito resolver ciertas cosas en mi vida.

—¿Una chica? pregunté, por el tono que usó al referirse a ese «alguien».

Aquella platica fue llevándonos hasta un punto diferente de los hechos de su vida. En el pasado no quería contarme nada de su vida y no entendía por qué. Se mostraba cohibido ante el hecho de hablar de si mismo, de sus sentimientos, recelando la verdad como algo que podría hacerme daño. No entendía qué era porque no lo sabía todo, no sabía qué querría decir con eso, si era su forma de hablar o si iba en serio.

John se acomodó en el sofá que tenía para mis pacientes y comenzó a

hablar.

—Ser malo ha sido bueno gran parte de mi vida. No me he quejado, no he hecho lo que otros hacen, doc., eso de perderse en la monotonía de sus vidas, seguir las reglas, hacer las cosas de forma adecuada como un ciudadano ejemplar. Estamos hablando de algo que no estoy acostumbrado a ser: bueno. No soy un hombre bueno, ¿sabe? Claro que no lo sabe, claro que no es capaz de entenderlo.

John Corvus era un hombre millonario que lo tenía prácticamente todo, no se sentía a gusto con las cosas que su familia le había hecho en el pasado así que la pagó con ellos al hacer todo lo que le habían enseñado a no hacer. Nunca se sintió querido por ellos, ser el cuarto de siete hermanos, y uno de los menos agraciados, le hizo sentir incompetente de cierta forma, obligándolo a querer llamar la atención de aquellos a quienes quería impresionar.

Su rebeldía fue llevándolo a lugares inimaginables, haciendo que se juntase con antisociales que de forma egoísta querían hacer del mundo un lugar mejor, al destruirlo desde sus cimientos. Durante años se involucró en decenas de crímenes que le fueron acostumbrando a una vida criminal de la que hoy en día parece estar orgulloso.

Era inusual que un criminal quisiera recibir ayuda terapéutica de ese tipo y abrirse de la forma en que él lo hizo. John no era un hombre cualquiera, nada común, y fue por eso que decidí continuar con aquella sesión.

—La primera vez que la vi, fue cuando la entrevisté para el puesto de mi asistente. Creo que ese día fue cuando supe que esa chica era alguien especial.

John estaba esperando para que el siguiente aspirante atravesara el umbral de su oficina y demostrarle que sería el indicado para atender con todas sus necesidades. No era un hombre muy paciente, pero estaba dispuesto a mantenerse ahí porque necesitaba urgentemente alguien que trabajara para él.

—Pase el siguiente dijo John en voz alta para que sus guarda espaldas dejaran pasar al siguiente aspirante.

Ese fue el primer momento en que se encontraron.

—Buenos días dijo una voz de mujer muy agradable.

No se dejó sorprender por lo adorable de aquella voz porque tenía

intención de mostrarse como un adulto intimidante e interesante.

—Buenos días dijo John sin levantar la mirada de sus documentos por firmar.

—Estoy aquí por el trabajo de asistente dijo ella, con le mismo tono de voz.

—Sí, sé por qué estás aquí. Por favor toma asiento dijo, sin levantar la mirada.

No tenía motivos suficientes para no interrumpir lo que hacía, pero quería parecer ocupado y lo fue logrando. Entre él y la chica con voz agradable que aun no veía, había un silencio molesto que los mantenía desagradablemente callados.

—¿Cuál es tu nombre? preguntó John por fin luego de unos minutos pasando hojas y firmándolas con rapidez.

—Me llamo Nadia dijo ella, con todo orgullo.

Se notaba cierta falta de seguridad en sus palabras que le obligaron a levantar la mirada. John pensó que se trataba de otra chica tonta que quería el trabajo porque estaba necesitada de un empleo sencillo. Así que decidió levantar la mirada para rechazar de inmediato a aquella mujer.

—¿Nadia? Creo que mejor... levantó la mirada y la vio a los ojos.

En ese momento, sus miradas colisionaron una con la otra. Nadia, aun se veía tan nerviosa como estaba sonando mientras hablaba con John, pero él dejó de lado su actitud genial de hombre millonario para permitirle a una de sus mejores sonrisas escaparse. Se encontró con una mujer de piel color chocolate con unos ojos marrón claro y un muy buen gusto para la ropa. Su cabello encrespado y un poco alborotado le daba la sensación de seguridad propia que su voz no le prestaba en ese momento.

Nadia se quedó callada esperando que John terminase su oración. Él vaciló.

—Creo que es mejor que te relajes dijo, cambiando por completo lo que iba a decir □ ¿es tu primera vez buscando trabajo? preguntó.

—No, no es mi primera vez.

—¿Entonces por qué estás desempleada? dijo John con una sonrisa que desnudaba su blanca dentadura.

Esperaba que eso cautivase a Nadia, por encima de su atractivo natural y su dinero.

—Porque vacilé □ porqué mi otro empleo, yo, no pude... Nadia trataba de hablar, pero sus nervios no la dejaban.

Apartó la mirada de John para evitar sentirse intimidada por su presencia.

—¿Por qué? dijo John, sin encontrar sentido en sus palabras, sin dejar de sonreír porque encontraba gracioso la forma en que Nadia intentaba hablar.

—Quiero que tú intentó continuar Nadia, hasta que se dio cuenta que había perdido la formalidad de su discurso.

Levantó la mirada asustada, creyendo que lo había ofendido.

—Que usted, disculpe dijo asustada □ me gustaría poder trabajar con usted.

John no pudo contener la risa, y dejó escapar una invasiva carcajada gruesa e imponente que invadió la oficina.

—No te preocupes dijo John □ no hiciste nada malo. No me trates de a usted pidió □ llámame John.

—¿John? Preguntó Nadia, como si no lo conociera.

—Sí, John. Me llamo John Corvus extendió su mano y se la puso en frente a Nadia □ mucho gusto.

Mientras lo hacía se levantó de su asiento. Nadia se le quedó viendo a él y fluctuó entre su mano y sus ojos porque no entendía lo que estaba sucediendo. John, mantenía sus labios extendidos dibujando una sonrisa.

—¿Nadia? dijo John □ ¿Me dijiste que te llamabas?

En ese momento, Nadia reaccionó y se levantó tan rápido que dejó caer unas carpetas que tenía sobre su pierna. Se distrajo por unos segundos, miró abajo, miro la mano de John, trato de recoger la carpeta y de extender su mano. Entró en pánico y se quedó en medio de ambas acciones. Él sólo la veía con atención, riéndose suavemente de la forma en que actuaba Nadia.

—Sí, yo... soy Nadia Velázquez vacilé, alcanzando la mano de John y

sacudiéndola con apremio □ yo...

John no pudo contener de nuevo su risa y la soltó, confundiendo más a Nadia.

—Tranquila dijo, rodeando su escritorio y recogiendo las carpetas que se habían caído al suelo.

Nadia no había reaccionado todavía, no sabía que hacer. Aun tenía la mano extendida en el aire a pesar de que ya había estrechado la de John. En lo que lo vio acercarse al suelo, intentó agacharse y terminar de hacer lo que intento segundos atrás.

—Lo siento, es que yo... esta es mi primera entrevista con alguien tan importante, estaba preparada y quería dar una buena impresión pero yo comencé a hablar, como si alguien hubiese jalado la cuerda adherida a su espalda □ y no la he dado, solo he hablado como una tonta y hecho un desastre. Hablaba mientras que recogía los papeles del suelo que había dejado caer, preocupada por lo que John podría pensar de ella.

—Descuida, no has hecho nada malo dijo John, antes de hacer una pausa dramática □ aun.

La forma en que lo dijo, alarmó a Nadia, obligándola a levantar la mirada y mirarle con miedo, creyendo que cualquier error podría costarle la oportunidad de trabajo.

—Disculpe, en verdad, no era mi intención hacerlo molestar dijo, asustada.

John de nuevo dejó escapar otra carcajada, como si en realidad no se tomara en serio nada de lo que decía ella.

—Para nada, no te preocupes. Sólo estoy bromeando, tratando de hacerte sentir mejor.

John terminó de recoger las hojas del suelo, de colocarlas dentro de su carpeta, y levantarse, sin apartar la mirada de los ojos de Nadia, quien se levantó al mismo tiempo que él, como si estuviera imitando sus movimientos.

—Toma, no lo dejes caer de nuevo, podrías perder algo importante dijo John, tratando de sonar como un adolescente genial que decía cosas al azar y oneliners que le ayudaran a mantener ese estatus de joven interesante.

—Yo vacilé □ lo haré dijo Nadia □ disculpe mi estupidez.

—¿Estupidez? John se alejó un poco de ella, rodeó su escritorio y se puso de nuevo en frente de ella con la mesa de madera oscura pulida entre los dos □ nada que ver, sólo estás nerviosa ¿o no? preguntó, bajando su cabeza y levantando una ceja, interrogándola no solo con su palabra sino con su mirada.

—Sí, es que es mi primera vez, y no quiero arruinarlo.

—Bueno, no te preocupes, podré ser tu primera vez, pero lo que importa es que sea tu última dijo John, desabotonándose el saco de su traje y sentándose con elegancia en su silla de cuero.

Nadia no dejaba de seguirlo con la mirada, así que hizo lo mismo que él y se sentó en la silla que había estado ocupando desde que entró a aquella oficina. Se notaba que no sabía qué más hacer, cosa que a John le causaba gracia. John la veía con interés, deseando saber más de ella, de tenerla cerca el tiempo suficiente para que pudiera conocerla mejor y tal vez disfrutar de su compañía. No importaba si se trataba de una chica que buscara un empleo porque necesitaba comer, si era hermosa, sexy y con una personalidad atractiva, entonces querría intentar todo con ella. Desde que comenzó a tomar las riendas de su vida, nunca ha dejado de obtener lo que quería.

La miró con interés, sin dejar de sonreír.

—Eso quiero dijo sin pensarlo □ quiero que sea mi última vez, quiero conseguir un trabajo cuanto antes porque no puedo soportar estar más desempleada confesó.

El desahogo de Nadia le alentó a sonreír aun más. John estaba sintiendo que Nadia era una chica interesante, y que necesitaba conocerla aun más.

—Entonces, creo que debemos hablar de tus actitudes, si quieres que esta sea tu última vez. Podríamos hacer de tu futuro algo mejor si trabajas conmigo.

—Eso es lo que me gustaría dijo Nadia, reflejando su ferviente deseo por conseguir un empleo □ ¿Qué puedo hacer para convencerlo?

—No mucho, sólo hálbame de ti. Pero con calma, trata de dejar de pensar que estas nerviosa y así hacer que todo fluya mejor ¿sí? John comenzó a adoptar la actitud de un empresario respetable, interesado en parecer un hombre seguro y serio.

—Bien vaciló, tragó saliva y acercó su silla al escritorio, dando un pequeño salto que le dibujó una risa en el rostro a John □ tengo veintinueve años y me gustaría comenzar a trabajar de algo que me pueda dar suficiente dinero para vivir. No sabía qué hacer, no desde que me gradué de leyes en la universidad.

—¿Te graduaste de leyes? preguntó John, sorprendido porque no esperaba que fuera abogada.

—Sí, de leyes, pero no he podido ejercer como quiero porque no he logrado conseguir un trabajo en donde me tomen en serio.

—¿Por qué dices eso?

—Porque en los pocos trabajos en los que he tratado de ejercer, mis superiores han intentado sobrepasarse conmigo y no lo he permitido, lo que ha hecho que me despidan.

John le miraba a ella a los ojos, dándose cuenta que ese era un tema delicado. No sabía si era cierto o no, pero simplemente no podía dejar de creerle. Se veía afectada por el asunto, cosa que le disgustó.

—¿Qué tanto se han sobrepasado contigo? preguntó, con un tono de voz intimidante. Se escuchaba como si se tratara de un animal salvaje, del alfa de algún grupo de lobos que intentaba demostrar su autoridad □ ¿Te han hecho algo malo? ¿Te hicieron daño?

Nadia se sintió intimidada por la forma en que John la abordó con aquellas palabras. Su voz gruesa, su mirada intensa, su lenguaje corporal invasivo, la forma en que se tensó por completo indicaban que podría saltar en cualquier momento si su respuesta era incorrecta, si decía que sí le habían hecho daño.

—No aseguré, quebrando la voz □ no me hicieron nada. Sólo me acosaron sexualmente; luego del primer incidente, me fui de inmediato de allí. Las dos veces que me sucedió. Aseveré, tratando de hacer que John se calmara.

Su mirada parecía la de un toro furioso, su respiración se agitó, Nadia juraría que había visto un par de venas brotándole por las sien que estuvieran a punto de explotar.

—¿Segura? Preguntó John.

John no sabía cómo sentirse al respecto. No era como que estuviere tan interesado por Nadia que de repente ya estuviera preocupado por su seguridad cuando a penas y la conocía. Se trataba de algo más profundo.

El pasado de John era algo turbio y desagradable, no había conseguido la forma de contárselo a nadie más que a su psicóloga, a quien le estaba contando su historia.

—*¿Entonces eres un criminal buscado? pregunté.*

—*Algo así, he hecho ciertas cosas desagradables.*

—*¿Y qué tiene que ver Nadia en todo esto? cualquiera podría decir que la historia no venía al caso, pero yo sabía que sí, con ella me había dicho algo que no me había contado nunca; algo le molestaba. ¿Por qué te molestaste cuando Nadia te contó acerca del acoso que experimentó en el trabajo?*

—*Porque John estaba histérico, de la misma forma que había descrito que se veía en el momento en que Nadia se lo contó porque considero que son un problema para esta sociedad. No pueden simplemente existir y corromperlo todo vaciló pienso que debemos matarlos a todos..*

La forma en que hablaban era propia de una persona violenta, no era sólo el decir que los quería matar, sino las emociones que exteriorizaba al hacerlo. Se detallaba con cada gesto que realmente sería capaz, cosa que no puse en duda, no luego de que me contó que ya había matado y golpeado para llegar hasta donde estaba. Podría sentirme insegura, pero ese tipo de cosas eran parte de mi trabajo: mantener la calma y dar mi apoyo a mis pacientes sin juzgarlos.

—*Esa es una palabra muy fuerte John, para usarla tan deliberadamente.*

—*Doc. No estoy usándola deliberadamente.*

—*¿no? pregunté.*

—*No necesito muchas excusas para matar a alguno de ellos. Matar no es tan difícil.*

Su forma de hablar, se hacía cada vez más fría, sónica, tal vez no eran las palabras que usaba, sino su mirada, su rostro impávido, la falta de remordimiento al decirlo. No cabía duda de que lo decía en serio.

—Y matarlos a ellos, no me ha costado mucho.

—¿Y cómo te ha hecho sentir eso?

—Me ha hecho sentir bien, porque he liberado al mundo de esos desgraciados.

—Son diferentes a ti, ¿verdad? ¿ellos sí son malos, no como tú?

—Exactamente, Doc., ellos son parásitos, no son dignos de ser preservados.

—Entonces, ¿tu si te justificas? ¿Tus actos si son aceptables en comparación?

—No busco una excusa, Doc., no me importa, sé lo que he hecho, se lo que puedo hacer, y mientras tenga las herramientas para deshacerme de esos desgraciados, lo voy a hacer.

John ya no me hablaba de Nadia, no se sentía como uno de mis pacientes regulares que se preocupaba de problemas fútiles con soluciones sencillas. Esta vez hablaba de algo que no sólo le motivaba a actuar, sino que le iracundia. No sólo suponía que el asesinato estaba justificado siempre y cuando se tratara de ellos, algo que era propio de una persona dañada.

—¿Y de donde viene tu odio hacia ellos?

—De la vida, Doc. Ellos hacen daño sin pensarlo, se preocupan sólo por ellos mismos y no piensan en las personas que destruyen. Familias, niños, jóvenes, mujeres. Todo lo que hacen lo hacen por un placer cochino y desagradable.

—Pero de algún lugar tuvo que aparecer todo ello. Tuviste que haber tenido contacto con algo semejante para poder aborrecerlo.

—¿Me está diciendo que sólo puedo odiar lo que conozco? vaciló No doc., no necesito conocer a nadie para odiarlo.

—No necesariamente interrumpí el nivel de desprecio que expresas en contra de ellos es propio de una persona que ha atravesado por ello. Se describe como una impotencia, como la necesidad de hacerles pagar por lo que han hecho.

—¿Y cree que no se lo merecen?

—No soy quien para juzgarlos.

—Oh exclamó con sorpresa entonces los puede hacer cambiar, ellos pueden mejorar, pueden dejar de ser parásitos.

—Sólo cambia quien quiere hacerlo.

—Alguno de ellos tienen trastornos psicológicos John... intenté apelar a su razón para que se calmara, pero me interrumpió.

—¿Razones? ¿Intenta decirme que sus crímenes tienen razones? preguntó, cada vez más alterado.

—¿Los tuyos no? pregunté. Obligándolo a pensar en otra cosa.

—Los míos no cuentan como crímenes... no de ese tipo, doc., John me miró, buscando mi aprobación no de ese tipo.

—Me has dicho que has matado personas.

—Yo no mato por placer, Doc. Son simples negocios.

—¿Eso es suficiente para ti?

—Nada es suficiente para mi. Doc., pero hago lo que tengo que hacer cuando es el momento de hacerlo. El fin no justifica los medios, yo no soy altruista. Sé que soy una persona mala, que he hecho cosas malas, pero eso no quiere decir que lo que he hecho es justo.

—¿Entonces por qué lo haces?

—Porque nada importa, doc., porque somos fútiles en este universo, porque no hay un motivo por el que estamos aquí y, si voy a existir en una realidad de la que no tengo control y en la que no importo, por lo menos lo haré siguiendo mis reglas.

Había conseguido que dejara de hablar de su odio por los abusadores de mujeres, cosa que parecía alterarlo sólo porqué si. Su siguiente tema también me ayudó a saber un poco más de él.

—Pero si eres un criminal, perteneces a ese sistema delictivo que quiere controlarlo todo. No dejas de lado lo que te molesta.

—No dije que fuera muy brillante, doc. Hago lo que puedo poco a poco, su actitud iracunda fue amainándose.

—¿Y eso qué tiene que ver con Nadia? le pregunté, queriendo devolverlo a su zona de confort.

—¿Nadia? ¿Con todo esto?

—Sí, creo haber entendido que viniste porque la habías conocido. ¿Qué tiene que ver eso con que hayas venido? ¿Con que me estés contando todo esto?

—Nadia es especial, doc., me hace querer mejorar.

—¿Por qué? ¿Qué tiene ella que no tenga otra persona?

—¿Otra persona? No lo sé doc. No soy muy sociable, no me gusta interactuar de más con las personas hizo una pausa pero ella, ella es especial en todos los sentidos.

—Entonces John.

John estaba calmado, se estaba controlando.

—Cuéntame más de Nadia, John. Cuéntame qué sucedió después de que te dijo eso.

John se dio cuenta de que la actitud que estaba tomando no era propia de una persona normal, postura que le gustaba mantener mientras se relacionaba con personas que no sabían acerca de sus asuntos criminales. Reaccionó ante la mirada perdida de Nadia, quien le observaba en una combinación entre asustada e intrigada al respecto.

—Disculpa dijo John, entrando en la realidad □ yo...

—No, este trató de excusarle Nadia, sintiendo que no había hecho nada del todo malo. □ Yo también me siento así cuando se trata de ese tipo de cosas. Las personas desagradables deberían desaparecer dijo Nadia, como si estuviera entendiendo los sentimientos de John.

—Pienso lo mismo.

—Sí, igual yo, es por eso que antes de irme, les paté en las bolas para que no me olvidaran.

El cambio repentino de tema le obligó a tomar una actitud más pasiva, amigable. Comenzó a soltar su cuerpo ya que el comentario de Nadia le hizo sonreír un poco.

—Claro, eso es lo que se necesita para colocar a un hombre en su lugar continuo Nadia □ pienso que es mejor darle a entender que no somos un sexo débil, cosa que se ha mantenido así por cientos de años porque la sociedad apesta. Y yo... Nadia se dejó llevar por su discurso y por el hecho de que John no la estaba interrumpiendo.

De repente, hizo silencio, al ver que John no borraba de su rostro la sonrisa que tenía.

—¿Estoy hablando mucho? ¿Estoy molestándole? ¿Verdad? Preguntó Nadia, dejándose dominar de nuevo por sus nervios; y sin esperar respuesta, volvió a hablar □ Sí, lo estoy molestando, lo sé, no le gusta que no lo dejen hablar. Suelo hacer mucho eso, suelo hablar mucho sin darme cuenta que estoy agobiando a las personas se alteró al ver que lo seguía haciendo, mientras notaba que sus manos se movían de un lado a otro □ ¿Ve? Lo estoy haciendo de nuevo, no puedo yo...

John estaba encantado con la forma de ser de Nadia. Ya había superado ese molesto rencor que le había invadido segundos atrás acerca del acoso sexual del que fue víctima Nadia, concentrándose en las cosas que decía, en la forma en que lo hacía y en lo bien que se veía haciéndolo. Corvus dejó escapar una risa sutil, no por jocosidad, porque se estuviera burlando, sino porque el parecía adorable ver a una chica tan atractiva hacer ese tipo de cosas.

—No, para nada, no te preocupes dijo John □ no creo que agobies a nadie.

—Pero si no lo he dejado hablar vaciló □ yo estoy...

—No estas haciendo nada dijo con una sonrisa en el rostro □ aparte de darme risa con tus ocurrencias. Es adorable cómo lo intentas.

Nadia se cohibió, se encogió entre sus hombros como si estuviera sonrojada, pero a causa de su color de piel John no podía saberlo.

—No es malo continuó John □ creo que de hecho es bueno. Quiero ver más de eso.

Su sonrisa era honesta, tenía un brillo interesante en los ojos gracias a la presencia de Nadia. Veía en ella algo que le llamaba la atención más allá de cualquier otra cosa. Sus miradas se mantuvieron fijas sin mediar palabras, sin

hacer más nada. John suponía que las cosas estaban yendo de maravilla, a pesar de que su entrevista no había siquiera tomado las riendas adecuadas para convencerlo (a pesar de que ya estaba convencido) de que debía contratarla.

—Pero no sabe si soy buena en... trato decir Nadia.

—¿En qué? ¿En esto? preguntó John, quitándole importancia al asunto; se recostó del espaldar de la silla y la inclinó hasta atrás, relajándose en todo los sentidos □ Ser asistente no es la gran cosa, no necesitas saber de muchas cosas agregó.

John estaba sonriendo, mirando a Nadia, esperando a que diera su opinión al respecto. Pero ella no dijo nada. Sus ojos estaban fijos, perdidos entre los hechos y lo que él quería decirle. Así que tomó de nuevo la palabra.

—Lo que quiero decir se acercó al escritorio, apoyándose sobre este con los codos, entrelazando sus manos como si estuviera a punto de decir algo propio de un empresario □ es que me pareces una buena opción para ser mi asistente. Me agradas, y quiero que tengas el trabajo.

A Nadia se le fue dibujando una sonrisa en el rostro, más como una mueca que como un gesto de alegría; de nuevo, su comportamiento supo llamar su atención. Le daba la impresión de que no estaba prestándole atención.

—¿Sucede algo? interrogó John. □ De repente estás muy callada.

—Es que no quiero interrumpirlo dijo por fin □ porque hablo mucho, porque no puedo callarme y entonces pensé que querría hablar, ya que es su turno y todo eso.

John dejó escapar una carcajada al entender por qué su actitud.

—Si que eres graciosa dijo sin considerar como podía tomarlo ella.

Nadia le miró, aun siguiendo sus acciones, como sí estuviera imitándolo, como un instinto de defensa. Su carcajada fue amainando poco a poco, terminando en un bramido sutil que atravesaba sus labios que iban dibujando una sonrisa para luego culminar en un suspiro de alivio. En lo que se calló, ella vio una oportunidad de hablar.

—¿Entonces? dijo Nadia □ ¿Estoy contratada?

—Si quieres el trabajo, es todo tuyo.

Nadia había conseguido lo que quería, así que se levantó en un gesto de júbilo y exclamó con un «sí» al aire que sorprendió a John, pero no le molestó en lo absoluto. Él se levantó al igual que ella, para celebrar lo que había sucedido. Hasta ese punto, creía que todo iba bien. Ella sería únicamente su asistente, nada del otro mundo; trabajaría para él cubriéndolo y haciendo lo que este quisiera.

No existía problema alguno: ella ganaría bien, no tendría mucho trabajo y estaría todo el tiempo a su lado, con una pequeña excepción.

John tenía en mente que introducirla a su mundo sería mala idea, pensó que podría mantener un límite entre sus dos negocios en donde ella pudiera mantenerse, como si estuviera balanceándose en una cuerda floja, sin la necesidad de que lo supiera. Hasta donde ella sabía, él sólo era un empresario importante en una industria en crecimiento, así que no había motivos para creer que era un criminal buscado por las autoridades. Pero el ser su asistente implicaba que tendría cierto nivel de acceso a su vida de forma limitada (algo que no le había dado ningún problema en el pasado) pero las cosas no siempre suceden como muchos lo esperan.

Por varios días seguidos a ese, John no le dio mucha importancia al asunto que giraba en torno a sus dos vidas. Nadia trabajaba con entusiasmo y empeño, demostrándole, en poco tiempo, que no se había equivocado en elegirla como su asistente. Se ocupaba de su vida privada, de sus reuniones de negocios, atendiendo a sus clientes a sus socios y al resto de los empleados de su empresa, indiferente a lo que sucedía con su jefe. Él estaba seguro que nada de eso importaría, no era como que fuera difícil de ocultar, así que poco a poco fue dejando que las cosas fluyeran al ritmo que esto quisiera.

John explica que no siempre puede confiar en las personas del modo en que comenzó a hacerlo con ella. En pocas semanas pudo crear con ella un vínculo que le hizo suponer que no había nada de qué preocuparse y que por eso dejó que las cosas siguieran su curso. No quería introducir a Nadia al mundo criminal pero tampoco quería tenerla lejos.

Poco a poco, comenzó a sentir la necesidad de acercarse más y más a ella. Una actividad normal en un hombre que lo tiene todo y cree que puede tener mucho más. No sólo la veía como una empleada confiable, sino como una mujer realmente atractiva. No podía negar su belleza ni lo que le hacía sentir como hombre. El estar todo ese tiempo con ella (varias semanas luego de

contratarla; tiempo suficiente para establecer un vínculo) lo que no sólo hizo que le viera como veía a muchas otras mujeres, sino como algo más.

—*¿Por qué crees que querías tener una relación con ella?*

—*Al principio no quería una relación, no era como que esperara que las cosas sucedieran como lo hicieron.*

—*Me estás diciendo que comenzaste a verla como algo más. ¿Algo más a qué? No te hacen falta las mujeres en tu vida, puedes estar con quien quieras cuando lo quieras. ¿Qué es «algo más» para ti?*

—*Doc., esa es una buena pregunta me elogió.*

—*¿Estás dispuesto a responderla? le pregunté.*

—*Para ese entonces, ella no sabía nada de mis negocios; atendía ciertos asuntos importantes con respecto a ellos, pero ignoraba que era sobre eso. Nadia no hacía preguntas, sólo obedecía mis peticiones. dijo John Nadia, ve a buscar mi coche de la tienda y tráelo dijo como si se dirigiera a ella Nadia, transfiere este dinero a esta cuenta; Nadia, hazme este favor; Nadia, haz esto otro. Dejó su ejemplo y continuó con su explicación no preguntaba, sólo lo hacía; así que eso me permitió que la introdujera, sin que se diera cuenta, en mi mundo; porque sentí que podía confiar en ella, y estar a su lado por tanto tiempo, me hizo verla como la mujer que era.*

—*¿No es que no te parecía una buena idea hacerlo, introducirla a tu mundo?*

—*No lo era, no en ese momento.*

—*¿Luego sí lo fue?*

—*No, tampoco lo fue exclamó, sintiéndose incomprendido No me está entendiendo, doc., no era buena idea introducirla al mundo.*

—*¿Entonces por qué lo hiciste? Aunque fuera de forma sutil, seguía siendo mala idea. ¿Por qué crees que lo hiciste?*

—*No lo sé, el caso es que cuando me di cuenta de ello ya era demasiado tarde.*

Había algo en su forma de decirme que todo era un problema, de la manera

en que John les quitaba importancia a esos asuntos inmediatamente los contaba, que me hacían suponer que no estaba seguro siquiera de sus propias decisiones.

Los días pasaban uno tras otro con tal rapidez que a John le costaba entender qué estaba sucediendo con Nadia y su vida. Explicó que las cosas no eran del todo sencillas para él. Poco a poco, la relación con su asistente se hacía cada vez más evidente.

—Hoy la vi increíblemente arreglada dijo John, sin comenzar con un hola o como le fue durante la semana.

—¿Acaso eso es malo? pregunté, mientras me sentaba en mi silla las mujeres a veces simplemente quieren verse bien.

—Pero no es que lo haga sólo porque sí.

—¿Qué sucedió?

—Yo la vi, ¿sí? Entonces le dije que me gustaba como estaba...

John comenzó a explicarme lo sucedido.

—Que bella te ves hoy dijo John un día cualquiera; según él, uno de los muchos en los que se dio cuenta del interés que flotaba en el aire □ Nadia.

Se había acostumbrado a verla bien vestida todo el tiempo; supongo que, por alguna razón, ella se había convencido que el trabajo que tenía con él, necesitaba de cierta presencia que no podía dejar pasar. Era una asistente atractiva y debía verse como tal; según lo que dijo John.

A John le encantaba como se veía la figura de Nadia dibujada en las prendas que le quedaban ajustadas.

—Gracias, lo compré ayer; quería que lo vieras dijo Nadia.

John no era estúpido, sabía cuando alguien quería decirle algo. Ambos se miraron fijamente a los ojos, entablando una conversación que no parecía necesitar de palabras más que del simple gesto de sus rostros para entender a la perfección lo que estaban queriendo decir, lo que estaban pensando, lo que querían hacer.

—¿Y por qué crees que se vestía así?

—Para llamarme la atención.

—¿No es un poco egocéntrico?

—Es que Nadia se había estado comportando de ese modo en los últimos días. Dijo John algún motivo debía tener.

—¿No estarás sobre analizando la situación?

—No, porque no sólo es como se vestía, era como me trataba, como hablaba, como me veía. Nadia se las arreglaba para meterse en mi cabeza con todo lo que hacía en el momento justo en que lo pensaba hacer.

John parecía comenzar a perder el control de su vida. El curso de sus acciones se veía afectado por la presencia de Nadia. Todos los días la veía y eso presentaba un obstáculo para su razonamiento; al verla como alguien importante que no podía simplemente evitar pasar, le hacía suponer que necesitaba que estuviera allí y eso se interponía en su propia realidad. El mundo era diferente para él, las personas no conocían todos sus secretos y él lo entendía, pero en cuanto a su secretaria, todo lo que la involucraba y tenía que ver con ella, era un problema que giraba el sentido de las cosas.

Otro día, antes de dejar de verlo, (porque de repente simplemente desapareció y dejó de ir a mis terapias) llegó hablando de ella, como de costumbre, acerca de cosas que no me había contado antes.

—Para mi Nadia era perfecta dijo John.

—¿Era?

—Sí, era en ese momento se explicó es decir, que cuando me di cuenta que era buena en lo que hacía, supuse que era perfecta.

—Está bien.

—Todo lo hace de inmediato continuó me encanta la forma en que atiende a mis asuntos con rapidez, con eficiencia, con encanto. Las cosas que hace las hace de tal manera que nada podría salir mal. Mi negocio ha estado creciendo significativamente gracias a que ella me ayudaba en todo. No solo es buena con los números, ni con los documentos, ni con la atención o los tratos. Su carisma, su forma de ser. Ella es perfecta para el trabajo física y mentalmente.

—Y eso te gusta.

—Eso me molesta.

—¿No es algo bueno todo lo que hace?

—Sí, pero me hace sentir más inseguro, más apegado a ella de una forma que no puedo comprender.

—¿No has pensado que tal vez se deba porque ella es una parte esencial de tu trabajo? ¿No crees que se debe a que sientes algo por la forma en que haces las cosas porque estás encantado con su eficiencia?

—Sí que me gusta lo que hace, es muy buena en ello, pero no sé por qué sigue molestándome que lo haga. Estoy confundido aseveró al final.

—Eso es bueno dije, con seguridad.

—¿Estar confundido?

—No, darle un nombre a tu problema. Estas confundido porque no entiendes qué quieres para ti ni cómo actuar. Nadia no es quien lía la situación aquí y lo sabes; eso te hace sentir inseguro al tratar de contemplar tus propias ideas. Te confunde que sea tan buena y tú, cómo según lo dices, tan malo, te aferras al hecho de que no pertenecen al mismo mundo y por eso no pueden, no, mejor dicho, no deberían convivir, sentirse mutuamente atraídos. Y ese es el primer paso para llegar a la realización personal, y darle fin a esta terapia, e identifiques el problema.

John me miró en silencio, como si estuviera analizando lo que le acababa de decir. Sin embargo, no se dejó doblegar.

—Pero debo decírselo...

Hacérselo saber era esencial para él porque necesitaba saber qué pensaba ella de su trabajo, de su forma de hacer las cosas. La atención que tanto quería llamar había evolucionado hacia la admiración y el respeto de una mujer que le veía todos los días.

No sabía cómo era ella, qué pensaba, qué veía ella en él ¿un millonario más? ¿un hombre respetable? ¿alguien a quien querer? John deseaba que Nadia se sintiera interesada por él del mismo modo que él por ella.

—Cada vez que la veo, me hace sentir ridículo, no sé qué hacer.

—¿Cómo así?

—No lo sé, y eso es lo que me preocupa.

Antes de que pudiera decir algo al respecto, me interrumpió.

—¿Te preocupa lo que hace como tal, o lo que eso te ocasiona?

—Lo que me ocasiona. Es extraño sentirse así estando a su lado.

—A ver, explícame.

—Cuando se acerca a mi para entregarme documentos, siempre lo hace desde atrás, pegando todo su cuerpo al mío.

—¿Y eso significa algo para ti? pregunté.

—No es lo que hace, doc., era la forma en que lo hace explicó se pega a mi sin necesidad de hacerlo, podía simplemente entregarlos desde el otro lado del escritorio, no es del todo necesario acercarse a mi y hablarme prácticamente al oído.

—Es una forma de verlo.

—Es lo que me confunde más. Cuando hace eso, siempre siento la presión de su presencia como si se tratara de algo invasivo, poderoso. Nadia sabe como hacerme sentir dominado.

—¿crees que lo hace intencionalmente?

—No lo sé, pero si de algo estoy seguro, es que no le cuesta nada lograrlo.

—¿Entonces por qué simplemente no te apartas de ella por un tiempo?

—Porque me domina, me hace sentir bien estar a su lado.

—¿Te gustaba sentirte dominado?

—Me gusta como me hace sentir ella.

—¿Dominado?

—Libre, feliz, bueno. Nadia me ha hecho sentir de muchas formas, doc., y es por eso que decidí que debía venir más a menudo para hablar con usted.

—¿Por qué lo dices?

—Porque ella me hace querer ser mejor persona, doc., ella es alguien especial, es alguien que me hace creer que hay luz al final del túnel.

—*Es una chica importante para ti.*

—*Sé que no va a cambiar lo que he hecho, de lo que soy capaz.*

—*¿Tus crimines?*

—*Sí dijo John, como si no fuera sólo eso mis crímenes.*

—*Sigues cometiéndolos, sigues haciendo las cosas que te llevaron hasta donde estás ahora. ¿Por qué ella te hace sentir mejor, sabiendo todo lo que has hecho?*

—*Por la forma en que me mira.*

John la miró, luego de las palabras de Nadia. Le sonrió con un sentido de complicidad que ella respondió con el mismo gesto. Sus miradas seguían fijas, adheridas una a la otra como si se tratara de pegamento.

—Pues me gusta que lo hayas comprado. Te queda estupendo dijo John sin apartar su mirada. □ Me gusta como se te ven las cosas ajustadas dijo John sin filtro alguno.

—De ahora en adelante me vestiré así entonces. Ya que te gusta mucho respondió Nadia, sin apartar su mirada.

John estaba al tanto de la tensión que había entre ellos. Sentía como las cosas se materializaban ante los dos, ese sentimiento de aproximarse uno al otro para poseerse como seres carnales e indómitos, entendiendo que las cosas que querían las encontrarían en el ser de su compañero.

Pienso que se sentía a gusto con ella porque le ofrecía un escape. Él mismo lo dijo, pero era algo más complejo que ello. Nadia no sólo era una mujer única, especial, todo eso que él decía que era; era inocente, ajena a ese mundo al que pertenecía. Esa sensación de que algo tan puro como ella podría llegar a sentir algo por John, le obligaba a necesitarlo como si se tratara de oxígeno, como si lo que necesitaba era su presencia para existir.

Nadia no era ajena a ese sentimiento. Le miraba con sensualidad, con lujuria. Cuando le hablaba, lo hacía con un tono de voz suave, seductor que le invitaba a pensar más en ella, en lo que eso quería decir, en lo que ella deseaba obtener de él. Lo sacaba de su zona de confort, haciéndolo sentir descuidado, sin control de la situación, pero era precisamente ese sentimiento lo que le obligaba a querer tener más de ella. Era un vicio que compartía con

los drogadictos, sabía que le hacía daño, que forzaba a bajar la guardia, a ser indulgente, cosa que, en un mundo diferente al que él pertenecía, no podría significar nada, pero ese no era su caso, no como el criminal que era.

Al pasar de las terapias, John me explicaba que su relación avanzaba significativamente. Llegaba todas las semanas en las que le tocaba cita para contarme algo nuevo acerca de ella. Poco a poco dejé de parecerme a su terapeuta y comencé a verme como su consejera emocional. Estaba interesada en lo que quería decirme, en lo que sentía al respecto. Dejé de verlo como el hombre criminal que decía ser porque nunca me contó al respecto, nunca me dijo nada que pudiera revelar su vida criminal y que nos llevó a tener una relación positiva.

Constantemente decía que no era un tío agradable, que nadie se sentiría a gusto con él si lo conocieran de verdad, pero que, en cuanto a Nadia, lo hacía sentir mejor persona, cosa que lo llevaba todas las semanas a mi terapia.

Me hacía suponer que era alguien que no estaba conforme con lo que hacía, con la vida que llevaba y el reflejo de todo eso se mostraba en el hecho de que iba todas las semanas a mi terapia a invertir su tiempo en contarme pequeños fragmentos de su vida.

—¿Cómo se supone que voy a contarle todo si ni siquiera puedo controlarme a su lado?

—Alguna vez pensaste en que la vida con Nadia no podría ser la única que tendrías. Si lo que te preocupa es que sepa de tu lado secreto ¿por qué simplemente no la dejas ir, dejas de verla como alguien especial?

—Es que es lo que hace, no puedo dejar de pensar que está ahí por alguna razón, de que no puedo dejar de verla porque algo debe tener para mí.

—¿Supones que todo está escrito?

—No puedo suponer algo tan absurdo como eso, nada está escrito.

—¿Qué tal si es la indicada porque tiene aquello que te gusta más y estás aferrándote a eso?

—Eso es simplificar de más el asunto. No es sólo que me guste, es lo que ella es.

—¿Qué es?

—No sé qué es. Creo que es más lo que «es» para mi.

—¿No es lo mismo?

—No lo sé. Cuando se trata de ella, me pierdo en mis propios pensamientos.

—¿No has compartido con otras personas, no has encontrado el amor en alguna otra relación?

Mi trabajo con John era ayudarlo a ver las cosas a su manera, hacer que entendiera lo que necesitaba resolver a su modo. Si él no quería cambiar, yo no podía hacer nada al respecto. Pero, de cierta forma, nunca me dijo lo que quería cambiar, nunca me explicó si lo que quería hacer era dejar el mundo del crimen de un lado o si necesitaba consejos de pareja. John no era específico en ese asunto. Se dedicaba a contarme sólo lo que concernía con Nadia. Su pasado, su familia, sus padres, su vida criminal, eran asuntos que ignoraba porque él quería que lo hiciera. Así no podía darle mi ayuda.

—Doc., Nadia es más que estupenda me dijo en una de las muchas terapias que tuvimos hemos estado saliendo últimamente. Vamos a comer a restaurantes sin tener que conversar de negocios ni nada por el estilo. Solo a hablar de los dos.

—¿Y de qué hablan?

—De todo, de lo que nos gusta, de lo que queremos para el futuro.

—¿Ya le has contado acerca de tus negocios? pregunté.

John me miró con fastidio. Ya habíamos conversado al respecto, lo que podría significar el mantener su vida en secreto para alguien a quien quería.

—No doc., no se lo he dicho. No sé ni siquiera si lo voy a hacer.

—¿Por qué me lo dijiste a mi entonces?

—Porque quería que no hubiera secretos en nuestra relación

—¿Y cuál es la diferencia?

—Que a usted le pago para que me escuche. Lo hace porque es lo que quiero que haga, pero en cambio, ella lo hace porque quiere hacerlo. Si le

cuento acerca de mis negocios, voy a terminar lo que sea que tengamos. vaciló quiero hablar de ella, doc., me dijo.

—Está bien, cuéntame al respecto.

John me miró de nuevo, tratando de hacerme entender que él no tenía control de aquella situación en ese momento.

—No sabía qué hacer. Estaba seguro que ella quería conmigo, lo sabía, no soy estúpido. Pero tenía tan poco control del momento que parecía que no iba a salir de ahí sin darle un beso o algo por el estilo. Nadia me miraba con unos ojos traviosos, arqueando sus cejas perfectamente delineadas, haciéndome sentir penetrado por su mirada, como si sus pupilas pudieran descifrar mis pensamientos.

—Y ¿cuál es el problema?

—¿El problema? preguntó John como si no pudiera creer que hice esa pregunta pues el problema es que no podía hacerlo. No se lo he dicho, no sé si lo he hecho, pero el caso es que quería contarle en ese momento que era un criminal porque su mera presencia estaba interfiriendo en mis negocios.

—¿Cómo así?

—Pues porque todo el tiempo pensaba en ella. Antes de eso, sólo pensaba en escalar poco a poco hasta la cima, deshacerme de quien tuviera que deshacerme, acabar con la carrera de quien fuera, no importaba; pero luego de conocerla, las cosas comenzaron a vaciló importarme dijo, como si le resultara repugnante.

—¿Por qué lo dices así? pregunté.

—Aun no ha pasado nada dijo pero temo que mientras más me ponga a gusto con Nadia, mientras más cómodo me sienta a su lado, puede que termine arruinando todo lo que he construido hasta ahora.

—Es una forma apocalíptica de verlo. No porque sientas algo por ella signifique que estas perdiendo facultades.

—¿No significa eso? exclamó ¡Claro que sí! En las ultimas semanas no he pensado en más nada que ella. He estado haciendo ciertos negocios que necesitan de toda mi atención y no he podido dejar de pensar en ella, de mirarla en los ojos de cada una de las personas que extorsiono porque

siento que ella es tan indefensa como ellos; necesito saber todo lo que está haciendo porque siento que en cualquier momento podría perder la razón

—¿Razón de qué?

—De lo que sea. No he estado en mis cabales últimamente. He dejado que algunas cosas se hagan solas nada más para estar al lado de ella en ocasiones que no necesito estarlo porque ella es completamente capaz de hacer las cosas.

—Y ¿qué tiene que ver eso en todo esto? ¿En tu vida? ¿En tu realidad? ¿Cómo crees que eso puede ser malo para ti?

—Pues estoy tratando de decirle eso, doc., pero no es que Nadia sea mala dijo en voz baja, tratando de convencerse a sí mismo ella no es el problema, el problema soy yo. poco a poco fue levantando el tono de voz yo soy quien no puede dejar de pensar en ella. Ni siquiera puedo venir a una sesión con usted sin terminar hablando de ella. ¿Ve?

—De alguna forma dije piensas que el estar enamorado de Nadia puede significar algo malo para ti porque lo ves como una debilidad. Sientes que el ocultarle la verdad es la única forma de mantenerla a salvo de lo que sea pueda suceder en tu otra vida y te sientes culpable por no poder ser honesto con ella. Quieres decírselo porque quieres liberarte de ese sentido moral que te domina cuando estás a su lado. Te interesan las cosas que haces porque de alguna forma ella le da un sentido distinto a tu vida, algo que no quieres compartir con más nadie, algo que creías que no podrías sentir.

—No es eso. No creo que sea eso.

—¿No crees que tenga que ver que no puedas decirle lo que sientes, quien eres y lo que haces porque trates de protegerla? Ambos sabemos que tu estilo de vida no es muy seguro; aunque no haya un peligro inminente, de seguro cualquier cosa puede suceder de todos modos.

—Lo sé. Pero no es eso lo que me preocupa, no me preocupa lo que a ella le pueda suceder, no del todo, me preocupa lo que pueda pensar de mi.

En resumidas cuentas, John no lograba entender el papel de Nadia en todo esto que llamaba vida. No quería que ella se involucrara en sus negocios riesgosos, que le juzgara como el criminal que era y sentirse mal por haber hecho todas las cosas que había estado haciendo hasta ahora. Nadia, de alguna

forma, había conseguido hacerle ver que siempre hubo una alternativa diferente para hacer las cosas, que no necesitaba del crimen para sobrevivir o llegar al éxito, creó conflicto en su interior, y él no quería eso.

—*A veces, cuando estoy a su lado, siento que necesito dejar este mundo dijo, una semana antes de dejar de verlo.*

—*¿Cuál? le pregunté, a pesar de saber la respuesta.*

—*El ser un criminal respondió siento que debo hacerlo por ella, porque se lo debo.*

—*¿Qué le debes a Nadia? Apenas y la conoces.*

—*Le debo ser honesto, ser bueno. De cierta forma, ella se gana la vida de manera honrada, confía en que yo hago lo mismo, y se siente a gusto a mi lado. El seguir haciendo esto es como masturbarse pensando en otras mujeres mientras que está saliendo con alguien.*

John me miró como si no entendiera su analogía.

—*Sé que no es lo mismo, no es lo mismo masturbarse y ser un criminal, pero lo que trato de decir es que estoy faltándole al respeto. ¿Me entiende?*

—*Lo que tratas de decir es que el estar a su lado, mientras que continúas cometiendo crímenes, mientras que ella te ve como un hombre honesto, califica como mentirle, como no serle honesto. Lo que quieres honrar su relación, su confianza; darle a ella la misma honestidad que te da a ti.*

—*Exactamente, doc.*

—*¿Entonces por qué no lo dejas?*

—*Porque es ridículo apartarme de este mundo. No sólo consigo lo mío cometiendo crímenes. Los crimines son aquello que crean las personas con recursos para someter a las masas.*

—*¿Con eso te justificas?*

—*Sí. Con eso lo hago.*

—*Tu eres una persona con recursos, te consideras a ti mismo como una persona con el dinero necesario para hacerlo todo y más. Entonces, eso quiere decir que lo que tu cometes no es un crimen para las personas que*

tienen los mismos medios que tú, pero sí para aquellos que no disfrutaban de tu dinero.

—Más o menos respondió, con una sonrisa en el rostro, como si lo que le dije hubiese sido algo normal yo hago tratos en contra de ciertas cosas, no me importa con quien cierre mis negocios y, si puedo, dividiré mis intereses cuando sea necesario. No voy a perderlo todo sólo porque me sienta atraído a una mujer atractiva de piel morena, señorita Karen. Eso es lo que pienso.

Esa fue la primera vez que John me llamó por mi nombre, y la última vez que lo hizo. La forma en que me habló, reflejó una parte de él que no había visto jamás, y que, supongo, era esa misma actitud que tomaba cuando entraba en su otro mundo.

De repente, sus gestos desaparecieron, ya no percibía inseguridad en su postura, en su voz, en su mirada. John había cambiado por completo del hombre que conocí, pero no porque no fuera el mismo, sino que me estaba mostrando algo que siempre estuvo ahí pero nunca quiso dar a conocer.

—Sigo confundido cuando estoy a su lado, a veces, cuando la pienso por horas, pero, eso no quiere decir que dejaré de hacer todo eso para lo que soy bueno, todo eso que no le he mencionado porque no necesita saberlo y con lo que le he estado pagando estos últimos meses, casi de manera religiosa. No lo dejaré porque se ha vuelto parte de mí, es como un órgano más de mi sistema.

—Estás a la defensiva, John.

John, fijó sus ojos en mí, con los labios cerrados, con la mirada neutra y un semblante sin señal de vida.

—Lo siento dijo, dejando que su rostro impávido desapareciera tan repentinamente como apareció. Pero no cambió su razonamiento pero es la verdad.

Con eso puedo decir que en verdad no conocía del todo a John. Por un tiempo quise creer que había obtenido algo importante de él, que podría hacerlo cambiar de parecer, ayudarlo en sus problemas, pero, en realidad, lo que hice fue insignificante. Él era un hombre complicado, tanto así que tratar de detallarlo aquí se me hizo casi imposible. Luego de eso, lo vi por última vez como si nada de aquello hubiera sucedido, y, me pregunto qué habrá sido de su vida.

Lamentablemente, eso es algo que probablemente nunca sabré.

Segunda parte John Corvus

2

En el momento en que vi a Nadia por primera vez, sentí que algo colisionaba en mi interior. Sus ojos cafés claro que combinaban con su tez tostada, sus labios carnosos, sus cejas perfectamente delineadas como si las hubieran diseñado los dioses y un cabello que seguía sus propias reglas, me hicieron sentirme como cualquier otra mujer me hace sentir: deleitado. Pero, no fue sino hasta después que comenzó a hablar que supe que era más especial de lo que parecía.

Durante meses, luego de contratarla, mantuve una relación laboral estándar con ella. Sí, una que otra vez cruzamos miradas que no tenían nada que ver con el oficio, o tuvimos alguna conversación del mismo modo, pero a pesar de todo ello, se podría decir que disfruté su compañía, su natural, neutral y nada comprometida compañía, mientras duró.

Ella resultó ser estupenda para el trabajo, no podría quejarme siquiera de haberla contratado porque todo lo que hacía tenía un sello de calidad propio de ella. Estaba a gusto con su forma de hacer las cosas, de comportarse, de ser una gran asistente. Pero no era su gran talento, diligencia ni laboriosidad lo que me resultaba un problema.

Me estaba comenzando a interesar más de lo normal en ella.

¿Pero eso qué tiene que ver? Preguntaría cualquiera. ¿Qué tiene que ver que te sientas atraído por una mujer tan espectacular, inteligente, eficiente, atractiva, madura, graciosa? ¿Por qué es malo? Y, la verdad, eso es lo mismo que yo quería saber. Es precisamente por eso que había comenzado a ir a terapia, porque, ella era tan buena, que me hacía sentir igual. Y definitivamente yo no soy una buena persona.

Mi nombre es John Corvus, soy un empresario exitoso, dueño de una empresa multifuncional que parece estar siendo parte de todo aquello que está innovando el mundo; me ha ofrecido prestigio, dinero, propiedades, tratos inimaginables con las compañías más grandes del mundo, pero fue algo que conseguí jugando sucio.

Se podría decir que soy un criminal. Según varios diccionarios, se considera un crimen a aquello que consista en matar, herir o causar graves daños a alguien o a algo. Por lo que, básicamente, soy ello. He matado, causado daño y herido a muchas personas, he cometido atrocidades para escalar en esta escalera de estatus social llamada vida y no me siento mal al respecto, lo que debería ser considerado también un crimen, y así, viví gran parte de mi vida sin arrepentirme de nada, o por lo menos hasta que la conocí.

Nadia se había vuelto mi asistente personal y, sin embargo, no sabía nada acerca de mi pasado, de lo qué era, de lo qué podía hacer y eso creaba conflicto en mi interior. Poco a poco, día tras día, nuestra relación fue evolucionando a algo que no pude controlar. Nos veíamos como dos buenos amigos, comenzamos a sentir cosas por el otro y terminamos sintiendo algo más. Al principio (al llegar a ser algo más) cuando nuestro interés mutuo no había pasado de lo sentimental, de las miradas fortuitas, conversaciones comprometedoras, alguno que otro gesto más allá de lo amistoso, comencé a sentir que algo estaba mal.

Mis sentimientos por ella eran el resultado de mi debilidad, de mi falta de atención a los detalles. Comencé a ser descuidado, a perder el interés en ciertos asuntos que debía resolver, ajustar para mantenerme en la cima, y eso es un grave error en esta industria llamada vida. No puedes simplemente perder lo que te mantiene con vida porque terminas en la bancarrota, siendo un empleado más de la sociedad que se complace creyendo que la única forma de triunfar es siendo honesto y justo. Nadia comprometía todo eso en mi vida, en mi forma de ser y poco a poco, fue corrompiendo todo lo que yo era.

Recuerdo una vez en el restaurante, luego de que pasamos por todas aquellas etapas en nuestra relación y habíamos comenzado a hacer cosas fuera del oficio para complacer la necesidad del otro de compartir nuestro tiempo. Nadia y yo habíamos estado yendo a comer todas las noches a mi restaurante favorito siguiendo esa misma idea. Nos sentíamos a gusto haciéndolo cuando no había más trabajo pendiente ni nada que pudiera interferir en alguna conversación que podríamos tener. Solos, los dos, sin la presencia de carpetas, guardaespaldas o socios de negocios, la noche se hacía especial.

—Nadia, he querido hacerte esta pregunta desde hace tiempo dije, interrumpiendo una sutil conversación acerca de los vinos de la carta del restaurante.

Me motivé a hablarle luego de que, durante nuestra conversación, me quedé mirándola fijamente, pensando que podría ser el momento de contarle todo, que ya habían establecido una relación estable y basada en la confianza y, que, de cierta forma, era más que suficiente para decirle la verdad, o sea, incluso esperé menos para decírselo a otras personas con las que llegué a trabajar, pero ella era diferente.

—¿Qué? inquirió Nadia, bajando la carta de vinos.

Su rostro, era angelical. No tenía noción alguna de lo que estaba sucediendo con su jefe, lo que me hacía dudar si era buena idea decírselo en ese momento. Era precisamente esa inocencia positiva lo que me hacía verla como un escape. Para mi, la presencia de mi asistente representaba eso; una habitación del pánico en la que me encerraba para alejarme del mundo al que estaba tan acostumbrado vivir.

Mientras la veía, con la inocencia y la ignorancia en el rostro, pensando en qué vino pedir y en por qué sería una buena opción; reconsideré mi pregunta.

—¿Cómo te sientes en el trabajo? pregunté, dejando en el aire una especie de vacío, porque esa pregunta no tenía la misma tensión que ejercía la otra □ Ya han pasado más de seis meses que estamos juntos y me gustaría saberlo embocé una sonrisa.

Nadia dejó escapar una carcajada, como si le pareciera tonta la pregunta porque para ella era un tanto evidente. Tal vez si era cierto.

—Pues me siento de maravilla exclamó □ me encanta trabajar contigo, John dijo Nadia, extendiendo su mano para colocarla sobre la mía □ nadie me ha tratado tan bien como tú.

Bajé la mirada, sintiendo que de entre todo el contacto que habían tenido con ella, ese era el más directo de todos. Nos habíamos tocado las manos con anterioridad, abrazado, dado besos en la mejilla, incluso, cada vez que la saludaba o me despedía, Nadia me besaba lo más cerca posible del labio, pero sin tocarlo, pero eso, eso significaba otra cosa. No lo hacía porque estuviera saludándome, porque quisiera pedirme algo o coger algo que le estaba entregando.

La forma en que lo veía, era más personal. Simplemente la puso allí, moviendo suavemente el pulgar para acariciarme el dorso de la mano, lo que me obligó a interpretar su intención de la forma más prudente.

—Y no creo que pueda estar más a gusto con otra persona dijo, con ese tono de voz suave y seductor con el que me hablaba de ciertos temas □ que no seas tú.

No me quedó de otra más que sonreír porque no sabía como exteriorizar lo que sentía; entre una combinación de nervioso y alegre. Me había gustado, en verdad que sí, lo que me había dicho, pero no estaba seguro si eso era apropiado para el momento.

—Me da gusto escucharlo, porque a mi me encanta trabajar contigo respondí, colocando mi otra mano sobre la de ella para cogérsela con las dos, esperando tomar el control de la situación □ no creo que pueda conseguir mejor asistente en la vida que no seas tú.

Los dos nos quedamos así por un largo rato, sintiéndonos a gusto, entendiendo que ese era el momento para sacar a relucir nuestros mejores sentimientos. Pero yo ya había dejado de lado la posibilidad de decirle a mi querida asistente de lo que era capaz de hacer en mi otra vida, no quería que ella se sintiera amenazada por mi presencia, ni por lo que hacía para ganarme el dinero que mantenía a la empresa. De una forma que no lograba entender, Nadia me hizo sentir avergonzado de lo que era.

—Eres realmente hermosa dije, sin apartar mi mirada de sus ojos.

Ella respondió con una sonrisa, bajando la cabeza como si quisiera esconderla entre sus hombros para no mostrar que estaba un poco sonrojada por mis palabras y sugiriéndome en un idioma muy personal, con su lenguaje corporal, que lo que le dije habían llegado de la forma adecuada; justo lo necesario para hacerla sentirse bien consigo misma. Pero no era lo que quería decirle.

—Para ya me suplico, quebrando la voz, viéndose aun más adorable de lo que ya me parecía no soy tan bonita.

Jalé su mano hacía mi, obligándola a extender el brazo y a montar parte de su torso sobre la mesa. Un gesto dominante que me ayudaba a mantener a las personas a mi merced. Al sacarlas de su centro, podía hacer que se desconcentraran, algo similar a pelear con alguien. Pero ella no era un contrincante sencillo de vencer.

—¡Claro que si, eres hermosa! No hay otro modo de definir tu belleza vociferé como si se tratara de un asunto muy serio.

—No sigas, que si lo haces no sé que pueda pasar Me advirtió.

—¿Qué puede pasar? Pregunté con un tono de voz travieso.

—No querrás saberlo respondió Nadia con el mismo tono travieso □ no te convendrá.

—¿Estás segura? le pregunte a ella, apretándole un poco más su mano.

Nadia bajó la mirada con elegancia, levantando sus cejas negras para parecer que quería inspeccionar lo que yo estaba haciendo, pero con la actitud de una mujer odiosa, una que me encantaba ver. Era seductora a su manera, propio de una mujer que no se deja dominar por nadie, esa era ella, todo un deleite.

—¿Qué está intentando, señor John? preguntó con autoridad.

—Nada, señorita Nadia Respondí, siguiéndole el juego y acariciándole la mano.

—Pues creo que está intentando seducirme, señor John.

—¿Yo? ¿Seducirla? pregunté, fingiendo sorpresa.

Alejé mi cabeza hacia atrás, dándole más énfasis a mi reacción falsa, como si se tratara de algo completamente inaudito.

—Creo que está un poco confundida, señorita Nadia. agregué.

Nadia sonrió, bajando la mirada de nuevo para ver cómo le apretaba su mano. En cuestión de segundos, acercó la que aun tenía libre y la colocó lenta y elegantemente sobre la mía. Posaba uno a uno sus dedos, incluso así, haciéndolo parecer muy seductor.

—Qué mal, yo creí que me estabas seduciendo Nadia me lanzó una mirada traviesa mientras su mano iba acariciando la mía. De inmediato, perdí de nuevo el control.

No era la primera vez que pasaba algo así, que nuestra conversación tenía claramente otra connotación más allá de lo laboral, de lo amistoso, de lo que sea que no fuera sexual. No es para que me mal interpreten, sí, lo disfrutaba porque no había nada más divertido y atractivo que tener ese juego con ella, es decir, somos adultos, es normal. Pero, sin embargo, era frustrante. Si llegaba a tener algo con Nadia (porque sabía que si teníamos sexo pasaríamos a un nivel

diferente de relación, que no sería como si tuviera sexo con cualquier otra mujer) estaría perdido.

En otras ocasiones, era ella hablándome al oído desde atrás, dándome sus besos en la mejilla cuando nos despedíamos, rozando la comisura de su labio, mínimamente, con la mía, y eso... eso me hacía enloquecer. Cada vez que sucedía, me daban ganas de abrazarla y arrancarle la ropa. Es algo tan intenso que no puedo describirlo bien. Es su respiración, la forma en que aspira el perfume de mi piel como si estuviera diciéndome el poco auto control que tenía.

—Buenos días, señor John me decía con una voz muy seductora de vez en cuando □ ¿cómo amanece hoy? preguntaba con una sonrisa en el rostro.

—Muy bien, Nadia respondía a veces, apartándome de esa intención que claramente tenía □ ¿y tú? ¿cómo amaneciste?

—De maravilla, directo al trabajo. Dispuesta a todo...

Y era eso lo que decía «dispuesta a todo» lo que afinaba cierta intensidad que me daba a entender que lo decía en serio, que sí estaba dispuesta a lo que fuera. ¿Qué exactamente? ¿Cómo? Esas eran preguntas que me hacía todo el día que lo recordaba, cuando me saludaba o cualquier otra cosa. Pero era lo de menos. De esta forma, todos estos problemas son tontos ¿verdad? Como de personas normales. Pero no lo eran.

Sin embargo, lo que más me preocupaba, era que, sin importar qué, esta misma pregunta que acabo de hacer, me la hacía en los momentos menos indicados. Algo así me pasó antes unos días antes de aquella cena en el restaurante.

—Señor, ¿qué vamos a hacer? me preguntó una vez uno de mis empleados □ ¿señor?

Yo estaba cayado, sin intención de hablar, sin moverme, viendo al vacío mientras que el resto del mundo daba vueltas a mi alrededor, al mismo tiempo en que era ajeno a él.

—¿Señor? ¿Me escucha? Me preguntó de nuevo.

En ese momento no recordaba quien era, así que, en lo que me tocó, me traje de nuevo a la realidad en la que estaba. Era un sábado, no tenía que trabajar en la empresa o pensar en ella, no del todo, pero aun así estaba más

allá que ahí.

Mis hombres me habían citado a un cuarto oscuro, era algo importante, según ellos decían. Al parecer, les había pedido, días atrás, que hicieran algo, pero al momento no lo recordaba, sólo tenía cabeza para Nadia, para la forma en que se despedía de mí, para lo que me hacía sentir. Ese fue uno de los muchos momentos en los que me di cuenta que ella interfería en mi trabajo. En lo que me tocó, las cosas se fueron aclarando poco a poco.

—¿Qué? ¿Hacer de qué? le pregunté, confundido, mirándolo como si no lo conociera.

Él me respondió con la mirada, sin entender lo que estaba sucediendo; minutos atrás estaba ahí, hablando, dando ordenes, explicando lo que iba a suceder, pero de repente, en un momento de silencio, me vino a la mente Nadia y me concentré por completo en ella, desvaneciéndome de aquel lugar, desentendiéndome de mis asuntos.

Miré a mi alrededor, observando lo que ya había visto: paredes húmedas, varios de mis hombres (tres en total), armas, cuerdas, esquinas oscuras. Yo, parado en medio de todos ellos y, en frente de nosotros, un joven en una silla.

—Oh sí... dije, entrando en razón □ disculpa, me desconecté por un rato.

—¿Está bien? me preguntó, justamente preocupado □ si quieres nosotros terminamos con esto.

—No, no, imposible dije, poco a poco aumentando el ritmo de mis palabras, entrando en el papel que necesitaba interpretar □ ¿qué les ha dicho? pregunté, con severidad y autoridad.

—Que sólo trabajaba para un hombre, no sabe su nombre, no sabe cuales eran sus intenciones me dijo uno de los hombres a mi derecha.

El que me había tocado estaba parado justo a mi izquierda, mirándome preocupado, como si quisiera ayudarme de alguna forma. Escuché aquella respuesta, analizándola con recelo y suponiendo que podría ser mentira, así que miré de frente al joven que estaba en la silla, en medio de todos nosotros, con una bolsa en la cabeza por alguna extraña razón, como si no quisiera que nos vieran y me le acerqué lentamente.

A unos cuantos centímetros de su posición, podía percibir el olor a sangre, a sudor, a miedo. Estaba aterrado, no lo culpo, cualquiera lo estaría. Habían

pasado unos pocos minutos de mi llegada, así que no sabía mucho al respecto. Antes de perderme en mis pensamientos, les había pedido que me dieran un resumen de la situación.

Esta era la situación: un chico había estado tratando de entrar a mis sistemas para poder sacar información de mis negocios, de mis cuentas, de lo que hacía o dejaba de hacer. Cosas que sé muy bien que no puedo guardar en una computadora, no en esta época en lo que todo puede ser hackeable. Este joven, un hacker supuestamente bueno en lo que hacía, fue atrapado comprimiendo dichos datos en un disco portátil para entregárselo a alguien.

Él habrá sido un gran hacker, pero yo también tengo a otros grandes genios de la computación trabajando para mí.

Estuvimos tratando de encontrarlo por varios días, queriendo saber qué quería, quién era. Pero lo gracioso fue cómo nos dimos cuenta de que algo sucedía. Fue porque Nadia me había comentado que ciertos documentos se encontraban duplicados en los servidores. Para un pobre observador, habría resultado ser poco, nada del otro mundo, pero si se miraba con cuidado y se sabía lo suficiente, se entendía lo que estaba sucediendo.

El chico utilizaba un sutil virus que le permitía copiar mis archivos, duplicando basura que se mantenían ahí como ficheros ocultos luego de que los extraía.

Mis servidores renovaban la información cada veinticuatro horas y se deshacía de la basura que no utilizábamos, así que nunca nos habríamos dado cuenta si nos dedicábamos a buscarlo, pero mi eficiente asistente, lo descubrió por error. Accedió desde su computadora a una de las carpetas importantes de mi negocio tal cual se lo había pedido y fue allí cuando me lo dijo ¿Cómo se dio cuenta? Bueno, su portátil tenía la opción de ver los archivos ocultos en las carpetas (algo que se puede seleccionar en cualquier computador), así que todo lo que el sistema operativo abría en segundo plano, se veía. Y ahí fue cuando me preguntó.

—John ¿por qué tienes tantas copias de un mismo archivo? preguntó, desde su escritorio, a unos metros del mío.

—¿Cómo que copias?

—Sí, copias. Tienes cuatro archivos que se llaman igual, los abro, y son lo mismo.

De inmediato, algo comenzó a parecerme raro.

—¿Iguales? pregunté, sabiendo que eso no era normal □ déjame ver dije, levantándome.

Me acerqué a ella y me puse a su lado. Recuerdo que en ese momento la escuché respirar con fuerza, como si le faltara el aire y luego soltó ese mismo aire con un gemido. No la culpo, hice lo mismo al sentir el perfume de su cabello. Era exquisito. Sostuve su mano para poder controlar ratón y por un momento me perdí en la suavidad de su piel. Fue ridículo, de inmediato se me había olvidado lo que había ido a hacer. Nos giramos y nuestras miradas se encontraron.

—John... dijo ella, como si estuviera ahogando sus pensamientos, queriendo decirme algo importante.

—¿Sí? le pregunté, queriendo saberlo.

Mi mano estaba sobre la suya, la otra, al otro extremo de la computadora. Estaba apoyado en su escritorio, sosteniendo todo mi peso sobre mis brazos. Veía a Nadia por sobre mi hombro derecho, y ella me veía, como podía, desde una esquina del mismo. Sólo podía ver sus ojos, cafés, encantadores, perfectos.

De repente, los cerró, cancelando por completo todo lo que estaba pensando. Aclaré mi garganta y volví a preguntar, pero con menos pausa, con menos interés.

—¿Sí? dije, de forma natural, como si no estuviera al tanto de lo que estaba sucediendo.

—Este vaciló □ no era nada se excusó con una sonrisa forzada y aclaró la garganta □ este, los archivos señaló, como si fuera un cabo suelto, mirando a la pantalla.

—Oh, cierto exclamé.

Comencé a mirar a la pantalla y vi que de hecho había copias exactas de otros archivos. Eso era raro, eso no era normal.

—Que raro dije en voz baja, pero lo suficientemente alto como para que ella me escuchara.

—¿Qué? preguntó, curiosa □ ¿qué pasó?

Tuve que reprimir el deseo de contarle lo que podría significar, así que se lo simplifiqué.

—Este, sí, creo que es un virus le dije □ debe ser que tu computadora cogió un virus o algo así mentí.

Me erguí y continué hablando.

—Llévala con los técnicos para que la revisen ¿sí?

Ella me miraba desde su asiento, con la cabeza sutilmente inclinada hacía arriba, como si se tratara de una niña que quería verme. Era tan adorable. Estaba perdida, no sabía lo que significaba eso; sí sabía lo que hacía un virus, lo que era, pero no lo pensó porque sabía que su computadora no tenía nada, yo lo sé, ella no es tan tonta.

—¿Un virus? ¿En mi computadora? se dijo, como si fuera inaudito □ uhm, que raro. agregó, bajando la mirada.

—Si quieres, la llevas en lo que termines le di la espalda, para que pareciera que no tenía importancia □ ignora eso, hazme lo que te pedí y me lo pasas directo, sin guardarlo, por favor.

—¿Sin guardarlo?

—Sí, para que no te lo duplique le mentí □ mándalo a imprimir de una vez.

—Vale.

Regresé a mi escritorio. En lo que ella se levantó a hacer lo que le pedí, hice unas llamadas. Le pedí a mi sistema de defensa (un grupo de hackers al que le pago una cantidad asquerosa de dinero para que eviten esas cosas) que revisaran los servidores.

—Algo está sucediendo con mis archivos, averigüen qué demonios está sucediendo. Quiero respuestas para ayer. ¿Entendido?

Y así fue como llegamos hasta este hombre. Lo rastrearon, lo cazaron y lo atraparon. Ahora, de alguna forma, me están diciendo que no sabe nada de por qué le habían mandado a hacer aquello.

—¿Cuál es tu nombre, hijo? pregunté.

El chico buscó el sonido de mi voz, y luego de unos segundos de buscar en

la oscuridad de la bolsa que tenía en la cabeza, respondió.

—Carlos, señor. Mi nombre es Carlos.

No sabía lo que mis hombres le habían hecho, tampoco me importaba. Pero, de alguna forma u otra, parecía que le había dejado un severo trauma. Estaba temblando, respirando con agitación, se movía con angustia y buscaba el sonido de mi voz como un perrito. Seguro sabía quién era, no mi nombre, no mi rostro, pero sí que era el jefe, tal vez por como todos me hablaban, por el peso de mi presencia.

—Discúlpeme, señor, no quise hacerlo se excusó.

—¿Entonces por qué lo hiciste? le pregunté □ Eres un individuo con la capacidad de decir que no. ¿No tienes criterio propio?

—Yo vacilé □ yo no quise hacer nada, señor. Yo solo estaba siguiendo ordenes.

—¿Y quién es culpable? ¿Quién dispara el gatillo o quien da la orden?

—¿Ah? preguntó, el joven, confundido.

—Que ¿quién es el culpable? ¿Quién dispara el arma o quien da la orden? Es decir, ¿Quién es el culpable, tú o tu jefe?

—Yo vacilé de nuevo □ yo no lo sé.

Se escuchaba asustado, atemorizado hasta la medula; no lo culpo, también lo estaría.

—¿Quieres que te de la respuesta? le pregunté, con la voz más macabra y tenebrosa con la que pude dar □ ¿quieres que te lo diga?

El chico, por alguna razón la cual desconozco, comenzó a alejar su cabeza, a temblar más, a balbucear palabras.

—No vociferó □ no, no señor, yo le respondo dijo.

Qué raro ¿no? Yo sólo le hice una pregunta amistosa.

—Dime entonces ¿quién es el culpable?

—Nadie señor...

—¿Nadie? pregunté legítimamente sorprendido □ ¿cómo que nadie?

—Nadie es el culpable señor.

—¿Estás seguro?

—Sí, ninguno de los dos es el culpable.

—Vaya... me erguí y levanté un poco la voz para que me escuchara. Ya estábamos a una distancia más prudente.

Claro, él seguía sentado con la cabeza tapada, pero ahora yo me encontraba parado en frente suyo, a poco menos de treinta centímetros de sus pies.

—Explícame eso agregué.

—Quién da la orden no es quien decide quién muere y quien no, mucho menos quien dispara el gatillo. Ambos son peones de otra persona. Ellos se llevan la culpa porque fueron los partícipes del crimen, para que aquel que movía las cuerdas obtuviera lo que quería y se saliera con la suya dijo, con la garganta seca, haciendo pausas entre oraciones para tragar, con dificultad, la poca saliva que producía □ sin embargo, eso no los hace mejor personas. Ellos podían decidir no hacerlo, a pesar de la mentira que les dijeron para justificar aquello. Eso los hace culpables también, a pesar de no serlo del todo.

—Son, pero no son culpables dije, reflexionando su lógica □ parece una paradoja. Asentí con la cabeza, sorprendido por su respuesta, buscando la mirada de mis hombres quienes tampoco se esperaban eso □ nada mal le dije.

—Exacto afirmó.

—Es extraño que seas tan elocuente y hayas terminado siendo descubierto por mis hombres. ¿Qué te sucedió?

—Cometí un error.

—Sí, todos cometemos errores le dije, entendiendo su realidad.

El chico estaba respirando agitadamente, y poco a poco fue amainando su respiración, como si se estuviera relajando, satisfecho por su respuesta. De repente, un sutil bramido, como un eco entre voces, fue esparciéndose una risa suave; nosotros y mis hombres habíamos recibido bien esa respuesta.

—Entonces dime agregué luego de un rato □ ¿quién es el culpable justo

ahora? Tú o tu jefe. Porque alguien tuvo que haber dado la orden, y supongo que usaste una lógica de línea militar, los militares tienen autoridades pero son simples peones lo que se ajusta a tu respuesta vacilé □ así que dime, Carlos, y acercándome a su rostro cubierto, sintiendo su respiración en mi nariz, le pregunté pausada, y amenazadoramente □ ¿tú eres un militar?

En la habitación se hizo un silencio casi absoluto. En el momento en que me acerqué, todos dejaron de murmurar, de discutir cual habría sido su respuesta porque todo eso, para nosotros, no era más que una rutina aburrida, un simple y mero juego de niños, pero para Carlos... para Carlos era diferente.

—Dime... ¿eres un militar?

—No vaciló, nervioso □ no señor.

Juro que me imaginaba su rostro roto, sus labios tartamudeando cada palabra, sus parpados sangrar y temblar mientras intentaba verme por la fina tela que le cubría la cabeza. Pero en verdad sólo veía eso, un saco, no a un hombre.

—Entonces, ¿quién es el culpable? ¿Tú o tu jefe? Le pregunté de nuevo.

Tanto yo como mis subordinados sabíamos la respuesta a esa pregunta, sabíamos qué sucedería cuando lo dijera y teníamos en cuenta que no había forma de salir de allí sin antes hacer lo que fuimos a hacer.

—Pero antes que me responda interrumpí □ ¿qué estabas buscando? le pregunté.

—Estaba buscando todo.

Su respuesta, de nuevo, me confundió. Me alejé, le di una rápida mirada a mis hombres, para ver si sabían algo y volví a dirigirme a él.

—¿Todo?

—Sí, todo. Me pidieron que sacara cuanta información fuera posible de sus servidores, todo lo necesario para saberlo todo lo escuché tragar con fuerza □ todo afirmó.

—Bueno hice un gesto que él no pudo ver, el mismo que se hace cuando se aprueba algo □ supongo que tiene sentido. Y comencé a caminar alrededor de él, lenta y pausadamente. □ me dices que no conoces a tu empleador.

—No, señor. No lo sé, me contacto por una llamada, un contacto de un contacto y me pidió que lo hiciera. Eso es todo lo que sé.

—¿A quién tenías pensado darle la información?

—A nadie, sólo seguía ordenes. Debía dejar el disco portátil debajo de la rama de un árbol y allí iba a recoger mi dinero. Eso es todo.

—Muy bien me detuve en frente de él □ ahora sí, respóndeme ¿de quién es la culpa? ¿Tuya o de tu jefe?

Carlos estaba contra la espada y la pared, no había nada que pudiera ayudarlo, nadie sabía que estaba ahí, ni que no los habíamos llevado, así que sólo podía responder a mi pregunta y probar su suerte.

—Mía, señor. No debí aceptar aquel trabajo. De no haberlo hecho, no estaría aquí.

—Respuesta correcta Carlos. Me gusta tu forma de pensar.

—Disculpe, en serio, lo siento, quiero hacer todo lo que pueda para ayudarlo, quiero pagar mi error. Por favor podía escuchar como su voz se quebraba por el llanto, como las ideas en su mente se apoderaban de sus palabras, de su respiración, de su esperanza.

Carlos me suplicaba que lo perdonase, que le dijera que todo iba a estar bien. Sabía que estaba llorando, que tenía miedo, que estaba arrepentido. Todo eso era parte de un plan malévolos en donde él sólo era un simple peón tratando de llegar a las líneas del rey. Un jaque asegurado si hubiera sido más cuidadoso, pero estoy seguro que no se esperaba que la empresa a la que le intentaba robar sería la de un criminal.

Miré a mis hombres, y entre ellos intercambiaron miradas. No podíamos hacer más nada, él no nos iba a decir lo que necesitábamos, era un callejón sin salida.

Y respiré profundo, me alejé de Carlos, todo había terminado. Teníamos su computadora y la estaban revisando justo ahora, no sabíamos como confirmar su historia, pero lo del dinero bajo la rama parecía ser cierto. Y para ser honestos, yo le había creído. Creo que es parte de lo que Nadia había estado inoculando en mi, un poco de indulgencia.

Y en ese momento, me volvió a invadir el recuerdo de Nadia. Sí, ella se

apoderó de toda mi atención, de lo que me gustaba, de mi estilo de vida. No podía controlarlo, me estaba dominando por completo, controlaba mi sentido común. Estaba comenzando a creer que lo que sentía por ella podría llegar a ser amor de verdad.

—Sí, Carlos le dije mientras me alejaba de él, dándole la espalda □ tu respuesta fue la correcta.

Y justo en ese momento, el gatillo del arma de uno de mis peones fue disparado. El rey había dado la orden.

3

Miraba como Nadia tomaba mi mano entre las suyas mientras que yo hacía lo mismo. No habíamos ordenado todavía lo que queríamos comer, no estábamos ni siquiera en hora para hacerlo. A penas y habíamos llegado y ella ya se las había arreglado para hacerse con mi sentido común. Nos miramos a los ojos, plena y absolutamente. Yo me sentía a gusto con su mirada, queriendo poder tenerla cerca, queriendo poder sentirla más. No me importaba más nada, más nadie, ni el pasado ni el futuro. Nadia lo era todo.

—En verdad, realmente me gusta trabajar contigo le dije en un momento de completa honestidad.

Ella hacía eso conmigo, me obligaba a decir lo que sentía; no era el mismo hombre frío y calculador de antes, o el sarcástico desgraciado que atacaba con puntualidad. Era algo más, me hacía mejor persona, lleno de conflictos, pero mejor persona. Estoy seguro que no les caería bien a muchas personas, pero, la única opinión que me importaba acerca de mi, era la que tenía Nadia.

Cuando me veía me hacía sentir alguien diferente porque ella veía solo lo bueno en mi, lo que me hizo querer hacerlo la mejor parte de mi forma de ser. De hecho, entre todos los meses que estuve relacionándome con ella, Carlos y uno que otro entrometido, fueron las únicas personas a las que había mandado a matar, así que eso era una especie de logro personal. Durante las noches, luego de lamentarme por haberle quitado la vida a esas personas, recordaba lo que mi secretaria y yo hicimos durante el día, cosa que me ayudaba a dormir.

Ella me es útil en muchas cosas. Es buena asistente, es buena amiga, es buena escuchando y maravillosa persona. Y por eso no quise decirle aquella noche quien era, lo que hacía y cómo me ganaba gran parte de la vida. Sólo me quedé mirándole a los ojos, apreciando su belleza, su forma de ser, su sentido moral tan correcto y propio de una ciudadana modelo.

—Eres hermosa agregué.

Puedo jurar que la vi sonrojarse.

—¿No te lo he dicho? le pregunté, dibujando una sonrisa, como si fuera raro el decirlo tan de repente.

—Sí, lo dices todo el tiempo respondió alagada.

—Es que es cierto. Realmente eres hermosa aseveré, con una voz profunda, dulce y pausada. Estaba idiotizado por su imagen, por su forma de ser.

De nuevo, sólo nos miramos. Era perfecto estar con ella, no conocía otra cosa más que estar a gusto a su lado y estaba seguro que nada en el mundo podría arruinar eso que sentía por Nadia. De un día para otro, me había hecho olvidar por completo las cosas que alguna vez hice, como si me hubiera perdonado a mi mismo, como si no necesitara concentrarme en otra cosa que no fuera ella.

—Nadia.

—¿John?

—Me gustas mucho le confesé.

—Y tú a mi, John aseveró.

Y nos miramos más, durante un largo rato. Eso hizo mucho más mágico aquel momento, por lejos, el instante más especial de mi vida. Y ese día, consumamos nuestro amor. Luego de la cena, de elegir el vino, de comer un poco de postre, la invité a pasar a mi casa. Quería cerrar aquella noche con broche de oro y, por fortuna, ella también.

Fue cuestión de tiempo para que llegáramos hasta mi departamento, a cumplir con nuestro deseo acumulado por meses. Nadia estaba deslumbrante, con un vestido corto que no había tenido tiempo de apreciar... mentira, no podía dejar de verlo, al igual que siempre que la veía vestida de forma diferente, con lo que fuera que pudiera ajustarse a cada curva de su cuerpo. No sé, incluso me preocupaba en qué podría usar al día siguiente, no era sencillo dejar de pensar en eso.

Pero creo que esta vez fue diferente, de todos los sentidos, de cualquier forma, no me esperaba verla lleno de expectativas. No era sólo deleitarme con su estilo, sino con ver cómo se iba a quitar esa ropa. No sé, es una especie de fetiche adquirido, tal vez por sólo verla de una forma durante tanto tiempo, la verdad es que ni siquiera había pensado en ella de esa forma. Demonios, sí que se veía estupenda.

Y en mi departamento, lleno de cosas para ver, de distracciones, ella se

perdió en aquel lugar.

—¿Esta es tú casa? preguntó sorprendida.

—No, se la robé al vecino. No me quería prestar la parrillera así que le quité la casa.

—Muy gracioso.

—Lo sé, soy un comediante nato.

Nadia continuó inspeccionando el lugar, su forma tan poco predecible me resultaba adorable. De camino aquí, era una persona diferente a la que estaba viendo ahora; seductora, coqueta, traviesa. Su mano iba a lugares que no habían ido nunca y yo estaba a gusto, supuse que a penas llegáramos a mi casa todo se decidiría. Fue gracioso verla acercarse a cada detalle como si fuera algo completamente nuevo para ella.

—¿Y vives solo? ¿Cómo mantienes este lugar tan impecable?

—Casi nunca estoy y uso poco las cosas. El secreto es tratarlo todo como si fuera un adorno.

Nadia se giró para verme, sorprendida, estupefacta. Como si hubiera sido una ofensa para todas las casas del mundo.

—¿No haces nada aquí?

—No, creo que ya ni siquiera cocino.

—¿Nunca has cocinado aquí? preguntó, tocando la cocina empotrada, abriendo la nevera, sintiendo el mármol de la mesa □ ¿Cómo demonios no vas a usar esta casa?

—Hace tiempo que no lo hago dije con nostalgia □ no había tenido a nadie a quien cocinarle.

Y creo que con eso fue suficiente.

—¿No has tenido a nadie a quien cocinarle? preguntó, con el mismo tono de voz con que me hablaba y me idiotizaba todo el tiempo □ eso quiere decir que tenias antes a alguien a quien cocinarle. ¿Verdad?

—Sí...

—¿Y desde hace cuanto no lo has hecho?

—Hace mucho tiempo le dije, tan natural como pensé que podría hacerlo.

—¿Hace mucho tiempo? cerró la nevera a su espalda, como si el lugar ahora le fuera indiferente, como si no le importara. □ ¿Cuánto? Exactamente.

Se iba moviendo lentamente, aproximándose a mi posición. Nos encontrábamos a unos tres metros de separación y, honestamente, verla recorrer esa distancia, fue lo más excitantes de mi vida. Por otro lado, no sabía qué tenía que ver aquella conversación con lo que estaba viendo: a una mujer encantadora caminar hacía mi con tal despliegue de sensualidad.

—Cinco, seis, o siete años No sé.

Nadia ya estaba prácticamente cerca de mi, cuando de repente se detuvo en seco.

—¿Tienes más de cinco años sin cocinar en tu casa? preguntó, saliéndose por completo del papel que estaba desempeñando en ese momento.

—Este, sí dije □ pero eso ya no importa.

—¡Ah! ¿No? Y ¿por qué? preguntó, con una sonrisa traviesa.

—Porque ahora estas tú.

En ese momento, los papeles se cambiaron. Yo tomé la iniciativa, yo decidí qué se iba a hacer. La cogí por la cintura y la acerqué a mi con un arrebato de fuerza. Nadia respondió con una sonrisa de sorpresa.

—John dijo entre risas □ me asustaste.

Estábamos tan cerca que parecía que nos encontrábamos unidos por el abdomen. Nuestros rostros estaban al margen del contacto único e increíble de un beso.

—¿Te asusté? pregunté, en un tono de broma, seductivo y un poco gracioso.

—Un poco respondió ella, dejándose llevar por mi, por lo que le dije, por lo que le estaba haciendo.

Y no lo dudé, mis labios se acercaron lentamente a los suyos y le di el beso que por tanto tiempo estuve esperando darle. La necesitaba, cumplí uno de mis más grandes deseos: besar a una mujer perfecta.

Creo que no le he dedicado el tiempo adecuado para decir cómo era ella.

Ya dije que es una mujer preciosa, pero no he dicho qué tanto. Un rostro ovalado y suave como si lo humectara todo el tiempo con crema rejuvenecedora. Tal vez era por su edad porque su piel, canela pasión, parecía la de un bebé: sin imperfecciones, sin poros abiertos, sin cicatrices. Puede que sí las tuviera, pero yo no se las había visto jamás.

Su cabello era increíble, extravagante, se parecía tanto a ella en cuanto a su forma de ser porque no seguía las reglas de nadie. Era abundante, con ondulaciones pronunciadas; le llegaba un poco más debajo de los hombros como si fuera un halo de perfección.

Sus ojos, no me canso de decir que tiene unos hermosos ojos cafés; sus labios, carnosos y rosados. Del cuello para abajo son tantos los detalles que los resumiré en: hermosas curvas de locura, unos pechos preciosos que no llegaban al punto de lo absurdo, pero sí se asomaban seductoramente con escotes. Sus piernas, gruesas y perfectas que terminaban en unos glúteos redondos que no me cansaba de ver.

En esta ocasión, sentía esa misma cintura entre mis brazos, su pecho chocando con el mío y el aroma de un perfume que, estoy seguro, les causaba envidia a los dioses. Nadia lo tenía todo, y yo quería tenerla a ella.

Sus labios, gruesos, suaves y deliciosos, se quedaron adheridos a los míos mientras que mis manos iban recorriendo las partes de su cuerpo que siempre quise tocar. Su cuello, su nuca, sus pechos, su abdomen, sus nalgas... no podía controlarme, la quería sólo para mí.

En poco tiempo ya estábamos en mi habitación, acariciándonos, quitándonos la ropa. Ambos estábamos desesperados por desnudarnos hasta que lo logramos. Ya no había nada que nos impidiera sentir el cuerpo del otro. Yo la besaba, recorría su cuerpo con mis labios, con mis manos y mi lengua. Ella gemía de placer, cambiando la frecuencia de su respiración cada vez que le tocaba en un lugar que le gustaba.

Cuando lo descubría, me quedaba allí y le daba toda mi atención. Lo besaba, lo succionaba, apretaba con los dedos o le mordía. Tenía unos hermosos pezones oscuros que se distinguían de su piel morena, que me daba la impresión de estar comiéndome un delicioso chocolate. Jugaba con sus pechos, con su cintura, con la cresta de su pelvis que la hacía estremecerse cada vez que la mordía con suavidad.

Nadia se reía, gemía, soltaba aire con fuerza, y me pedía que siguiera. Yo estaba sumido en su aroma, en su sudor, en su existencia completa. No había nada en ella que no pudiera gustarme, no existía cosa alguna que me obligara a apartarme de ella.

Y así seguí, jugando con su cuerpo hasta llegar a su vagina. La tenía completamente lubricada como si me estuviera pidiendo que jugara con ella, yo le hice caso. Comencé a jugar con su clítoris, dibujando círculos y corazones a su alrededor, obligándola a estremecerse, a moverse por todos lados por el inigualable placer que eso le ocasionaba. Hace mucho tiempo me habían dicho que el punto del placer máximo era el punto G, un lugar dentro de la vagina, que hacía a las mujeres enloquecer, pero descubrí que no era así.

El clítoris era el punto exacto, en donde empezaba y terminaba todo. No voy a aburrir a nadie contando cómo descubrí que las mujeres se volvían locas cuando les sabían acariciar el clítoris, sino que, Nadia no era diferente. Sí que era hermoso, un perfecto botón en la cabeza de su vagina, de color rojizo, brillante, delicado. Jugué con él hasta que me pidió que continuara bajando por ahí, que hiciera algo con mis dedos.

Yo soy un hombre obediente que sabe reconocer la cadena de mando. Nadia tenía el control total sobre mis acciones así que ¿por qué habría de desobedecerla?

Comencé con un dedo. Le entró sin ningún problema; lo deslicé en su interior tan rápido como me lo pidió y comencé a estirarlo y contraerlo como si estuviera rascando su comezón. Mientras tanto, continuaba masajeando suavemente su clítoris; vi en su rostro que supo apreciarlo. Estaba cohibida por el placer, tratando de decidirse entre respirar o dejar escapar sus gemidos. Me resultó satisfactorio ver cómo se estremecía de placer.

—Maldita sea exclamó □ John, eres increíble.

No había hecho nada especial y ya me estaban halagando. Traté de mirarla a los ojos, pero se encontraba con el rostro al techo mientras mantenía sus párpados cerrados. Respiraba, gemía, gritaba, se movía o se petrificaba de repente. Nadia atravesó por muchas etapas del placer mientras que jugaba con su vagina.

—¿Yo? pregunté riéndome sutilmente □ Pero si yo no he hecho nada le dije.

Sin preguntarle, saqué mi índice de su vagina para luego volverlo a meter acompañado de su amigo del medio. Estaba tan lubricada que me dio la impresión de que ni siquiera se dio cuenta de cuantos dedos tenía adentro; no me importó, yo continué haciéndola sentir bien.

—¿No tienes algo más grueso? me preguntó, jadeante pero aun en control de su voz seductora.

—Claro que sí, señorita Nadia.

Así que me levanté, me jalé un poco el pene y fui acercándome poco a poco a su vagina.

—¿Estás lista? le pregunté.

—¡Métemelo ya! vociferó.

Yo solté una carcajada y empujé mi pene con fuerza dentro de su vagina. Nadia dejó escapar todo el aire que tenía en los pulmones y comenzó a gemir de placer. Yo me movía con destreza, sacudiendo sus pechos, sus caderas, empujándola hacia arriba y trayéndola hacia mi cuando embestía con fuerzas tal cual me lo pedía entre gemidos.

Sentía cómo su vagina se escurría a lo largo y ancho de mi pene mientras ella me apretaba con sus piernas para que no me saliera. Yo jugaba con sus pechos, con sus pezones, apretaba sus piernas o la cogía por la cintura. El contacto físico era exquisito cuando se trataba de ella.

—Mételo, más, sí... me decía □ dale, más duro.

Yo soy un caballero, yo le obedecía diligentemente. Probamos cada posición posible, pero la que más me gustó (y no porque fuera simplista) fue en la que levantaba su trasero para que yo la penetrara desde atrás. Podía ver cómo sus perfectas nalgas se movían con cada golpe de mis caderas, como culo se asomaba mientras yo la penetraba con todas mis fuerzas. Me encantaba vérselo, era exquisito, sentía que debía quedarme en esa posición para siempre.

En lo que estuve en esa posición, procedí a darle unas nalgadas, a lo que ella respondió positivamente.

—Sí, papi. Dame duro.

Yo continué dándole nalgadas, penetrándola, jalándole el cabello. Todo en

ella me encantaba, desde la punta de sus cabellos hasta la punta de sus pies. Me fascinaba cómo se veía desnuda, vestida, con mi pene entre sus piernas y sobre mí. Sus pechos redondos, sus caderas pronunciadas, sus nalgas perfectas, me hacían querer quedarme dentro de ella todo el día sacudiéndola hasta el cansancio.

Ella me hablaba entre gemidos, gritando, arrugando las sábanas con las manos, mordiendo las almohadas. Yo la puse de lado, de espaldas, boca arriba y abajo, sobre mí, recostada de la pared... quise metérselo en todas las posiciones que conocía porque así podría detallar el movimiento de cada uno de sus músculos y ¡oh! Hablando de eso, cuando ella tomaba el control, era, por lejos, una de las mejores partes.

Se podía ver cómo sus caderas se ondeaban para que mi pene se mantuviera adentro pero aun así haciéndolo escurrir entre las paredes de su vagina. Sentía cómo se doblaba, se reubicaba en su interior y cómo ella me apretaba de vez en cuando. Sus nalgas, deslizándose por mis piernas cuando estaba sentada, o rebotando contra mi ingle cuando estaba arrodillada o apoyada de la pared, me hacían sentir que estaba en el paraíso, contemplando la gloria.

—Eres perfecta recuerdo haberle dicho.

—Estoy perfectamente unida a ti recuerdo que respondió.

Nadia sabía como hacerme sentir increíble, que cada cosa que hacía valiera la pena, que cada movimiento fuera el mejor. Verla morderse el labio, sonreírme con sensualidad, apretarme el pene con las manos, con su boca, entre sus nalgas y dentro de su vagina, era sentir que nada en este mundo podría hacerme sentir mejor que eso.

Yo la penetré durante horas, viendo cómo rebotaban sus tetas, cómo sus nalgas me pedían que las golpease con sensualidad, cómo sus ojos me penetraban con pasión y dulzura. Yo estaba convencido que ese sería el mejor sexo de mi vida. Hasta que, Nadia me confirmó que podría ser mejor.

Ya habíamos terminado, yo acabé dentro de su vagina y ella sobre mi pene. Pero aun nos quedaban energías.

—¿Estás cansado?

—Me preguntó.

—No lo sé le dije, entendiendo que podría significar una propuesta □
¿qué propones? pregunté con una sonrisa traviesa.

En ese momento Nadia se dio la vuelta y levantó las caderas mientras sostenía el resto de su cuerpo con su cara sobre la cama. Con las manos extendidas hacía atrás, se expandió las nalgas, y, como pudo, me miró a los ojos.

—¿No quieres probar algo nuevo?

No dije nada, sólo me levanté para ver aquella maravillosa escena, que, para mi sorpresa, fue mejor de lo que me esperaba. Ella estaba ahí, con las nalgas extendidas, y con un dedo travieso dibujando círculos alrededor de su ano. No sabía que ella era de esas, ni mucho menos que tenía en mente hacerlo en nuestro primer encuentro.

—¿Estás segura? pregunté.

—Sí, ya está limpio y listo para ti dijo Nadia.

—Jajá me reí □ ¿cómo? pregunté.

—Cuando fui al baño, mi amor. Me limpié el culo sólo para ti.

No sabía cómo reaccionar a eso, ni mucho menos como uno se limpia el recto, pero no quise preguntar y arruinar ese momento.

—¿Estás lista? pregunté.

—Ya va dijo, apartando una de sus manos y metiéndola debajo de la almohada □ usa esto primero.

Me extendió un cilindro de lubricante, lo que me hizo preguntarme qué tenía ella en su bolsa para estar tan preparada, de nuevo, no quise arruinar el momento con una pregunta. Así que cogí el tubo, lo abrí y se lo esparcí por el ano. Iba a empujárselo cuando ella se me adelantó con uno de sus dedos, hizo un círculo y luego lo empujó, dejando escapar un pequeño gemido de placer. Según entendía no todos eran sensibles ahí, otra vez no quise preguntarle.

—¿Te gusta lo que ves? preguntó, mirándome de reojo desde donde estaba.

Yo me masturbaba mientras la veía sacar y empujar su dedo. Se lo estaba dilatando; primero uno, luego dos... lo hacía tan bien que parecía que no era

primera vez.

—Claro que me gusta. Es perfecto.

Con una mano jugaba con su ano mientras que con la otra con su clítoris. Era encantador verla, hasta el punto en que no me resistí más y acerqué mi pene a su puerta trasera.

—Jajá se rio □ me preguntaba cuando ibas a metérmelo.

—Si quieres no te hago esperar más.

Poco a poco fui empujándolo, y ella comenzó a inhalar y exhalar aire con tal sensualidad que parecía que en verdad le estaba gustando.

—Vamos, mi vida, métemelo completo.

No pude resistirme y para cuando me di cuenta, ya me encontraba bombeándole el ano con fuerza. Nadia gemía de placer mientras recibía mi pene y se introducía cuantos dedos podía en la vagina. Era perfecto verla hacer eso, sentirla de esa forma. Estaba tan apretada, tan dispuesta. No duré mucho, no recibiendo tanto placer. Ella me gemía tanto que no pude controlarme.

Le di palmadas en las nalgas, se las apreté, expandí, empujé. Disfruté a Nadia como no había disfrutado a ninguna mujer en mi vida y no me arrepiento de eso. Luego de varios minutos deleitándome con ella, descargué lo que me quedaba de semen en su recto, sacando mi pene y viendo cómo su ano se quedaba abierto con la forma de mi miembro.

—Eso fue increíble Dijo Nadia, jadeante.

—Ni que lo digas.

Los días luego de eso fueron increíbles. Disfrutamos el uno del otro durante horas. Me dormía y me despertaba con ella en la misma cama, sabiendo que nada en este mundo podría hacerme sentir mejor. Compartimos nuestras vidas en mi casa sabiendo que habíamos encontrado todo lo que estuvimos buscando por años.

Yo estaba feliz, estaba renovado. Durante ese tiempo no hice más que ir de la oficina a la casa y de la casa a la oficina. No me encargué de ninguna extorsión, no ordené que mataran a nadie ni quise hacer algo parecido. Estaba única y exclusivamente concentrado en Nadia. Ella se había apoderado de la

poca atención que me quedaba (de la que no se había adueñado ya) y estaba a gusto con eso.

Me sentía diferente, era diferente. Estuve seguro de que por ella podría cambiar, que con ella conseguiría la estabilidad emocional que necesitaba. No iba a cambiar mi pasado, no, aun faltaba decirle de lo que era capaz, pero no antes de demostrarme a mi mismo que dejaría esa vida atrás ya que significaba que con ella todo sería posible.

Verla todos los días significaba todo para mi, era una especie de regalo; fui afortunado de haber encontrado una mujer tan increíble como ella y no quería perderla bajo ningún motivo. Se volvió mi todo, y debía cuidarlo, prometí que lo haría y, a pesar de ser un hombre malo, era uno que mantenía su palabra. No permitiría que nada malo le pasara porque la mera visualización de aquella posibilidad me asustaba.

Con Nadia descubrí lo que era sentir cosas que nunca había sentido, no después de haberme hecho el hombre que soy ahora. Me hizo más humano, me hizo mas feliz. Estaba convencido de que mi vida tomaría un giro radical que no había más nada que hacer mas que cumplir mi final de cuento de hadas.

Pero, creo que el destino no quería eso, no para mi, y, en cuestión de segundos, sin Nadia y con una oficina vacía, todo, simplemente cambió.

Tercera parte Alejandra Mata

4

Cuando conocí a John, no estaba al tanto del tipo de persona que era. Para mi, las cosas eran tan hermosas como cualquier otra cosa en este mundo, pero nada podría compararse con estar con él. Al principio de mi vida, era una chica inocente, nada diferente a lo que siempre se presenta de una mujer cualquiera, era sencilla, no resaltaba, sabía poco y vivía al ritmo que el viento soplase.

Mi propósito es contar de todo lo que es capaz John Corvus, quien es en verdad, el hombre que se consolidó como un gran empresario a costas de las tragedias que él mismo consumó. Mi nombre es Alejandra Matas, y tengo el placer de decir que fui su primer amor.

Nos conocimos un verano cualquiera, hace poco más de quince años. La vida era otra, los tiempos eran, de cierta forma, diferentes, él también lo era. Cuando lo conocí, no tenía más de tres dólares, un euro y cuatro pesos en su bolsillo; recolectaba la basura de los países que visitaba a costa de pedir que lo llevaran de un lugar a otro. Era la vida que se había propuesto, ser bohemio, vivir libre. «Es porque odio a mis padres», me decía, «quiero que sepan que viví una vida plena, llena de aventuras y no seguí sus reglas», esa era su excusa.

Yo estaba trabajando en un negocio de traslado con mi hermano, un chico interesante que manejaba su camión de carga a lo largo del país para transportar los productos que nos pidieran. De vez en cuando yo lo acompañaba, cuando el viaje iba a ser largo; en esos casos siempre necesitaba ayuda y yo estaba dispuesta a dársela; a esa edad, cualquier excusa era válida para poder compartir con él. Como dije, era un verano cualquiera, en el cual no tenía planeado hacer más nada que eso; hasta que el infortunio tocó a nuestra puerta.

Aquel día, ya cuando habíamos partido de casa con la carga en el camión lista para ser trasladada, en medio del camino, a unas cuatro horas de donde habíamos salido, un joven, apuesto, con el cabello largo, el mentón cuadrado y

unos ojos preciosos que pude detallar desde la distancia, nos levantó el pulgar para pedirnos ayuda.

Tal cual, como una película, llevaba un cartón en el que se leía el nombre del lugar al que nos dirigíamos. Una grata coincidencia, pensé en ese momento. Mi hermano, quien no se negaba a ayudar a nadie, no dudó en detenerse para dejar que se abordara.

—Es un desconocido, Mike le dije, en lo que me di cuenta que comenzó a bajar la velocidad.

—Necesita ayuda, no podemos negarle ayuda a nadie.

—Claro que sí, podemos negársela a él insistí.

De inmediato, no me sentí atraída por él, no me gustaba compartir el viaje con más nadie, además de que, si lo dejábamos entrar, el espacio de pasajeros se iba a reducir y estaríamos apretados e incómodos durante todo el viaje.

—No es buena idea, ¿qué tal si es un asesino? pregunté, acusándolo de inmediato.

—Jajá se mofó mi hermano □ ¿un asesino? Esto no es una película, Ale, relájate respondió, acercando el camión a la orilla de la carretera. □ Además, si es un asesino agregó, girándose para verme en lo que detuvo el vehículo, y acercando su mano al revolver que tenía cerca de su mano izquierda, en donde podría acceder a ella de inmediato □ yo te protegeré.

No pude evitar sentirme insegura, a pesar de que confiaba en su puntería, su puntualidad y su capacidad para defenderme, pero, el verlo parado en medio de la nada, con un cartón que pedía un aventón, no pude simplemente dejar de pensar que algo malo podría pasar. Tal vez era sólo porque no estaba acostumbrada a hacer ese tipo de cosas tanto como él, y fue por eso que decidí confiar en su palabra.

—No pasará nada, no te preocupes.

—Está bien.

Ya estacionados, esperando a que el chico recogiera sus cosas del suelo y corriera hasta nosotros, me pregunté si estábamos haciendo lo correcto.

—¡Gracias por detenerte! Tengo rato pidiendo un aventón dijo John, en lo que abrí la puerta para bajarme y darle espacio.

—No hay de qué dijo mi hermano, desde el lado del piloto, viendo hacía abajo □ siempre a la orden, mi amigo.

Es gracioso como rechazamos lo que sea de las personas que no nos agradan. No importa si no es nada del otro mundo, si viene de ese alguien, lo vamos a aborrecer. Yo suspiré de hastío al escucharlo hablar con mi hermano, al ser tan cordial, al llamarse amigos. A penas y lo estábamos conociendo y ya se comportaba como si nos conociera de toda la vida.

—Mucho gusto, señorita, mi nombre es John dijo antes de montarse, extendiendo su mano cubierta de polvo y una sonrisa endemoniadamente bella en el rostro.

Primero vi su mano, sin querer tocarla, suponiendo que no lo iba a hacer. Seguido a ello, levanté mi mirada y miré a sus ojos azules perfectamente iluminados por la luz del sol. Pensé que no le saludaría, pero antes de darme cuenta, ya estaba estrechando su mano.

—Mi nombre es Alejandra, mucho gusto le respondí con una sonrisa, como si realmente estuviera a gusto de verle.

John soltó mi mano y cogió sus cosas. Un bolso lleno por completo; no como esos de alpinistas, sino como uno de colegio, de esos que se ven en todos lados, sencillo, pero se veía que pesaba demasiado. Se quejó al levantarlo y se subió al camión.

—Estaba esperando desde hace rato, no saben lo agradecido que estoy de que me dejaran ir con ustedes.

—Siempre hay que ayudar a los amigos del camino, uno nunca sabe con lo que se puede encontrar respondió mi hermano.

—Mucho gusto, mi nombre es John dijo, pero esta vez dirigiéndose a mi hermano.

—Y yo me llamo Mike respondió. □ Y ella es mi hermana menor Alejandra señaló, apuntándome con la mano.

—Sí, ya nos conocimos allá abajo aseveró John, mirándome con la misma maldita sonrisa.

Yo seguí a John luego de que se montara, me senté y cerré la puerta.

—Y para donde van preguntó John, mirándonos a los dos, uno a uno,

sondeando quien le respondería primero □ a la ciudad, estamos haciendo una entrega.

—Oh, que bueno exclamó de alegría □ entonces vamos para el mismo lugar

—¿Sí verdad? Qué coincidencia dije, con un tono sarcástico, fastidiada por completo con su presencia.

Durante el viaje, sólo mi hermano y él conversaron. Yo traté de quedarme dormida, sintiendo que todo eso se había arruinado ahora que no estamos nosotros dos solos. Hablaban y hablaban de sus vidas, de lo que hacían, de lo que tenían pensado para el futuro. John le contó a Mike que a penas tenía diecinueve años (un año mayor que yo); no pude evitar sentirme sorprendida, ¡ya tenía diecinueve años y estaba viajando por el mundo! Otra razón más para odiarlo.

Es gracioso porque, en ese entonces, sentía como que él lo tenía todo: libertad, carisma, un espíritu aventurero. Me dieron celos al escuchar todo lo que podía hacer, todo lo que hizo durante los últimos tres años (para esa fecha) en los que estuvo viajando para encontrarse a sí mismo. Hice lo que pude para ignorar su conversación hasta quedarme dormida.

Al llegar a nuestro destino, esperaba no tener que verlo más. Al principio, mi odio por él no era más que un simple capricho de niña; me había arruinado el día con mi hermano, hasta el momento, no había hecho nada del todo desagradable, no lo suficiente como para odiarlo como lo odio ahora. Estoy segura que las cosas que nos llevaron a reencontrarnos fueron mera casualidad, circunstancias del destino que no esperaba que nuestras vidas se desarrollaran de ese modo.

Los días pasaron y yo ya me había olvidado por completo de John a quien ya no tenía motivos para odiar porque obtuve el tiempo de calidad que quería con él en el viaje de regreso a casa. Su sonrisa, sus ojos azules, su voz de hombre a pesar de tener a penas diecinueve años, todo eso desapareció de mi memoria porque creí que no lo vería más, creí que no habría razón alguna para reencontrarme con él. Eso creía. Ojalá se hubiera mantenido así.

—¿Alejandra? me detuvieron un día, luego de cinco años, en la ciudad □ ¿eres tú?

¿Cuáles eran las posibilidades de que pudiera encontrármelo? A un

hombre bohemio que se la pasaba viajando alrededor del mundo, pidiendo aventones en la carretera y teniendo un nuevo destino cada noche. Para ese entonces yo esperaba que las circunstancias y su forma arriesgada de vivir lo hubieran matado ya, pero no fue así.

Al principio no lo reconocí, le pasé por el frente y para mí fue un hombre común y corriente; estaba sumida en mis propios asuntos, cosas fútiles que ahora no recuerdo pero que realmente me tenían concentrada en ese entonces. Tal vez no había cambiado mucho mi aspecto físico en esos últimos cinco años, o era que él no se había olvidado de mí.

—¿Alejandra? preguntó de nuevo, cuando me detuve y me giré al escuchar mi nombre.

—Sí ¿Lo conozco? pregunté, aun inocente. Supuse que era algo puntual, que se trataba de algún cliente que no recordaba, de algún compañero de clases; cualquier cosa menos John.

—Soy yo exclamó entusiasmado, como si eso fuera suficiente para desbloquear todos mis recuerdos y evocar el pasado hasta encontrarlo.

En una fracción de segundos le sondeé para ver si veía algo que me dijera quien era. Tenía el cabello corto, el mentón afeitado, se veía más alto y llevaba puesto un traje elegante, de esos que usan sólo las personas con dinero. Superficialmente, nada en él se parecía al John que había conocido, pero, entre su entusiasmo, el brillo de alegría en sus ojos y una sonrisa impecable, sentí que lo había visto ya.

En ese momento, estúpida e incrédula, esperaba que fuese un enamorado del pasado, algo así como un chico tonto que alguna vez rechacé, el cual ahora se veía tan apuesto, tan elegante, tan indomable; que siguiera enamorado y así pudiera aceptarlo al fin. Una fantasía ridícula. Tal vez, de no haber pensado eso, le habría dicho que no, no te conozco, lo siento, estoy ocupada, para luego marcharme sin mirar atrás. Habría sido lo mejor, me habría ahorrado todo esto.

—¿Quién eres tú? pregunté, dibujando una sutil sonrisa ante la idea de fuera un enamorado □ ¿nos conocemos?

—Claro que sí, tú y tu hermano me dieron un aventón hace cinco años. Soy yo, John.

De inmediato, trajo a mi el recuerdo de aquel fatídico viaje. Comprendí, en poco tiempo, por qué aquella sonrisa y esos ojos me parecían tan conocidos.

—Oh dije, más como un quejido. Mi sonrisa se borró, la posibilidad de que fuera un enamorado que ahora era millonario se desvaneció tan rápidamente como me vino a la cabeza y no pude contener mi decepción □ John, ya te recuerdo.

Él pareció ignorar mi gesto de desagrado, seguía contento por el reencuentro.

—Vaya, que pequeño es el mundo. ¿Quién iba a decir que nos encontraríamos después de tanto tiempo? dijo □ ¡Y que te recordaría! soltó una carcajada □ vaya, ¡qué increíble!

—Sí, hurra dije, desganada, indiferente □ ¡qué emocionante! exclamé falsamente.

Haré una pausa, porque viéndolo en retrospectiva, no sé por qué continué con eso. Sí, estoy segura que me desagradaba habérmelo conseguido tan de repente, el verlo de nuevo, recordar que medio arruinó el viaje con mi hermano y que no me calló para nada bien aquel día. ¿Por qué no me fui entonces? ¿Por qué continué hablando con él? ¿Qué estaba pensando?

Es decir, recuerdo que John comenzó a caminar en mi dirección, como si no hubiera estado haciendo nada antes de ello, y yo se lo permití, sin decírselo, dejándome llevar por su presencia. Aun estaba molesta, sí, no estaba a gusto con aquel reencuentro, pero lo dejé quedarse.

—¿Y qué has estado haciendo? preguntó John.

—Comencé a trabajar como trader.

—¿Trader? ¿Qué es eso? preguntó.

—Es como un corredor de bolsa, pero un poco diferente.

Mis ganas de no hablarle empezaban a desvanecerse, dándole paso a una interacción que creí que no iba a tener con él.

—Y ¿cómo pasas de manejar un camión de carga a manejar dinero de la forma en que lo haces?

—Queriendo ser diferente, queriendo poder ser independiente y millonaria respondí con seguridad.

—Buena respuesta, me gusta aseveró.

—¿Y tú? me sorprendí preguntándole. □ ¿Qué haces con tu vida?

John aclaró su garganta, como si no esperara que le preguntara.

—Yo, trabajo en mi propia empresa dijo □ administro mi propio negocio.

Lo miré de nuevo, de arriba abajo, entendiendo que definitivamente le estaba yendo bien.

—¿Y qué pasó con viajar por el mundo? ¿El disfrutar de despertar en un lugar nuevo todos los días?

—No era lo mío.

—Entonces, ¿no viajas más por el mundo?

—Oh sí dijo □ claro que lo hago. Pero con mi dinero, sin pedirle aventones a nadie, siempre en primera clase y disfrutando de mi vida.

La forma en que lo dijo, lleno de orgullo, soberbio a la medida justa, digno de un hombre que se gana la vida a su manera, levantando el pecho, el mentón y cerrando los ojos. Me pareció gracioso, así que dejé escapar una sutil carcajada, ahogada entre mis labios. Y John respondió de la misma forma.

Y fue ahí, en el momento en que me sentí a gusto a su lado, en el que las cosas parecieron ser agradables mientras hablaba con él, el instante en el que puedo decir que todo comenzó.

Es sorprendente cómo de un momento a otro comenzamos a salir. No me lo esperaba, creo que estaba a gusto con él porque estaba en el mismo mundo que yo, en el de los negocios. Por un instante de mi vida realmente creí que todo estaba escrito, que las cosas marcharían de maravilla luego de eso. Es decir, había conocido por casualidad, cinco años atrás, a un hombre que luego, por azares del destino, sería mi pareja, un exitoso empresario que se las arregló para escalar en el mundo del dinero y llegó lejos. Eso era algo que simplemente yo no podía ignorar, era algo que sencillamente me hacía sentir resuelta.

Las circunstancias, los detalles y las coincidencias, contribuyeron con que me sintiera tranquila. John parecía ser un buen tipo, era agradable, gracioso, inteligente. Todo lo que alguna vez quise en un hombre y que me sorprende haberlo encontrado en él. ¿Quién iba a decir que el joven que conseguimos por la calle podría ser así? Para ese entonces me parecía un tío molesto, alguien que no merecía mi atención, ahora, estaba durmiendo a su lado, en su cama, sobre su pecho desnudo y sus fluidos por todo mi cuerpo.

Pero, no podía evitar sentir que algo no andaba bien. Pero eso es caso aparte. Luego de encontrarnos, comenzamos a salir casi de inmediato; almorzamos aquel día, planeamos vernos en otra ocasión y de cita en cita terminamos saliendo juntos.

No podía negar que estaba a gusto con John, con su dinero, con su afecto, con su forma de tratarme. John Corvus era un hombre increíble que sencillamente no podía ignorar, que no puedo olvidar ni siquiera odiándolo tanto como lo hago. Su sonrisa me cautivaba cada vez que la acompañaba con el sonido de mi nombre, su mirada, penetrante y cautivadora, era lo que necesitaba para sentir que me quería, porque él es sumamente expresivo, porque su forma de hacer las cosas es mejor que la de cualquiera.

Para ser honesta, estoy molesta con él porque no puedo simplemente sentirme igual con otro hombre. Él me hizo sentir mujer de formas inimaginables. El sexo con John era exquisito, intenso, divino. Lo hacíamos en cada rincón de cada casa, de cada lugar que pudiéramos visitar. Tocaba partes de mi cuerpo que ni siquiera yo podría tocar de esa forma, me lamia en puntos

claves que me hicieron pensar que, o era mujer, o me conocía mejor que yo. En serio, nadie es mejor que John en lo que hace John.

Sus negocios, su vida persona, el sexo, el amor. John lo ha dominado todo de tal forma que parece que nadie puede imitarlo, que nadie podrá reemplazarlo, y es algo que me ha tocado aprender por las malas.

—Buenos días, princesa me decía siempre al despertar. No podía simplemente evitar sentirme como una tonta enamorada. □ ¿Cómo amaneces?

Yo me tapaba el rostro, insegura, hecha un desastre porque nadie se despierta tan bien arreglada como en las películas. Mi mal aliento, mi semblante desagradable. Pero le sonreía, le sonreía porque me hacía sentir bien, de alguna u otra forma, conmigo misma. Luego de eso, siempre, me daba un beso en la mejilla.

—¿Tienes hambre? me preguntaba.

A lo que yo le respondía con una sonrisa aun más grande y asintiendo con la cabeza. Sabía lo que eso significaba. Acto seguido, John se levantaba de la cama (siempre desnudo) desplazándose por la casa como un fantasma, sin siquiera escucharse. Yo me quedaba viendo como se alejaba de la habitación, cómo sus nalgas se movían, cada detalle de su no muy exagerada pero fornida espalda. Cada vez que lo veía desnudo sentía como mi cuerpo se escurría por él, se había vuelto mi debilidad.

Cuando regresaba, a los pocos minutos, regresaba con una bandeja con el desayuno servido. Todo perfectamente hecho, todo encantador. Mientras se ausentaba, yo me levantaba rápidamente para arreglarme, cepillarme el cabello, los dientes, lavarme la cara, retocarme un poco el labial para que pareciera el color natural de mis labios y luego acostarme como si no hubiera hecho nada de eso.

—Me encanta cómo te ves cuando te despiertas me decía una que otra vez cuando llegaba con el desayuno.

Él se sentaba a mi lado, me entregaba la comida y yo comenzaba a desayunar como la princesa que era. John comía conmigo, mientras veía la televisión que se levantaba del suelo de la habitación. Aquel lugar era lujo puro, ostentoso, el reflejo de un hombre que había invertido su dinero apropiadamente en un lugar hermoso. Me encantaba vivir con él, era perfecto.

Sí, debo reconocer que yo era un poco superficial, pero es que la comodidad se puede comprar y él era prácticamente dueño de ella. Me gustaba lo que él me ofrecía, las cosas que podía obtener estando a su lado: su atención, su afecto, el espacio que compartíamos juntos. Estar con John era estar en una mina de diamantes en los que sólo yo tenía prioridad. Era encantador, era lo mejor que me pudo haber pasado jamás.

Luego de eso, pasábamos a la mejor parte de la mañana, el sexo. John se levantaba erecto, y no se le bajaba hasta que no me lo hacía. Por un tiempo comencé a creer que se tomaba alguna pastilla para que sucediera eso, porque no había forma de explicar lo preparado que estaba que no fuera con trampa o alguna habilidad sobrenatural.

Comenzaba a tocarme, a jugar con mi cuerpo, mi cabello. Me besaba como si no hubiera mañana y me hacía sentir suya, centímetro por centímetro, poro por poro. John lo sabía todo acerca de mí, conocía cada parte erógena, cada punto clave para hacerme acabar sin siquiera penetrarme. No puedo odiarlo cuando me acuerdo de las veces que me hizo sentir tan bien.

Sus manos, sus labios, su pene. Todo lo que John tenía parecía estar hecho para mí, encajaba a la perfección en cada orificio de mi cuerpo en el que pudiese metérmelo y eso me encantaba. Los orgasmos eran sencillamente perfectos, uno tras otro, sin detenerse. Él sí que sabía cómo complacer a una mujer, me volví adicta, una adicción que comparto con los drogadictos.

Algunas veces me penetraba como una bestia, otras, lo hacía con tanta delicadeza que podía sentir cómo cada centímetro de su pene iba besando cada centímetro de mi vagina. En verdad no van a creer que no he podido sentirme igual con otro hombre. Todos simples, básicos, indiferentes a lo que necesita mi cuerpo, pero John no. John me tocaba como yo lo quería, se encargaba de hacerme sentir como una diosa, como la princesa que tanto decía que era. Mi cuerpo, mi mente y mi alma eran suyos, yo se los había entregado en una bandeja de plata y no quería devolución.

Y luego del sexo, estaban las caricias, palabras románticas, momentos de silencio en el que me contemplaba como un regalo. Sí que me hacía sentir bien, sí que me encantaba la forma en que me miraba, me tocaba, me amaba. Se sentía tan real, tan perfecto, no cabía duda de que era mi deseo tener todo eso por el resto de mi vida, disfrutar del cuerpo de aquel hombre, de su forma de ser, de sus lujos, de su atractivo, de su amor.

Sí, estar con él era la gloria.

—Te amo, Alejandra. Eres increíble me decía luego de que me eyaculaba adentro.

Lo repetía cuando se me montaba encima para acariciar mi cuerpo, cosa que me excitaba aun más y me obligaban a montarme sobre él para otra ronda.

—En verdad te amo eran sus palabras □ eres increíble.

—Yo te amo más le respondía como una tonta.

Y yo me lo creía. En aquel entonces, el sentimiento era mutuo, sí que nos amábamos, sí que nos sentíamos bien el uno con el otro. Se puede decir que aquella fue una gran etapa de mi vida, un momento que no cambiaría por nada en este mundo, pero eso simplemente no es suficiente para eclipsar todo lo que sucedió después.

Descubrí su secreto por un azar del destino. Estaba revisando sus cosas, buscando algo que pudiera servirme para lo que fuera, para compárame algo, para que me ayudara en mis negocios. Nada del otro mundo, sólo mensajes, detalles, alguien que quisiera algo y que yo pudiera vendérselo. A John no le gustaba que yo me metiese en su trabajo y él no se metía en el mío, pero eso era algo que él había decidido. Yo no tenía problemas con que supiera de mi vida así que ¿por qué habría él de tener problema alguno?

Sabía que él tenía una empresa, cómo se llamaba, qué hacía y cuanto dinero le entraba, pero no era suficiente porque, si eso era todo ¿por qué tanto misterio? Yo soy una mujer curiosa por naturaleza, así que no hay nada en este mundo que pueda evitar que encuentre lo que quiero buscar. Pero creo que, si me hubiese ahorrado esa necesidad, nada de esto habría pasado.

Busqué y busqué entre sus papeles, en sus gavetas importantes; primero me encontré con un arma. Era algo normal, sí, no sabía que lo tenía, pero tampoco era gran cosa, cualquier persona tendría un arma para su seguridad, mi hermano era una de ellas. Así que seguí hurgando entre sus pertenencias para ver qué me podría servir; la respuesta a mis preguntas debería estar escondida en alguna parte, algo de sus negocios podría ayudar en los míos; estaría dándole a dos pájaros de un solo tiro si lograba conseguirlo todo.

Fue tan infructífero como había sido días antes de ese. Necesitaba información, requería satisfacer mi necia necesidad de conocerlo todo acerca

de John, no guardar secretos. E insistí, continué buscando, día tras día, en los momentos que sabía que podría conseguir algo comprometedor, pero no fue así. John era cuidadoso, ahora entiendo por qué, pero no fue suficiente para mí.

Es que, John salía de vez en cuando durante las noches, a veces desaparecía todo el día, cuando llamaba a la oficina no estaba y en los momentos en los que más lo necesitaba siempre estaba ocupado. Para mí no era normal, era una cosa extraña tras otra. Sus secretos, sus misterios, su trabajo, el dinero que entraba, los guarda espaldas que tenía. Todo lo que giraba en torno a él era irregular y yo quería averiguarlo.

Así que recurrí a lo que menos me esperaba. Gracias a los medios, pude averiguar que un móvil podía ser rastreado si así lo deseaba, se necesitaba poco, de hecho, así que, un día, de esos tantos que desaparecía con una excusa como «tengo que ver a unos inversionistas», puse mi móvil en el bolsillo de su abrigo y cogí el suyo. Mi plan era decirle, luego de unas horas, que habíamos confundido móvil, afortunadamente teníamos el mismo modelo, de diferente color, pero el mismo al fin.

—Cuídate mucho, mi vida le dije, mientras me despedía de él con un beso y una mano floja □ llámame cuando llegues para saber que estás bien.

—Vale, princesa, yo te llamo.

En ese corto tiempo, hice el cambio. Había sido un éxito, ahora sólo faltaba seguirlo. En lo que se fue, accedí a mi computador e ingresé mis datos para encontrar mi equipo. Era más sencillo de lo que parecía, y en menos de unos segundos ya veía cual era la posición de John en el mapa. Recuerdo haber dado un grito de euforia por haber completado la primera etapa de mi plan. En ese entonces, no esperaba absolutamente nada del otro mundo; tal vez una amante, un casino clandestino, una aburrida cena con inversionistas. Mi imaginación no era tan amplia en ese momento, nada pudo haberme preparado para lo que vi.

Luego de un rato para darle ventaja, cogí mi portátil, mi abrigo, mi bolsa y mis llaves para ir a la búsqueda de la vida secreta de John Corvus.

—Por favor, siga derecho por esta calle le dije al taxista en lo que abordé el coche □ yo le digo cuando cruzar.

—Vale. dijo el chofer.

Diligentemente siguió mis indicaciones al pie de la letra, con lo que, en menos de media hora, ya estaba en el lugar en donde se había detenido John. Era una tranquila zona industrial, con varias fabricas y almacenes que podrían servir para cualquier cosa. No estaba segura de qué esperar ahí, de inmediato descarté una amante y la cena elegante con los inversionistas. Sólo me quedaba un casino clandestino o algún trafico de coches (porque le encantan los coches) así que, cualquier cosa era posible.

Lentamente me fui acercando hasta el lugar en donde la señal se había detenido, justo en ese momento, recibí una llamada. Era él. El corazón comenzó a latirme con fuerza, como si quisiera salirse por mi boca. Me llamó directo a su numero ¿ya se habrá dado cuenta? ¿Sabrá que lo estoy siguiendo? Fueron las preguntas que me hice, asustada, caminando de puntillas, a unos metros de su posición actual.

—¿Aló? pregunté, como si estuviera confundida.

—Amor, soy yo. Dejé mi móvil en la casa y me traje el tuyo sin darme cuenta.

—Oh dije, aliviada, al escuchar su tono de voz tan natural; no se había dado cuenta □ ya decía yo. Estaba dándome una ducha le dije □ no me había dado cuenta.

John soltó una carcajada que pude escuchar al otro lado de la llamada.

—Sí, qué loco ¿no? Bueno, te llamo para decirte eso y que ya llegué, ya estoy con los inversionistas, yo te llamo cuando salga de aquí ¿vale? me dijo.

—Está bien, mi vida, yo te llamo cualquier cosa entonces.

—Te amo.

—Y yo a ti colgué.

Por poco me descubría ¿qué habría pasado si la llamada sonara cuando me hubiera acercado más? No lo sé, pero estoy segura que nada habría sido peor de lo que sucedió después.

Me las arreglé para acercarme lo más que podía a la posición actual de John, luchando contra mi instinto de supervivencia, el cual me decía que dejara todo eso ahí, que no necesitaba averiguarle la vida a mi pareja, que debía confiar en él... pero mi curiosidad resultó ser mayor que mi deseo por mantener aquella relación, así que continué con mi búsqueda. Encontré un lugar en donde asomarme luego de montarme en algunas cajas (no importaba lo que me tomara, iba a conseguir lo que quería) y pude ver todo lo que estaba sucediendo.

John estaba allí, acompañado por varios hombres, supuse que eran sus guardaespaldas porque reconocí a unos cuantos que lo acompañaban de vez en cuando a la casa. Los demás me eran extraño; ellos y los que estaban de frente. Eran otros hombres, con la misma pinta de agentes de seguridad personal, acompañando a una persona que estaba en medio de todos ellos, al igual que John.

—¿Qué estará haciendo? pregunté, sin poder escuchar lo que decían □ Se ve interesante.

Estaba pensando que seguro estaba comprando mercancía para la empresa, cosas que simplemente necesitaba hacer bajo el radar legal; era normal, yo me encargaba a veces de hacer ese tipo de cosas: ventas, compras, nada del otro mundo. Por un segundo, y sólo por un corto segundo, me había tranquilizado.

De repente, John y el hombre de en medio de los otros guardaespaldas, comenzaron a gritar. Mi novio parecía furioso, estaba discutiendo, reclamándole algo. Lo que me había parecido raro era que no habían hecho nada, movido ninguna caja, visto ninguna mercancía; sólo estaban intercambiando gritos.

Lo primero que me vino a la mente fue preguntarme qué estaba sucediendo ¿por qué mi novio se veía angustiado tenso y molesto? Sin previo aviso, sus guardaespaldas se apartaron un poco de él, como si estuvieran huyendo de su implacable furia, lo raro fue que todos lo hicieron al mismo tiempo. Sus cinco hombres retrocedieron como si lo hubieran planeado, mientras que él continuaba gritando

En ese momento, John le dio la espalda al hombre a quien le gritaba. Vaciló por menos de un segundo y levantó la mano. Y, en un instante, vi como sus hombres, ahora esbirros, ejecutaban a siete personas a sangre fría. John estaba parado allí, sin moverse, observándolo todo sin siquiera reaccionar; fue ahí cuando entendí lo que hacía.

Como pude, salí corriendo de aquel lugar antes de que me vieran ¿qué podían hacerme? Eso no era algo que yo quería averiguar. Me mantuve en cautela, corriendo hacia donde me había dejado el taxi, esperando que aun estuviera allí a pesar de no haberle dicho que se quedara esperándome. Lo necesitaba para huir, ¿quién me iba a sacar de ahí? No había forma de que pudiera librarme de aquello que había visto, de lo que podrían hacerme si se enteraban que los había descubierto.

John era todo para mi, se había vuelto el amor de mi vida y yo confiaba en él; de haberlo dejado allí, de no haber insistido en saber lo que hacía con su vida, con esa parte que hacía bien en ocultarme, tal vez nada de esto habría pasado. Mientras corría, en un arranque de miedo, llamé a la policía. No estaba segura de cómo reaccionar, pero sólo lo hice.

—9-1-1, ¿cuál es su emergencia?

—Acabo de ver a mi novio matar a siete personas dije sin siquiera pensarlo.

—¿Está usted bien? me preguntó el operador.

—Sí, no, no sé divagué □ estoy corriendo, no sé a donde ir.

—Señorita, puede decirme en donde se encuentra.

—No lo sé, estoy en una zona industrial, estaba siguiendo a mi novio en un taxi, no sé cómo llegué aquí respondí asustada sin dejar de correr.

A pesar de saber que había rastreado mi móvil hasta allí, de que tenía escrito el nombre de ese lugar en el GPS, mi respuesta fue esa, no lo sé. Estaba legítimamente asustada, confundida, decepcionada y molesta.

Luego de eso, para ahorrarles todo lo que sucedió, me dediqué a dar mi versión de los hechos, lo poco que sabía de John, lo que había sucedido. Me mantuvieron en protección al testigo mientras encontraban una forma de atrapar a mi ahora ex novio, a quien habían interrogado para saber al respecto, y es aquí cuando sucede lo que es realmente interesante.

Un día, recibí una llamada a la casa segura en la que ahora me estaba quedando. Duré varios meses suponiendo que todo iba bien, que pronto atraparían a John y podría verlo tras las rejas, preguntarle por qué había hecho lo que hizo para luego estar a salvo definitivamente. En su momento, me convencieron que él era una persona mala, que no podía simplemente ir a mi casa y confrontarlo porque podría hacerme algo horrible o incluso matarme.

Yo quería decirle que lo sentía (porque para ese entonces ya lo había delatado), quería preguntarle directamente por qué había hecho eso, a qué se dedicaba, sí no era la primera vez que lo hacía, pero no me dejaron. Insistieron en que debían protegerme y así me quedé.

—Hola era la voz de un hombre, calmada, eminente, un poco tenebrosa □ mi vida.

En ese momento, supe de quién se trataba. Era John. Me asusté, sentí que todo mi mundo se había derrumbado. Me pregunté en cuestión de segundos cómo me había encontrado, cómo descubrió el número del lugar en donde me estaba quedando ahora.

—John firme, porque no cabía duda, era su voz.

—Veo que aun te acuerdas de mi me dijo, con un tono de voz frío. □ Creí que con tu nueva vida ya no te preocupabas en recordar mi nombre.

—John, yo, yo no quise ver nada. Yo sólo quería saber qué hacías, yo no supe qué hacer y pues no supe qué hacer John, sólo hice lo primero que me vino a la mente traté de explicarme, divagando, tartamudeando cada tres palabras. Estaba aterrada.

—Ale, Ale dijo, tratando de llamar mi atención, buscando a calmarme como a un perro □ tranquila, mi vida, sólo te llamo para saber de ti.

—John, yo, no quise desaparecer. Ellos me obligaron, yo quería buscarte.

—Lo sé, querida, lo sé. Yo lo sé todo.

No sé si fue su afirmación, o la forma que lo dijo lo que me asustó más. Nada parecía tener sentido.

—Ya sé todo lo que les has dicho, a quien se lo has dicho y cuánto sabes continuó □ creí que me amabas, Ale, creí que lo que teníamos era real.

—Amor, sí, lo que tenemos es real dije, en un momento de desesperación.

—Ya no sé si deba creerte, Ale, no sé ni siquiera si puedo contar con que no intentarás delatarme de nuevo.

—John, te prometo que no le diré nada a nadie, en verdad le supliqué.

Algo me decía que se traía algo entre manos. No lo conocía tanto como creía, no a ese hombre frío y tenebroso que estaba llamando.

—No quiero volverte a ver, Alejandra, no quiero saber más nada de ti. Busca otra cosa que hacer con tu vida, no me importa lo que hagas de ahora en adelante.

—John... traté de responder.

—No te hago pagar por lo que hiciste porque aun siento algo por ti, así que considéralo un regalo de mi parte. Hasta nunca, Alejandra.

Yo hice lo que pude para resolverlo, no lo conseguí y él me dejó atrás. Después, comencé a sentirme insegura porque supuestamente había estado en el programa de protección al testigo y él me había encontrado. No había forma de escapar de él, sólo me quedaba su palabra de que no quería saber más nada de mí, pero creo que eso no era suficiente, porque a pesar de saber que era peligroso, yo sí quería que supiera de mí.

Durante años me mantuve alejada de John, recordándolo como el hombre bueno que me quería, que decía que sentía algo por mí, sintiéndome traicionada, según él ya no me amaba, pero ¿por qué? ¿Por haber querido saber la verdad? ¿Por haber sentido temor por estar a su lado? Era una mujer sensible, estaba aterrorizada por lo sucedido, ¿qué esperaba él que hiciera? ¿Qué me callara? No.

Cuatro años pasaron, cuatro largos años. Ya no había motivos para mantenerme oculta, nunca más me contactó, así que sentí que era momento para volver. Quería regresar a mi casa, ver a mi familia. Sabía que John no me haría nada porque un hombre como él no tendría motivos para hacerlo, yo sólo actué por instinto, él debía entenderlo. Quería que lo entendiera.

Fui una tonta.

Al principio, no sólo había regresado porque quería ver a mi familia; aun lo quería, aun sentía que podría enmendar las cosas, convencerlo de que me perdonase, hacerle ver que podíamos intentarlo de nuevo, que yo no había dejado de pensar en él durante todo ese tiempo en el que me dejó en el exilio.

John era todo para mi, y quería recuperar todo eso que teníamos.

Así que volví, regresé al mundo al que pertencí una vez, buscando al hombre que una vez me amó y que esperaba que aun lo hiciera. Me propuse volverlo a ver, encontrarlo, seguirlo y pedirle que me perdonase. Me mantuve a la espera en frente de su empresa durante días, buscando un momento para verlo, tratando de entender cuál era su rutina, si no la había cambiado, si no era el mismo hombre de antes.

Y fue ahí cuando la vi. Estaba con otra mujer, la miraba como alguna vez me miró a mi, lo sé, no cabía duda. No sabía cuál era su problema, siempre andaba con él. ¿Quién era? ¿Qué quería él con ella? Una mujer negra, con un cutis perfecto, y claramente más joven que él. ¿Por qué les seguía a todas partes? Todos los días los veía llegar en el mismo coche y en las noches partir juntos. Por un momento pensé que podrían ser sólo compañeros de trabajo, que seguro eran amigos, que no había nada entre ellos.

Eso me consoló solo por unos meses en lo que no vi más que simples miradas entre ellos, nada más; fuera lo que fuere lo que tenían, no era nada serio. Todo ese tiempo estuve acechándolos, buscando una respuesta. No podía acercarme mucho, no podía simplemente confrontarlo, no antes de saber lo que estaba sucediendo, no antes de descubrir qué se traía esa negra entre manos. Seguro quería su dinero, las mujeres siempre quieren el dinero de los hombres buenos. ¡Ja! Estúpida, no conoce a mi John, él no es ningún hombre bueno. Sólo yo sé quien es él.

Y los seguí, los seguí a todos lados durante días, semanas, meses. Los veía siempre hablar con completa confianza, darse besos en la mejilla cada vez que se encontraban como si fuera enteramente necesario hacerlo a cada rato, (me parecía repugnante). Contraté a un hacker para que me consiguiera información apropiada de los dos, de todo lo que tenía, de toda la información que pudiera encontrar. En algún lugar de sus archivos debería estar lo que ella hacía, quién era, qué demonios tenía qué ver con mi John. Pero nunca apareció. El dinero que le había dejado, junto con él y la información que le pedí, se desvanecieron. No me quedó de otra más que hacerlo todo con mis propias manos.

Cuando lo creí necesario, comencé a seguirla solo a ella a todos lados, e incluso hasta su casa; veía cómo dormía, cómo se peinaba su horrible cabello, cómo comía, cómo se vestía, qué cosas hacía durante las horas en las que no

se entrometía en la vida de John.

Nadia, se llama, lo leí en su correspondencia. Todavía no sé qué quería hacer con mi John, ni mucho menos lo que la relacionaba con él. Era una cualquiera, una simple pobretona que no tenía nada para ofrecer. Su semblante, sus maneras, la forma en que se veía, todo, desde su cabello hasta sus pies, me molestaba. Una chica simple sin mucho dinero, con poco carisma, desagradable y fea... en resumen, no existía algo por lo cuál preocuparme; o eso pensé hasta que los vi aquella noche en el restaurante.

Era normal que siempre fueran a comer juntos, me parecía molesto, pero por lo que veía era algo que hacían todo el tiempo, aunque, esta vez, en medio de lo que supuestamente parecía ser un día cualquiera, hicieron algo que no habían hecho veces anteriores. John cogió la mano de aquella mujer entre las suyas, se veían a los ojos, hablaban lentamente. Cualquiera diría que estaban saliendo, que eran una pareja y fue ahí cuando lo entendí. Él estaba enamorado de ella.

El sentimiento que me acogió en el preciso instante en que los vi tocarse, mirarse y hablarse con dulzura, fue tan intenso como el amor que tengo por él. Justo ahí, sentí como todo mi mundo se derrumbaba.

¡Vaya! Yo sintiéndome mal por ese hombre y él dándole lo que por derecho era mío a una cualquiera. Estuve todo ese tiempo sintiéndome mal por hacer lo que le hice a mi relación con John cuando en verdad yo no era la culpable. Por muchos años me sentí fatal por haberlo arruinado, pero en verdad, yo era la víctima en este asunto. John Corvus estaba confundido, lo sé, él estaba perdido en los ojos de aquella mujer porque no me había visto en mucho tiempo. Así que, en ese momento, en medio de aquella repulsiva escena, el alejarla de él pasó a ser mi prioridad numero uno. En lo que la vi, supe lo que debía hacer.

No me tomó más de unas semanas encontrar a las personas adecuadas que pudieran actuar para lo que quería. ¿Qué, exactamente? Necesitaba deshacerme de esa cualquiera y poder proclamar mi lugar al lado de John tal cual lo he estado queriendo hacer durante todo este tiempo. No estoy segura si lo hago por amor, por celos o por locura, lo que sé es que no me importa, y que lo haré de todos modos.

Al principio, sólo quería matarle, seguro a él le habría de gustar, él también es un asesino, eso nos acercaría más eso nos haría más compatibles.

Yo estaba segura que ella presentaba un problema y, tal cual me dijo John una vez «los problemas deben ser erradicados». Así que actué de inmediato. Nadia necesitaba ser apartada de la escena, no ser más parte de esta historia en la que sólo John y yo podíamos formar parte. Aunque, sin embargo, me invadía la necesidad de hacerla pagar por haberme arrebatado, por lo menos en parte, a mi John.

Así que mi plan paso a ser un poco más complejo de lo que esperaba.

—Estamos hablando de un secuestro, señora, no es cualquier cosa. me dijo el tío al otro lado de la llamada.

—No me importa, ¿te estoy pagando? ¿O no? vociferé.

—Sí, pero, estamos hablando de secuestrar a alguien

—Deja la estupidez, no te estoy pidiendo que la tortures, sólo que la traigas a mi.

—Yo...

—¡Hazlo!, ¡joder!, ¡es una orden!

Nadia estaba a punto de sufrir todo lo que me había hecho sufrir durante todos esos meses que los seguí. La incertidumbre, la duda, el poder hacer algo para mejorar las cosas, pero no poder porque el destino es una perra y no existe la justicia divina. Necesitaba confrontar a esa zorra de frente y decirle todo lo que tenía en mente, explicarle cuál era su lugar en la ecuación, qué papel interpretaba y por qué yo iba a matarla. No podía esperar más por ello.

Durante días planeé lo que debíamos hacer, compré todo lo necesario, busqué a los hombres adecuados para el trabajo, compré un local lo suficientemente apartado del centro de la ciudad, lejos de la compañía de John, para mantenerla encerrada mientras la quebraba en miles de pedazos y me iba deshaciendo de cada fragmento. Primero, la íbamos a seguir hasta su casa, en donde la encontraríamos indefensa, la dejaríamos inconsciente, la meteríamos en el maletero del coche que compré exclusivamente para esto y la llevaríamos hasta donde la tendríamos encerrada. Ya ahí, la trataría como la puta que era y le haría pagar por todo; por haberme quitado a mi John.

Por desgracia, Nadia comenzó a quedarse en casa de John luego de aquella molesta cena, lo que me hizo perder más la paciencia y la cordura. Eso sólo quería decir que, ahora, oficialmente estaban juntos. Mi odio por ella creció

de manera exagerada, no podía verla sin querer enterrarle algo en la cabeza para que dejara de respirar. Poco a poco, la presencia de Nadia me alejaba más de mi John y eso significaba un problema para mi.

Necesitaba llevármela cuanto antes, poner en marcha mi plan. Quería que todo fuera perfecto, que, al final de todo eso, John se encontrara con su cadáver inerte y supiera que lo había hecho por él, que lo amo, que nunca lo olvidé y que haría lo que fuera para estar a su lado, incluso entrar en el mismo mundo en el que estaba él, así significara que tuviera que matar a esa zorra, cosa que no me importaba, porque realmente quería hacerlo.

Así que esperé, llena de odio y ansiosa. Esperé a que Nadia estuviera sola, a que se encontrara en un lugar en el que pudiéramos entrar, dejarla inconsciente y sacarla sin levantar sospechas. Hasta que el día llegó.

El día especial, lo llamé.

Nadia se había quedado hasta tarde en la empresa, así que sería la última en salir, lo que significaba que tendríamos una apertura, una pequeña ventana por la que podríamos sacarla cuanto antes. Estaba segura que esa noche se encontraría con John y, aparte del hecho de que me la estaría llevando, también arruinaría su velada, cosa que me hizo sentir aun mejor. Cuando por fin pudimos llegar hasta ella todo salió de maravilla.

Nadia estaba en la oficina de John, recogiendo unos papeles inútiles, dándole la espalda a la puerta. En ese momento, di la orden a mis esbirros para que se acercaran a ella en silencio y le golpearan en la cabeza para dejarla inconsciente. El golpe debía ser duro, devastador, implacable; si en el proceso le dejaban con algún retraso, sería aun mejor.

Todo pasó en cuestión de segundos. Yo, en la puerta, vigilando que nadie se acercara, di la orden y mis hombres hicieron lo suyo. La golpearon, la cargaron, le taparon la cabeza y nos fuimos como si nada hubiera pasado. Fue tan sencillo que me pareció ridículo haber planeado tanto por tanto tiempo; de haber sabido que sería tan fácil, no me habría preocupado tanto en los detalles y lo habría hecho conforme a la marcha. Pero no importaba, una mujer preparada vale por dos.

La llevamos hasta el estacionamiento y la metimos en el maletero del coche que había comprado. Todo iba acorde al plan, nada parecía ser un problema, no para mi. Cuando llegamos al local, me sentí completamente

realizada. Ella ya había recuperado la conciencia, luego de unos golpecitos en la cara para darle una ayudadita, comenzó a balbucear palabras.

—Hola, querida, por fin nos encontramos le dije, sentada frente a ella □ supongo que tú eres Nadia.

Nadia comenzó a buscar a su alrededor, tratando de averiguar en donde estaba; pobre ilusa, no iba a poder salir de ahí jamás.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mi? Me preguntó completamente asustada, con el terror pintado en los ojos y una mirada confusa y tonta.

—Soy Alejandra, y vine a reclamar lo que es mío.

—¿Alejandra? preguntó, como si no me conociera □ ¿Qué quieres de mi?

—Todo. Tú, maldita zorra le dije, perdiendo los estribos □ me vas a devolver lo que es mío.

—¿De qué hablas?

Su ignorancia me estaba llenando de ira. No podía soportar lo que me decía, que actuara como una incrédula cuando claramente sabía lo que estaba haciendo, lo que sus estúpidas acciones me estaban ocasionando. Por lo que me levanté de mi silla, la lancé a un lado con toda la furia que tenía acumulada y, con el puño cerrado, le di un golpe en su maldita carita de porcelana. No me había sentido tan bien en años.

Cuarta parte
Nadia Velázquez

7

Luego de obtener mi diploma en leyes tras graduarme de la facultad de derecho, sentí que tenía el mundo por delante. Era una chica joven, no habría tenido más de veinte años cuando pensé que podría conseguir el trabajo que quería en una firma súper reconocida e importante del país; no me importaba cuál, lo que importaba es que fuese estupenda. Estaba segura que las cosas serían sencillas, que nadie podría detenerme en cumplir mi sueño de convertirme en la mejor abogada del país. Sí qué era adorable.

No, mejor que eso, era una chica ambiciosa, llena de expectativas, segura de que tenía un lugar guardado en un mundo de éxito, el cual estaba a punto de explorar; me hallaba convencida de que formaría parte de él inmediatamente tocase a su puerta. Pero, el destino me dio una bofetada. Comencé trabajando en una firma sencilla, no tan reconocida como aquella en la que quería trabajar, pero sí lo suficiente como para darme la experiencia que necesitaba. En ese entonces no estuve a gusto con ello, pero, sí, está bien, no importaba, yo iba a superar eso y alcanzaría mis metas.

Pero de nuevo, todo lo que pudo salir mal, salió mal. Por otro golpe del destino, tuve que abandonar aquel trabajo, lo que me obligó a buscar de nuevo en una firma casi igual. En ese entonces tenía unos veinticuatro años y ya sentía que había desperdiciado gran parte de mi vida. Era un poco menos reconocida (había bajado mis estándares) pero lo suficiente como para cumplir mi cometido; lo importante era el conocimiento. Me consolé pensando que no importaba si lo que sacaba de allí sería malo o bueno, al final, si no medía en detalles, de alguna u otra forma aprendería a hacer algo; si eran buenos, a ser buena; si eran malos, a no ser igual. Estaba preparada para lo que viniera... sin embargo, las cosas supieron joderme de nuevo.

Otra vez, repitiendo la misma historia del último trabajo, tuve que dejarlo por asuntos personales concernientes a una mano mal puesta de mi jefe sobre mi nalga, debajo de mi falda. Una patada en los testículos y una bofetada con el puño cerrado me costaron otra renuncia obligatoria porqué, según ellos, no aceptarían pagar nada si me despedían.

Ya estaba cansada de ese tipo de trato; había invertido seis años de mi vida trabajando en lo que quería y soportando las estupideces de mis patrones para terminar de nuevo desempleada y desesperada por un empleo. No me quedaba de otra.

De alguna forma, llegué a la conclusión que quería un cambio, algo diferente que me hiciera dejar de pensar en esas cosas, que me diera un tipo diferente de experiencia y, tal vez, un mejor pago. Busqué y busqué en periódicos, anuncios, Internet; no escatime en ningún lugar; aceptaría cualquier cosa sin importar qué... y, luego de días tratando de encontrar lo que quería, di con algo en lo que nunca pensé que me especializaría: asistente de un empresario.

En su momento, pensé que sería una locura ¡¿Yo?! ¿Una asistente? Me había graduado de la facultad de derecho ¡con honores!, había invertido mi tiempo en aprender de buenos abogados mientras permitía que patanes imbéciles me acosaran sólo porque estaba segura que lo mío era ser abogada. Pero, ¿qué otra cosa podría hacer? Nada. Me consolé pensando que tal vez podría conseguir algo bueno de ello, que probablemente le podría caer bien al jefe y me haría una de sus abogadas ¿quién sabe? Cualquier cosa era posible. Y, con una sonrisa en el rostro y la frente en alto, me fui a mi primera entrevista de trabajo como asistente.

¡Sí qué fue una sorpresa!

Luego de una entrevista agradable con un hombre espectacular, apuesto, inteligente, amable y encantador, obtuve el empleo que había ido a solicitar. La asistente personal de John Corvus, un empresario importante de la industria ¿exactamente cual? Creo que de todas. No estaba segura de cuál sería mi papel cómo su asistente porque nunca había trabajado como la ayudante de nadie, pero estaba decidida a dar lo mejor de mi.

—Felicidades, señorita Nadia, ahora es mi asistente recuerdo que me dijo, levantándose de su silla por segunda vez ese día y extendiéndome de nuevo la mano para estrechar la mía como si estuviéramos cerrando el trato.

Cerramos el trato.

—Gracias por la oportunidad, señor Corvus, no lo voy a defraudar.

—Jajá se ríó John a causa de mi formalidad □ No me digas señor, llámame John.

Yo seguía estrechándole la mano sin querer soltársela porque me encantó sentir su apretón. Para ser honesta, me hizo sentir segura, tranquila, feliz. Todo en John me pareció estupendo. Su sonrisa, sus hermosos ojos azules, su cabello peinado de lado, su barbilla afeitada... todo en él (porque si me dedico a describirlo comenzaré a divagar) era perfecto.

—Gracias por contratarme, John, no te defraudaré dije de nuevo, cambiando algunas cosas.

—Confío en que no lo harás aseveró, sin dejar de sonreír.

Se podría decir que desde ese momento supe que John sería una gran etapa de mi vida, que me ayudaría a hacer muchas cosas, a aprender de todo, a gozar mi trabajo de una forma que nunca habría imaginado, y no me equivoqué.

Trabajar con John ha sido una de las mejores cosas que me han pasado en la vida, estar a su lado sólo puede ser comparado con estar con alguien que realmente te aprecia, te valora y te quiere. Él era ese tipo de jefes que todos desean tener en vez de los ogros que ya tienen. Tuve la fortuna de encontrarme con alguien que, no sólo era estupendo patrón, sino que era un hombre maravilloso en todos los sentidos de la palabra.

Cuando cruzaba el umbral de cualquier puerta para entrar a cualquier lugar, se sentía su eminencia. Su forma de ser tan elegante, elocuente, orgullosa y llena de confianza, eran esas cosas que hacían de un hombre irresistible y John sí que era eso: una persona irresistible.

No tardé en darme cuenta que disfrutaba estar día y noche con él, atendiendo a sus asuntos como si fueran míos, sin preguntar, sin hacer otra cosa que no fuese hacerlo feliz. Estaba convencida de que todo lo que había hecho hasta ahora era completamente necesario para llegar hasta él y no me importaba lo que eso significara siempre y cuando pudiera quedarme a su lado.

Sí; sí que estaba loca por John. Poco a poco me fui percatando de que mi admiración por su trabajo, su éxito, forma de ser, atractivo, carisma, belleza, inteligencia... (de nuevo, una larga lista que prefiero no completar) habían cruzado la línea de lo estrictamente profesional y pasado a ser algo más que simple admiración.

John me trataba como una dama, como una igual. Me pidió innumerables veces que dejara de ser su asistente para que fuera su abogada, que despediría,

y cito: a todos esos idiotas que creen saber algo del mundo de las leyes, para dejarme sólo a mi y pagarme más que a ellos. Pero lo rechazaba porque eso significaba que no podría verlo tanto como quería. De todos modos, terminé aumentándome el sueldo y al final terminé ganando más que todos sus abogados juntos. Él sí que sabía hacerme reír.

Poco a poco nuestra relación fue evolucionando, haciéndose cada vez más compleja, difícil de explicar con un simple resumen de mi vida. ¿Exactamente cómo pasó a ser? Bueno, John y yo no éramos precisamente ajenos a lo que el otro sentía, es decir, nos veíamos todos los días para compartir nuestro tiempo de tal forma que no hacíamos más nada que estar juntos, llegamos a un punto en el que sabíamos lo que el otro estaba pensando.

Hubo veces en la que John me contó que tenía cosas que hacer, pero siempre lo sorprendía dejando reuniones de lado para acompañarme hasta tarde a que cerrara la oficina (como su asistente, siempre tenía que quedarme de noche) para luego llevarme hasta mi casa o a cenar (lo de llevarme a cenar no fue sino hasta después que tuvimos más de seis meses trabajando).

Nos veíamos de manera graciosa, traviesa; yo me vestía con mis mejores prendas para que él pudiera verme. A veces, ni siquiera iba con sujetador o ropa interior cuando usaba un pantalón muy ajustado o alguna falda con la esperanza que él lo notase. Durante ese tiempo me di cuenta que estaba realmente desatada, que no pensaba en nada más que en él y, ¡es que es así!, en serio, no pensaba en más nada que no fuese John Corvus.

Cuando llegaba del trabajo sólo pensaba en él: me acostaba recordándolo, me tocaba imaginándomelo y me dormía para soñarlo. Quería estar todo el tiempo trabajando a su lado porque sentía que ese era mi lugar, que no importaba para qué era buena siempre y cuando fuera buena para él. Lo mejor de sentirme así con él es que estaba segura de que él se sentía igual conmigo, de que no había nada entre los dos que no pudiera hacernos sentir mejor.

Sí que era especial, sí que me hacía sentir como una diosa sin siquiera tocarme, sin decirme nada sexual, sin ser romántico, sin darme presentes; solamente con ser él. No conocía mucho al hombre, no a su momento, pero estaba segura que me mostraba la mejor parte de sí mismo, lo que me hizo creer que lo hacía sólo porque estaba conmigo. Me consolaba pensando eso.

Y las cosas sucedieron a su manera de tal forma que no había nada que

podiera detener el progreso de nuestra relación. Cuando menos me lo esperaba, estábamos intercambiando cumplidos, besos cerca de sus labios cuando nos saludábamos o despedíamos (Era un placer culpable mío el hacer eso. Además, lo hacía a propósito, quería que él me robase un beso, pero nunca lo hizo). Poco a poco pasamos de agarrarnos la mano mientras comíamos a compartir algo más que simples palabras y gestos amistosos.

En poco tiempo descubrí que John no era sólo un hombre cariñoso y amable, sino que era un dios en la cama. La forma en que me tocaba, en que me hacía llegar a cada punto elevado de placer sin ningún esfuerzo, me hicieron entender que no quería que ningún otro hombre me tocara, porque estaba segura que no había más nadie en esta vida que supiera llevarme hasta el lugar a donde él me llevaba. Sí, lo sé, seguro debe haber alguno, pero no quería conocerlo.

Pero basta de hablar de lo espectacular que es. Creo que es momento de pasar a la parte que realmente importa.

Trabajar para John significaba tener que aceptar todo lo que me decía sin preguntar, era una de las cosas que me había pedido hacer al momento de contratarme.

—Lo que importa, es que van a haber ciertas cosas que no puedes saber me interpeló, con un semblante serio y seguro.

A pesar de que me pareció repentino su cambio de humor, no pude evitar sentir que debía atender a sus palabras con respeto.

—Tal vez lleguen momentos en que quieras hacer una pregunta acerca de algo y yo no voy a querer responderte. Es bueno que sepas desde ahora que no es porque no confié en ti, es porque hay cosas que simplemente no necesitas conocer.

¿Cuál crees que fue mi reacción? Pues, la de cualquier persona que no es una molestia para los demás. Estaba emocionada por haber conseguido aquel trabajo, no iba a hacer nada que le desagradara al jefe y que pudiera hacerme ganar un despido.

—Entendido. No voy a hacer preguntas.

—No se aplica a todo, pero es bueno que lo digas afirmó.

—No importa, seguro tiene cosas que no quieres que sepan, no lo culpo.

Confíe en que no escuchará ninguna queja de mi parte.

—Perfecto entonces dijo, cambiando su semblante arrugado y serio por el del hombre perfecto, atractivo y feliz de minutos atrás. □ Pero, no te preocupes, no te voy a pedir que hagas nada extraño. Lo que te pido es que no trates de llegar al fondo de nada. ¿Entiendes?

—Sí, yo entendí. No hacer muchas preguntas, no quejarme, no meter mis narices en donde no se me llame y ser una buena asistente dije, llena de euforia.

Estaba realmente alegre por conseguir un trabajo con un hombre que prometía ser un gran jefe, no me importaba ningún estúpido termino que me pidiera. Estamos hablando de una gran empresa con un empleador espectacular ¿por qué habría siquiera de querer saberlo todo de él? Mientras me tratara como una parte importante de su trabajo, me respetara, me pagase bien y no me pidiera hacer nada que fuera en contra de mi moral, entonces todo estaba bien.

¿Cuál es mi moral? Puede que pregunte cualquiera, pues no tengo muchos limites. Soy una mente libre que no se siente interesada en ciertos asuntos. No me preocupo, no juzgo y trato de vivir mi vida al ritmo que mejor se ajuste a lo emocionante. John me ofreció todo eso y más, así que no me quejé cuando las cosas se volvieron extrañas.

Sí, yo acepté la cláusula de nuestro contrato informal de que no haría ninguna pregunta o trataría de averiguar cosas que no me incumbiesen, pero resulta que no lo hice porque quería, que no fue porque lo estaba buscando o porque la curiosidad me dominó; fue un accidente, lo juro.

De entre las cosas que me tocaba hacer, se encontraba el atender sus llamadas, recibir sus mensajes, pautar sus citas, agendar todo lo que tuviera que ver con su vida, tanto profesional como personal, y muchas otras cosas más, el encargarme de sus negocios estaba en una de ellas. De vez en cuando era yo quien cerraba los tratos, quien asistía a las reuniones cuando John estaba indispuesto, estudiaba el avance de sus acciones, de sus ventas, compras, ingresos, egresos, haberes y deberes. Tenía mucho trabajo que hacer, hasta el punto en que incluso llegué a ser considerada la jefa del lugar.

Me gustaba, a John le gustaba que lo hiciera, así que todos estábamos felices. Pero, en medio de toda esa felicidad, hubo una ocasión en que

sencillamente las cosas sucedieron.

—Nadia, querida me llamó John un día cualquiera □ esta semana no voy a poder estar, tengo que hacer un viaje.

Me levanté de mi escritorio para detenerme en medio de su oficina para escucharlo. Recuerdo que cuando me dijo eso me sentí tan devastada; significaba que iba a estar una semana sin él, algo que no quería soportar. No pude evitar dejar pasar mi cara de depresión, mi gesto de fastidio ni decepción.

—¿Tiene que ser por tanto tiempo?

En ese punto de nuestra relación, ya no había límites en las cosas que nos decíamos, en la forma en que nos dirigíamos al otro. No salíamos como pareja, desafortunadamente no, pero si cualquiera nos veía, sí que parecíamos una.

—Sí, es algo que no puedo dejar de hacer. Así que te tocará quedarte a cargo por ese tiempo.

Dejé caer mis hombros, no porque no quisiera hacerlo, sino porque no quería hacerlo sin él.

—¿Estás seguro? ¿Necesitas hacerlo en verdad? ¿En serio necesitas ir tú solo? ¿Seguro que no vas a necesitar la ayuda de tu espectacular asistente? dije, pasando de insistente a, necia para terminar en bromista y coqueta.

John respondió con una de sus características sonrisas que me volvían loca y una carcajada que, por cierto, también me volvía loca; era su forma de hacerlo, el sonido de su gruesa voz... John es un deleite.

—Sí me gustaría llevarte, pero necesito dejar la empresa en manos de alguien que sepa lo que se debe hacer.

—Pero puedes dejar a Daniel, él sabe hacer las cosas.

—Sí, lo sé, pero no las hace tan bien como tú.

No pude evitar sentirme alagada. Lo evidenció con una sonrisa.

—Así que no me queda otra opción que dejarte por ese tiempo encargada de todo.

Apreté mis labios en un evidente descontento, sacudí mis hombros con

fuerza hacía abajo cruzando mis brazos sobre mi vientre y tomando la actitud de una niña malcriada, respondí con diligencia.

—Lo que usted diga, jefecito.

John sólo se rio de mi.

—Oh, vamos, no es para tanto dijo entre risas □ puedes pasar una semana sin mi.

—Eso es lo que tú dices le dije, exagerando mi disgusto y dándole la espalda para regresar a mi escritorio.

John continuó burlándose de mi mientras me iba; yo esperaba convencerlo de que no fuera, pero, por lo que parecía, era algo sumamente importante. Así que sucedió. A los días, él tuvo que marcharse y yo me quedé a cargo de los negocios importantes.

En el aeropuerto, antes de que abordara, John me repasó todo lo que debía hacer.

—Recuerda que debes ver al señor Romero el martes. Necesitas entregarle esto me entregó un sobre con algo adentro □ no lo abras, es sólo para él. ¿Entendido?

—Entendido, jefe dije como una militar □ ¿algo más?

—Sí, olvidé decirte, no puedes ir sin Arturo ni Diego. Ellos deben acompañarte en todo momento.

—Muy bien, Arturo y Diego dije, repasando como si se tratara de una lista de quehaceres □ anotado.

—Cuando le entregues esto, necesito que actúes lo más neutral posible dijo □ tu sabes, como te enseñé. Impávida, segura...

—E intrigante terminé su idea, ya lo sabía.

—Exacto afirmó, con una de sus sonrisas en el rostro.

—No hables con él, no intercambien palabras. Se lo entregas, esperas que abra y te vas. Así de sencillo. Cualquier cosa, Arturo y Diego saben qué hacer. Pregúntales si tienes alguna duda.

Fue ahí cuando las cosas comenzaron a parecerme extrañas. Sí sabía que se trataba de un enemigo comercial con quien estuvimos teniendo ciertas

disputas por un tiempo, lo que me parecía raro era que le debía entregar algo tan sencillo como un sobre, al principio no me importó, le había prometido que no iba a preguntar ni meter mis narices en donde no me incumbiese, pero, aquella cosa que me motivó a hacerlo fue tan repentina que en cuanto lo hice ya era demasiado tarde.

No fue sino hasta el día de la reunión con el señor Romero que todo sucedió. Mientras iba en el coche, una intimidante y elegante SUV negra, sentí la extrema necesidad de abrir el sobre. Es que, o sea, no estaba sellado ¿qué esperaban que hiciera?

—Veamos dije para mis adentros □ ¿Qué puede ser esto?

En ese momento pensé que podría ser un cheque, un estado de cuenta, un contrato o algo así. La verdad que no me esperaba ver lo que había adentro. Eran varias fotos, impresas en papel fotográfico por una impresora a láser, tamaño A4, grosor estándar, tomadas profesionalmente... la detalle a fondo.

En ella se veían a dos niños jugando (algo realmente extraño), cada uno en días diferentes (lo supe porque en varias fotos tenían varios cambios de ropa y eran en lugares distintos), a una chica entre los doce y los quince años besando a un chico en una esquina creyendo que nadie los estaba viendo, pero resultaba que incluso fotos le tomaron y una en la que se apreciaba al señor Romero, mientras dormía con su esposa, como si la hubieran tomado desde arriba, dentro de su casa, habiendo invadido su propiedad.

Para ser honesta, al principio no entendí lo que eso quería decir. Me pareció súper raro, pero se ajustaba a eso de «no debes hacer preguntas» y «no meter mis narices en lo que no me incumbe» así que me quedé con la duda.

Cuando llegamos a nuestro destino, Arturo y Diego se bajaron del coche, me abrieron la puerta tan amable y elegantemente que me hacía parecer como la jefa (tuve que aguantar las ganas de sonreírles y demostrarle lo genial que me sentí en ese momento porque John me dijo que me viera inexpresivamente seria) y allí estaba esperándome el señor Romero.

Atrás de él estaban dos hombres vestidos de traje con un saco negro que les cubría el cuerpo, parados en frente de una SUV como de un gris carbón y a unos metros adelante, el señor Romero. Todo eso se veía como una escena de película, dos personas haciendo un intercambio. Comencé a atar cabos.

—Supongo que el señor Corvus no tenía tiempo para mi.

No le dije nada, tal cual John me dijo que hiciera. Arturo y Diego estaban parados atrás de mi, casi como si estuvieran tocándome la nuca. Los hombres de Romero introdujeron sus manos en debajo de sus sacos y se aproximaron un poco. Otro cabo para unir. Yo le extendí el sobre.

—¿Qué es esto? preguntó

De nuevo no le respondí. Tal cual como me dijo John, esperé a que abriera el sobre. En lo que lo hizo, me di la vuelta (Arturo y Diego me abrieron paso) y me fui con Diego hasta el coche, esperé a que me abriera y lo abordé. Lo que fue realmente curioso, fue lo que escuché antes de subirme.

Romero, había levantado un poco la voz.

—Pero qué... dijo con sorpresa □ ¿Qué significa trató de gritar, pero pude escuchar cómo Arturo le pidió que bajara la voz. Asumo que lo que dijo después fue: □ esto?

Cuando abordé el coche, vi como Arturo se acercaba a su oreja y le decía algo. Fue la sorpresa en el tono de voz de aquel hombre lo que me hizo entenderlo todo. Era algo genuino, su forma de expresar su asombro era el de alguien que acababa de descubrir que estaba indefenso (lo deduje por la naturaleza de las fotos) y que no sabía qué podría significar eso.

Cuando Arturo se devolvió, pude ver por unos segundos, antes de que se montase en el coche y nos pusiéramos en marcha, que Romero se veía devastado. En su rostro se notaba la mirada de un hombre derrotado, sin esperanzas, asustado. ¿Qué habrá sido todo eso? me pregunté. Creo que, de no haber visto las imágenes, no habría entendido nada de eso y como una buena empleada, no habría hecho preguntas, no le habría dado importancia y habría seguido con mi vida, pero, no fue así, no hice nada de eso.

Al día siguiente, fue cuando todo, en sí, cobró sentido. La empresa de Romero se retiró del mercado. Él era accionista en la empresa de John y aparte de los problemas comerciales, el ser enemigo y todo lo demás, el ser parte de esta compañía le ofrecía ciertas facilidades en el mundo comercial, pero, luego de ese día, simplemente se retiró, nos entregó las acciones sin decir nada y no lo volvimos a ver.

Lo habían extorsionado.

Entendí que aquellas fotos eran una amenaza, y que ese tipo de amenazas sólo las hacía una persona que era capaz de cumplirlas. Una foto de su familia, de él, incluso, estando en su momento de mayor vulnerabilidad, sólo podía significar una cosa.

Pero, yo no hice ninguna pregunta, yo no indagué más de lo obvio. Fuera lo que fuere, eso era un asunto que no me concernía y mi trabajo era no saber al respecto. ¿Por qué no le di importancia? Porque, si hasta ese momento todo había estado yendo de maravilla ¿por qué habría de arruinarlo al acusarlo de cosas que evidentemente no comprendía y que, hasta el momento, él mantuvo como un secreto por algún motivo? Sí que lo justifiqué con que él era un hombre bueno, amable, un buen jefe, pero esa fue mi decisión y soy una mujer adulta, tengo el derecho de hacer lo que me de la gana. Además, aparte de lo evidente, no había más que hacer, así que, ¿qué podría perder?

Luego de ello, viendo las cosas desde otra perspectiva, entendí la naturaleza de ciertas peticiones tuyas y, como estuve haciendo todo ese tiempo antes de enterarme, no le di importancia. Fue así cómo descubrí el secreto de John: no era precisamente un buen hombre. Pero ¿Quién es bueno realmente?

Yo seguí con mi vida, de la misma forma en que lo había estado haciendo durante todo ese tiempo. ¿Qué John tenía una vida secreta en la que no hacía precisamente cosas buenas? Puede ser, yo no estaba lista ni era la apropiada para juzgarlo. Durante un tiempo me mantuve en la expectativa de que todo eso fuera un simple mal entendido, en ese mismo lapso, entendí que no era así.

Las cosas cobraban sentido, las preguntas que nunca me hice se formulaban solas en mi cabeza para así hacerme pensar lo peor, lo mejor, todo lo que pudiera pensar porque estaba intrigada. Quería saberlo, pero a la vez no tenía la intención de hacerlo en verdad. En ese conflicto duré aproximadamente unos meses. Tardé en darme cuenta que si quería que todo se mantuviese como había estado hasta ahora, debía dejarlo pasar; no lo iba a entender y no era mi obligación saberlo.

Eso fue lo mejor que pude hacer. Las cosas fueron sucediendo del mismo modo, con el mismo ritmo interesante, divertido de vivir y de recordar. John se comportaba como si nada hubiera sucedido, porque, nada había sucedido en verdad, no para lo que el sabía.

—Nadia dijo John, de repente, interrumpiendo unos de mis análisis mentales durante el poco tiempo libre que disfrutaba □ ¿Nadia? repitió, viendo que no le respondía.

Reaccioné a los segundos de escucharle. Cada vez que lo hacía, pensaba que era porque había descubierto que sabía cosas de su vida y me confrontaría.

—¿Qué? Sí ¿qué pasó? pregunté, fingiendo que estaba alerta.

—¿Sucede algo? inquirió □ Estás como perdida.

—¿Yo? ¿Perdida? los nervios me atacaron □ ¿Nerviosa? ¡Ja! No, nada que ver. Para nada.

John me miró con simplicidad, confundido, perdido, tal vez un poco preocupado por mi salud mental. Se acercó y me puso la mano en el hombro.

—¿Segura?

Sentí cómo me derretía por dentro, cómo su palma hacía que todo mi cuerpo se estremeciera en un solo compás de desesperación, tranquilidad, un caos en el que las cosas buenas y malas atacaban al mismo tiempo ¿por qué? ¿qué sé yo? John hacía eso en mí, a veces ni siquiera entendía por qué demonios me idiotizaba tanto. El problema fue que eso no contribuyó a mi estado actual en ese momento.

—Es que comencé a vacilar □ yo bajé mi mirada, vi su mano, luego lo vi a él, de nuevo a su mano ¿qué podía decirle? Sí, está todo bien. Sólo vacilé de nuevo □ estoy un poco cansada.

Claro, la que nunca fallaba. No era mentira, claro está; mi trabajo era un poco agotador, así que, en parte, tenía más de veraz que de excusa, lo que sucede es que funcionaba como ambas.

—¿Por qué no te tomas un descanso? No sé, ir a casa, dormir un poco dijo John, tan amable como siempre.

—¿Irme a casa? ¿A hacer qué? No es tan divertido como estar aquí bromeé, entre palabras y una sonrisa □ además, me necesitas, no puedes hacer nada de esto sin mí.

John miró a mi computador, fluctuó entre los dos y su semblante cambió, como si tuviera vértigo, como si no quisiera lanzarse por aquel risco que representaba hacer mi trabajo.

—Tienes razón afirmó □ no puedo hacerlo sin ti.

—Pues, con más razón no debería irme. Mi trabajo es estar aquí, contigo.

Era un poco evidente; no importaba, ya estábamos acostumbrados a ser así.

—Entonces, ¿qué quieres hacer? preguntó, resignado □ ¿no quieres descansar?

—Podría recostarme un rato allí dije, señalando al cómodo sofá dentro de su oficina.

—¿Dormirás en el trabajo? dijo, fingiendo sorpresa.

—¿Crees que el jefe se moleste? bromeé del mismo modo.

—No lo sé. Tal vez diga que no, pero, ¿qué puede hacer? ¿despedirte?

—¿Despedirme? Si ni siquiera puede levantar el teléfono sin que esté cerca.

—Es que es una molestia, ¿para qué demonios voy a andar hablando con las personas? ¿por qué simplemente no se encargan de sus propios asuntos? No tengo que resolverlo todo.

—John, eres el jefe, necesitas resolverlo todo de un momento a otro, cambiamos de tema sin darnos cuenta.

—Pues para eso te tengo a ti. Tu eres buena levantando el teléfono...

—Y atendiendo a tus empleados continué.

—Y resolviendo problemas... agregó.

—Y durmiendo en tu sofá dije □ ¿me vas a dejar o no me vas a dejar dormir en el maldito sofá? Tengo sueño, John, necesito dormir exclamé.

—Vale dijo, soltando una carcajada como si se hubiera visto a alguien adorable hacer algo adorable.

Yo era adorable.

Pude salirme de las preguntas como una campeona. Era todo lo que necesitaba, dormir. Esa era mi idea de resolver un problema, mientras dormía, simplemente no pensaba en ello y las cosas se resolvían solas. Durante noches tardé en quedarme dormida porque no podía entender qué estaría queriendo John hacer con todo eso que le envió al señor Romero. ¿Qué otra cosa habría hecho en el pasado? ¿Se habrá ido esa semana realmente por negocios? Era difícil mantener el secreto de que no conocía su secreto, más aún tomando en cuenta el por qué lo hacía.

Y me dormí, me dormí como nunca lo había hecho, como no había dormido en semanas. Con él sentado a mi lado (porque me acompañó en el sofá, sentándose en alguna de las esquinas que le dejé) sentí que estaba todo resuelto. No quería confesarle lo que suponía, ni mucho menos preguntarle qué significaba porque John no se había ganado ese tipo de desconfianza. ¿Era un hombre malo? ¿Era un criminal? ¿Había hecho cosas execrables? No era asunto mío. Debía darle el beneficio de la duda porque el no hacerlo, significaba no estar más con él.

Luego de interiorizar que no era mi problema, que no quería arruinarlo

todo y que el mejor curso de acción era disfrutar al John que conocía, las cosas fueron mejorando. Antes de darme cuenta, ya había dejado de lado aquel momento extraño de mi vida, seguía haciéndole los recados que me pedía sin pensar mucho al respecto hasta un punto que volvió a dejar de importarme. Seguro era alguna cosa mala, pero no era conmigo ni con personas que conocía, tuve que cerrar los ojos ante la desgracia ajena ¿qué más daba?

Lo que sucedió después, creo que fue auspiciado por el karma; ¿debí haberlo confrontado? Me pregunté en determinado momento de mi vida, pero ¿qué habría resultado de ello? Si no lo hubiera hecho, John no habría seguido siendo el hombre amable y cariñoso que era conmigo, lo que no me hubiese permitido compartir con él su tiempo, su atención, su cama y su afecto. Creo que me convencí porque era mayor la ganancia a la pérdida.

Soy una mujer de moral cuestionable, no me preocupan muchas cosas y a veces eso me preocupa de más ¿realmente me importarán las cosas? ¿Seré mala? John hizo sentirme diferente de tantas maneras que comencé a creer que había inculcado algo en mí que me hacía pensar de esa forma. Definitivamente no era mala (tal vez), no le había hecho daño a nadie (tal vez), ni mucho menos había tomado parte en algo que no tuviera arreglo... tal vez.

Era esa misma intensidad de mi paranoia lo que me hacía pensar que las cosas hubieran sido ¿cómo le digo? ¿diferentes? Porque creo que definitivamente, mejor no habrían sido.

Los días pasaron como todos los días pasaban, ajenos a mis pensamientos y mi vida. Ya estaba conformándome con todo y disfrutaba cada momento de mi vida junto a John como si fuera el último.

Luego de aquella cena que tuvimos determinada noche en la que nuestra relación pasó al siguiente nivel, todas mis preocupaciones sencillamente desaparecieron. Es gracioso porque lo único que necesitaba para dejar de pensar en eso era mantener mi mente distraída en el placer, en una forma de felicidad que estaba segura que sería incapaz de compartir con otra persona.

Pasamos a compartir nuestro tiempo juntos de tal forma que dormía y amanecía en el mismo lugar, el lugar en el que quería estar; a su lado. Empecé a quedarme en su casa y eso me ayudó a ver a un hombre diferente, mucho mejor, para ser honesta.

—Buenos días, señorita Nadia me decía cada vez que me despertaba.

Yo intentaba no moverme demasiado para que no me viera despeinada, normalmente me despertaba con el cabello en la cara como si estuviera en una película de terror; era vergonzoso, lo bueno es que como lo tenía de frente, mi mal aliento no lo atravesaba. Así que sólo procedía a apartarlo y le daba una sonrisa con los labios cerrados.

—¿Tienes hambre? me preguntaba.

—Pues claro que sí le decía, ignorando mis inhibiciones □ ¿me vas a hacer algo? le preguntaba.

—Pues, acabas de arruinar el momento. Podías simplemente decir que sí, asintiendo con la cabeza.

—¿Qué quieres que te diga? Así soy yo. Tómame o déjame.

John me miraba (porque si nuestra conversación no terminaba así, las variaciones eran mínimas), sonriéndome con su sonrisa perfecta (lo que me hizo pensar que seguro se levantaba de primero para cepillarse) y un brillo en su rostro como si nunca durmiese, o se agotara... vaya dicha de las personas apuestas.

—¿Qué quieres que haga primero? me decía con cierto tono travieso y sensual □ ¿te tomo o te doy de comer?

—¿Ya tu comiste? le preguntaba.

—No.

—Pues el plato ya está servido le decía, mientras me apartaba las sabanas y descubría mi ya desnudo cuerpo.

Y así iban nuestras mañanas. ¡Claro que me iba a mantener distraída! ¿de qué otra forma estaría si me la pasaba con la mente en el espacio y John entre mis piernas?, no había nada de qué preocuparme. ¿Ser romántico? ¿llevarme la comida a la cama? ¿tratarme como si necesitara de su atención absoluta? Pues no soy una princesa, ni mucho menos una conformista. Estar con John era el regalo con el que me despertaba todas las mañanas y era con el único que quería despertarme. Así hubiera sido en mi casa, en la suya, debajo de un puente o dentro de una caja, mientras John estuviera conmigo, cada lugar sería un palacio, un monumento a lo que sentía por él, a lo que él sentía por mi.

Él era encantador, amable, cariñoso, atento, delicado y una bestia en la cama. Hablar de él sin decir las cosas que podía hacer es como hablar de la Gioconda y no mencionar que es una pintura de da Vinci, sería obviar la parte más importante. Sí, sí, no es ser superficial, es ser objetiva. Poco es lo que yo le daba importancia a ser su amante en comparación con lo bien que se sentía ser su novia, así que, para ser honesta, el sexo con él era sólo un plus de toda una relación casi perfecta.

Pero es que... la forma en que me tocaba, la manera en que me hacía llegar una y otra vez como si se tratara de un juego de niños para él. El tenerlo encima, atrás, debajo y en cada posición físicamente posible, era un deleite para el alma, para el paladar y para mi otro par de labios. John era cariñoso cuando se lo proponía, salvaje cuando le pedía entre gemidos que me hiciera sentir dominada y complaciente.

—¿Te gusta? me preguntaba cuando alejaba su lengua de mi clítoris.

—Claro que me gusta le respondía obstinada

John sólo se reía. Claro que me gustaba ¿a caso no me veía retorciéndome en la cama? Arrugaba las sabanas, lanzaba las almohadas, gritaba como loca y siempre lo terminaba con una tensión absurda en donde el aire, el agua, el

sonido, la luz... todo me faltaba. John no necesitaba de mucho para hacerme sentir bien y que me lo preguntara me estresaba ¿a caso no lo veía? Creo que sí, sólo es un idiota.

Y sin preámbulos, introducía uno de sus dedos en mi ya completamente húmeda vagina. Sin avisarme, sin decirme siquiera que ya estaba a punto de pasar al siguiente nivel, sólo lo hacía y yo me enteraba con un golpe súbito de placer que no sabía procesar. Pero me encantaba, ¡joder! ¡sí que me encantaba!

John sólo se reía, sonreía mientras me penetraba con uno, dos, tres dedos y los movía en mi interior para hacer aun más satisfactorio el momento. El placer me corría por los poros, hacía vibrar mis cuerdas vocales, me sacudía el aire, el cerebro, el cuerpo completo. Y continuaba moviéndolos al mismo tiempo en que dibujaba círculos alrededor de mi sensible clítoris, o me lamía o apretaba mi cresta iliaca, esa parte que parecen orejas en la pelvis; es un lugar sensible, y que lo supiera me molestaba, oh sí... me gustaba, pero me molestaba porque me escandalizaba cuando lo hacía.

Y ahí se quedaba por un rato. A veces, sólo se concentraba en jugar con mis pechos, en hacer que su lengua recorriera cada parte sensible que pudiera tener y que yo no conociera; en besarme, en acariciarme, apretarme las piernas, las nalgas, los senos. John se encargaba en hacerme sentir amada, como si fuera arcilla y él un alfarero. Me moldeaba a su gusto, haciendo de mí una escultura de barro detallada en lo más mínimo.

Con el índice y el pulgar, apretaba delicadamente mis pezones como si tratara de destornillarme con delicadeza la teta. Era algo extraño de ver, pero se sentía tan bien que no me quejaba. No me apretaba, no del todo... es difícil de explicar porque de alguna forma sentía la presión que ejercía, pero al mismo tiempo era una caricia, y al mismo tiempo lo jalaba y... era muy bueno. Sí, era increíble la forma en que me tocaba. Acompañaba eso con un beso, con una mirada fija, penetrante, con la que sólo podía imaginarme qué estaba pensando porque no decía nada.

Otras veces, sólo deslizaba sus dedos por mis labios (los de mi boca), delineándolos con suavidad. Normalmente lo hacía cuando estaba acostada sobre él, descansando luego de una salvaje embestida; no cuenta como sexo, pero era tan sexual como todas las cosas que me hacía. Tenía ese don de hacerme sentir bien con cosas tan fútiles como ellas que era increíble. Podía ser eso, enredar sus dedos en mi cabello, seguir una línea desde mi trasero

hasta mi nuca pasando por toda mi columna, apretarme las nalgas, besarme en la frente... John sabía cómo tocarme.

Y su cuerpo, su cuerpo era la parte más interesante de el sexo con él. Hasta ahora sólo había dicho lo que hacía conmigo, pero eso no quiere decir que descuidáramos a ese hombre. Siempre iba desnudo por la casa con el pene erecto, cosa que me llevaba a arrodillarme en frente suyo para darle la debida atención; era un deber cívico, introducirme aquel pene en la boca cada vez que lo veía. Sí no era así, era entre mis piernas, entre mis glúteos, tal vez entre mis manos o por lo menos rozarle mi pezón. Yo vivía atada a John de una forma tan intensa que no podía simplemente levantarme sin mi dosis diaria de semen.

En la cama, siendo una bestia, ondeaba sus caderas con tanta precisión que parecía que utilizaba su pene como pincel dentro de mi vagina; moviéndolo con extremo cuidado. Lo sacaba y lo metía, jugaba con mis labios usando sólo su glande y luego lo volvía a meter empujándolo con fuerzas y sacándome el aire. Sentía como si con él me empujara el diafragma hacía arriba obligándome a escupir los pulmones. John hacía eso, eso y más.

Eran pocas las veces en las que yo tenía el control, tampoco es como que quisiera hacerlo; él lo hacía tan bien que las cosas sencillamente se daban, así que ¿para qué me iba a molestar? Aunque, cuando me tocaba hacerlo, era esas veces en las que sólo estaba encima; fuera sentado en el mueble, en la cama, en la escalera o en una simple silla. Me ocupaba en conseguir que su pene me diera el mejor desempeño, intentando superar lo bien que conseguía buenos resultados por sí solo.

Tranquilamente compartía con él día y noche, horas tras horas de sexo encantador y perfecto. ¿Qué más podía pedir? El trabajo ideal, el jefe ideal, la relación ideal y un postre maravilloso. No podía quejarme, no podía hacer más que disfrutarlo al máximo. Eso hice hasta que simplemente no pude. Lo que no me gusta de esta parte es que ayuda a contribuir en que todo lo bueno tiene un final para pasar a una mala experiencia, es algo así como la justicia divina; no existe, no porque alguien haga algo malo quiere decir que por consiguiente será castigada. Nos engañan suponiendo que el bien le gana al mal cuando difícilmente es así; el malo sigue siendo malo y el bueno termina perdiendo la batalla.

Guardaba la misma relación con lo de un momento feliz no duradero. No porque estuviera en perfecto estado quería decir que debía sufrir, no, no es así,

pero las circunstancias hablaron por sí solas. Este llegó como un golpe en la nuca y un aterrizaje forzoso contra el suelo. Lo último que recuerdo antes de que todo se oscureciera, fue el dolor que eso me causó.

Cuando desperté en otro lugar, sintiendo que todo eso había sucedido en cuestión de segundos y no había espacio entre el golpe y estar atada a una silla, las cosas se hicieron aun más confusas de lo que eran. Lo que me llamó la atención no fue la habitación casi oscura, el no poder moverme o la pelirroja loca que estaba sentada en frente de mí, fue que, por alguna razón, no estaba tan asustada como cualquiera esperaría estarlo.

—Hola mi vida, por fin nos conocemos □ dijo con un tono de voz molesto. Inmediatamente la escuché hablar ya la estaba odiando.

Le pregunté, de la forma más natural, quién era y por qué estaba ahí. La loca respondió como si tuviera el control de la situación, lo que me hizo suponer que ella era la culpable de que estuviese sentada en esa silla. Alejandra, me dijo que se llamaba.

—Me estás comenzando a irritar, maldita zorra dijo con todo el odio de su alma.

Y lo supe porque se levantó histérica, empujando la silla en la que estaba sentada y se acercó a mí con un golpe de puño cerrado. Tuve que aguantar las ganas de reírme en ese momento, no es porque fuera mujer ni nada, pero pegaba como una niña.

Luego de recibir el golpe, sacudir mi cabeza y volver a la posición en la que estaba para ver su cara de satisfacción mofándose de mí como si hubiera logrado algo increíble, continué con mi interrogatorio.

—¿Qué te sucede? ¿Por qué estoy atada?

Yo sólo quería respuestas.

—¿Por qué estoy atada? repitió, mofándose de mi pregunta □ Pues porque eres una zorra, estás aquí porque andas metiéndote en lo que no te importa.

De a momento, creí que era una de esas cosas extrañas que hacía John, tal vez él o alguien más se había enterado de ello y me estaban haciendo pagar.

—¿De qué hablas?

—¿De qué hablas? se mofó de nuevo; parecía una niña. Era exasperante □

que andas entrometiéndote entre John y yo. Por tu culpa él me dejó.

De inmediato, entendí que no tenía nada que ver con eso. «Mi John» dos palabras claves. Algo podía significar. Eso me motivó a preguntarme quién era ella y qué relación guardaba con John. Podía ser una amante, podía ser una admiradora, o peor, podía ser su esposa. Así que, preferí negarlo todo.

—¿Yo? No he hecho nada.

De nuevo, otro golpe en la cara.

—¡Cállate! vociferó □ no quiero que hables, yo soy quien va a hacer las preguntas.

—¿Por qué? pregunté.

Y eso me hizo ganarme otro golpe en la mejilla que aun no había tocado.

—¡Qué te calles, he dicho! vociferó con más furia.

Tal vez no pegaba como una persona que inspirara respeto, pero poco a poco, los golpes comenzaban a sentirse.

—Yo soy quien hará las preguntas repitió, para luego acercar su rostro al mío □ Yo soy quien te interrogará dijo en un tono de voz macabro □ y tu vas a decirme todo lo que quiero saber.

Ya estaba escupiendo sangre, cabizbaja, sin poder entender la diferencia entre una loca y ella.

Es de primordial importancia el mantener la calma en un momento de secuestro, no hacer estupideces para garantizar la supervivencia; entiéndase: no retar a tu secuestrador, no tratar de escapar, obedecer a todo lo que te dicen, no hacer molestar a nadie. Pero, para ese momento, ya sentía que mi vida estaba acabada así que... ¿para qué preocuparme?

No fue sino hasta que sus golpes comenzaron a ser más y más contundentes que dejé de seguir incitándola. En el momento en que pasó de su débil puño a un palo de madera, supuse que era momento de detenerme. Vaya secuestrada terminé siendo.

—¿Quién eres y qué quieres con mi John? preguntó por enésima vez.

—No soy nadie dije □ sólo soy su asistente repetí.

Esta vez, el golpe fue en el vientre, cosa que me sacó el aire y tal vez lo

que me quedaba de alma.

—No soy nadie repitió, mofándose de mí □ ¡Claro que tienes que ser alguien! Sino ¿por qué estas quedándote en su casa?

—Porque hay una invasión de chiripas en la mía mentí, aguantando la risa. No sé, es que en momentos de extrema desesperación me daba por bromear. Es difícil de controlar.

Con eso me gané otro golpe. Pero creo que no entendió mi chiste, porque no lo sentí con odio, creo que fue más rutinario. Estaba segura que estaba disfrutándolo, así que ya ni me molestaba suponer que lo hacía por algo que yo había dicho.

—Puedo hacer esto todo el día afirmó, con cierto orgullo desagradable □ así que, o me dices quien eres y qué demonios quieres con mi John, o sigo golpeándote hasta que no puedas decirme más nada.

—¿Es importante? pregunté, ya sintiendo que no tenía las suficientes fuerzas para continuar □ ¿es importante saber quién soy? No soy nadie.

—No dudo que lo seas dijo, como si estuviera burlándose de mí por ello.

—¿Entonces por qué estoy aquí?

—¿Vas a seguir preguntando?

—No he hecho nada, no soy nadie y no sé por qué estoy aquí dije, entre jadeos y escupitajos □ por lo menos podrías decirme eso.

Alejandra insistía en que las cosas se hicieran a su manera, desgraciadamente, esa forma suya de hacer las cosas me hizo perder la conciencia varias veces. Al cabo de un tiempo, no sabía qué hora era, en qué día estaba o si ya estaba muerta, la verdad, las cosas se fueron haciendo confusas mientras más sentía el peso del sueño, el dolor, el hambre y la sed. Ella me estaba matando lentamente y parecía que le fascinaba.

—Veo que despertaste dijo a mis espaldas, cuando comencé a levantar la cabeza.

Se escuchaba más calmada, como si no estuviese molesta; eso era malo.

—¿Dormiste bien? pregunto, como si viniera al caso.

Fue acercándose a mí hasta que por fin quedamos viéndonos una a la otra.

—Siento que no estamos llegando a ningún lado dijo.

¿En serio? Me pregunté. Ya no tenía ganas de hablar. Tal vez era por el cansancio.

—Así que probaré con otra cosa.

La intriga me estaba matando. Eso, y sus impulsos psicópatas.

—Mi nombre es Alejandra Mata, y soy la mujer de John.

Poco a poco, sentía como se deslizaba hasta la locura. No podía decir que era falso ¿qué sabía yo de él? Seguro era verdad, podía ser eso que hacía cada vez que tenía cosas importantes por hacer en el exterior, tal vez ella estaba buscando a las amantes de su esposo y yo era una de ellas. Las posibilidades eran infinitas y yo no estaba en posición de pensar demasiado para llegar al fondo de todo ello, así que le ofrecí el beneficio de la duda a mi secuestradora.

—No me mires así dijo □ supongo que no te lo esperabas ¿verdad? sonaba como si estuviera feliz.

No estoy segura de qué había visto ella, para ese punto del secuestro ya no sentía la cara. Sí me tomó por sorpresa, lo había supuesto, pero, sin embargo, me hizo abrir la boca.

—John y yo éramos felices y lo habríamos seguido siendo si tu no estuvieses entrometida.

—Pero...

—¡Cállate! vociferó, levantando la mano y acercándose a mi.

Cerré los ojos y aparté la cara esperando otro golpe que no llegó. Lo que escuché fue una risa macabra y enferma.

—Pobrecita, estás asustada se burló □ pero tranquila dijo, apartándose □ que te voy a explicar todo.

Alejandra me dio la espalda y se perdió en la oscuridad de aquel cuarto. A pesar de no poder verla, pude seguir escuchándola.

—Supongo que estarás preguntándote por qué estás aquí.

Era evidente, se lo había preguntado antes, definitivamente me parecía que estaba loca. Tal vez era su primera vez ¿quién sabe? El caso es que traté de

responder a eso, pero, ya me era difícil tomar las fuerzas necesarias para burlarme de sus estupideces. Me dolía la cara, el pecho, el abdomen, parte de mis brazos y la cabeza. Sí que había logrado controlarme.

—John y yo hemos compartido juntos una vida completa, cosa que tu nunca podrás tener con él comenzó con su monólogo, algo que no me esperaba cuando empezó a hablar □ . Hace mucho tiempo que nos amábamos, creo que incluso antes de que llegaras a este país dijo, con cierto tono despectivo □ . Yo siempre fui su princesa y él me trataba como tal. Me da de todo, me hace de todo. No importa en donde estuviéramos John siempre sabía como complacerme.

Definitivamente estaba hablando del mismo John.

—Yo tuve que irme hace tiempo a hacer algo continuó □ y regresé pensando que podría encontrarme de nuevo con mi gran amor, pero, y emergió de entre la oscuridad de aquella maldita habitación □ llegaste tu y te entrometiste entre nosotros.

Poco a poco su cuerpo se iba iluminando por la débil y única luz de aquel lugar, y mientras su cuerpo aparecía, en su mano se pudo ver algo que me costó identificar.

—Al principio creí que eras una simple cualquiera, que no tenías nada que ver con él, pero luego de seguirlos por meses, supe que te traías entre manos.

¿De qué está hablando? Fue lo que pensé.

—Sé quién eres se fue aproximando a mi lentamente □ y sé por qué estás con John vaciló □ quieres toda su atención, quieres tenerlo para ti sola, pero se acercó a mi rostro, casi chocando su nariz con la mía □ pero te informo que no podrás tener nada de él, porque él es mío, porque él es sólo para mi. Tu sólo eres un escalón, un obstáculo insignificante en nuestro amor.

Sentía cómo el vahó de su aliento se introducía en mi boca, por mi nariz, humedeciendo la piel de mi rostro. No estaba segura, estaba genuinamente asustada. Ya no sabía qué podría depararme, ya había abandonado toda posible esperanza. Antes no pensé en ella, sólo supuse que todo había acabado, pero esta vez, me tocaba aceptar el dolor y la desesperación que estaba por venir.

—No necesito que me digas quien eres, yo sé quien eres, ni que me digas

lo que quieres con mi John, porque después de esto no va importar.

En ese momento, escuché cómo algo se encendía luego de un golpe de corriente

—Y te romperé pedazo por pedazo hasta que entiendas que John no es para ti.

La cosa que encendió comenzó a sonar hasta que supe de qué se trataba. En lo que acercó su mano a mi cara cerré los ojos para no ver lo que tenía en mente hacerme. Fue entonces cuando entendí lo que tenía en la mano. Una afeitadora. No era el mejor método de tortura, pero comenzó a cortarme el cabello.

—Y empezaré por este maldito cabello tuyo dijo □ e iré bajando hasta la punta de tus pies, rompiendo todo lo que pueda romper, cortando todo lo que pueda cortar y haciéndote sangrar hasta que no quede una gota en ti.

Le creí.

Quinta parte Ninguno

10

Unir los cabos sueltos no costó demasiado para un hombre que estaba acostumbrado a ese tipo de cosas. John Corvus había regresado a su oficina suponiendo que a Nadia se le había olvidado algo y necesitaba de su ayuda. A simple vista las cosas parecían estar bajo control: una oficina vacía una puerta abierta, las luces encendidas. No había nada que pudiera levantar sospechas cuando se trataba de un lugar de trabajo cualquiera, pero, no para él.

John recogió las hojas que estaban en el suelo, algo que nunca sucedía en su lugar de trabajo. En su escritorio seguían las cosas exactamente como las había dejado antes de irse para comprar el regalo que quería darle de sorpresa a Nadia en el restaurante al que siempre iban.

No eran sólo las luces sin apagar, las hojas sin archivar, la computadora encendida ni la oficina abierta. John estaba inseguro, estaba preocupado. No era normal que eso sucediera porque su asistente, tan diligente como siempre, dejaba las cosas tan ordenadas que no parecía que él trabajara ahí todos los días; pero no fue eso lo único que le llamó la atención.

Sondeando el lugar, encontró las cosas de Nadia en su lugar, como si simplemente las hubiera olvidado. Registró el lugar completo, entró en los baños, buscó entre las demás oficinas... ella no se encontraba en ningún lugar.

—Algo aquí no anda bien dijo, aceptando por fin que todo estaba fuera de control.

De inmediato, sacó su móvil del bolsillo de su pantalón para hacer una llamada. Alguien debía darle respuestas y sabía exactamente a quien preguntarle.

—¿Dónde demonios están ustedes? preguntó John, sin decir nombre, sin desvelar nada.

—Estamos en el coche señor, esperando a la señorita Nadia respondió Arturo.

—¿Esperándola? ¿Por qué carajo no están con ella? preguntó John,

sacando sus propias conclusiones.

—La señorita Nadia nos dijo que esperaríamos en el coche, y eso hicimos.

—Nadia no está aquí, maldito imbécil vociferó John, dejando que su ira imperara en sus acciones □ Nadia no está aquí.

Los hombres de John salieron tan rápido como pudieron del coche. El tono de voz de su jefe no era buena señal, no por cómo hablaba, por lo que dijo, ni por el hecho de que les dio a entender que estaba en la oficina, a unos cuantos pisos sobre ellos. Algo iba mal y probablemente era culpa suya.

—¿Por qué demonios la dejaron sola? preguntó John en lo que les vio llegar a la oficina.

Ambos se veían agitados, como si hubieran corrido un maratón para poder llegar.

—Nosotros...

—Ustedes un demonio. Nadia no está aquí, algo anda mal.

Diego miró alrededor, en silencio, tratando de entender lo que estaba sucediendo.

—Todo se ve normal dijo, alentando a la ira de John.

—¿Todo se ve normal? ¿Crees que esta mierda se ve normal?

Señaló las cosas en el suelo, la computadora encendida, la bolsa de Nadia y su móvil en el escritorio. Para cualquiera, eso era normal. Diego se retrajo para no alimentar más la furia de su jefe.

—Ella estaba aquí hace unos minutos. Nos dijo que bajáramos, que estuviéramos listos porque no le faltaba mucho.

John, cogió su móvil e ingresó sus datos en la aplicación de seguridad.

—Las cámaras están funcionando dijo, para luego levantar la mirada.

No dijo más nada, sólo los vio, en silencio, esperando a que ellos pensaran en qué hacer luego de eso. No tenía paciencia suficiente, hasta ahora, para él, algo incompleto era un mal augurio. No importaba si estaba en el baño, comprando un café a las siete de la noche o escondida bajo un escritorio para crear suspenso; hasta que no la tuviera en frente, sana y salva, para él, todo lo malo que pudo o pudiera haberle pasado, era tan real como su propia

existencia.

Sus esbirros entendieron su indirecta, y corrieron hasta el elevador para llegar a al departamento de seguridad. ¿Qué otra cosa podría haber pedido el jefe? Se preguntaron cada uno por individual, más que ir a buscar lo que había sucedido. Mientras tantos, John continuó buscando algo que pudiera darle alguna señal, lo que fuera necesario para obtener las respuestas que necesitaba. Nadia debía estar bien, de lo contrario, el mundo temblaría ante su ira.

—¿Qué demonios pasó aquí? vociferó Diego.

—Maldita sea exclamó Arturo.

Ambos sacaron sus armas ante lo que habían presenciado, Arturo se inclinó para tomar los signos vitales del guardia que estaba en el suelo. No había sangre, pero estaba seguro que vida no tenía. Diego corrió hasta el cuarto de cámaras, la cual se encontraba cerrada. Un cadáver en el suelo podría ser una mala señal. Puso su huella en el lector y sondeo el lugar con el arma en mano, luego de ver que todo estaba despejado, entró para revisar la grabación.

—Maldita sea, ¿por qué? se dijo a si mismo mientras se acercaba a los computadores.

No podía creer el extraño giro de eventos. Todo estaba saliendo de maravilla, nada parecía demostrar que eso se avecinaba ¿qué había sucedido? ¿qué le había pasado a la señorita Nadia? Arturo confirmó que el guardia estaba muerto. No tenía tiempo de averiguar cómo murió así que se levantó con apremio para seguir a su amigo.

—¡Joder! gritó Diego.

Arturo lo escuchó, apretó su arma y aceleró el paso para ir a socorrer a su compañero. Al llegar y no ver nada, temió lo peor.

—¿Qué pasó? preguntó...

—Creo que Alejandra se llevó a Nadia.

—¿Qué demonios?

Los hombres de John no tuvieron de otra más que darle a su jefe la mala noticia, cosa que dejó a John colérico. Las cámaras mostraban cómo tres

hombres y una pelirroja loca habían llevado a cabo un secuestro.

—¿Ven por qué demonios no podían dejarla sola? vociferó John, saliendo furioso del cuarto de cámaras.

—Pero señor, nosotros... intentó defenderse Diego, pero Arturo lo detuvo negando con la cabeza y colocando su mano en el hombro.

Sabía que no tenía caso, que John no mediría entre su furia y su preocupación y que, si quería seguir con vida y con trabajo, mejor sería que se quedase callado.

John estaba más que furioso, estaba preocupado. La seguridad de Nadia se había visto comprometida, más aun; no sabía a qué se debía, por qué Alejandra estaba involucrada luego de tantos años, y por qué había sido de esa forma. Pero de algo sí estaba seguro, que no dejaría que ella se saliera con las suyas.

—Necesito que pongas tu trasero a trabajar dijo John al teléfono.

—¿Qué pasó, jefe? preguntó.

—Necesito que entres en todas las cámaras que puedas. Quiero que busques a alguien.

—¿Cómo así? ¿En cuales cámaras?

—¡En todas, coño! En las de transito, en las de los locales de en frente, en las del edificio completo. Quiero que entres en todo lo que tenga una puta cámara y que me digas qué ves.

—¿Ahora?

—No... mañana dijo con sarcasmo y obstinación □ ¡Claro que ahora! Quiero que busques a Nadia, quiero que me digas en donde está y qué pasó con ella.

El hombre, uno de los hackers de John, se sentó, luego de recibir la reprimenda de su jefe, a buscar lo que le pedía. No sabía por donde comenzar, ni mucho menos cuanto tiempo le tomaría encontrar lo que quería. Necesitaba más información.

—¿Por dónde empiezo? preguntó □ ¿a qué hora?

—La ultima vez que la vimos estaba en la oficina, a las seis y media.

Empieza por ahí, síguela y me avisas.

—¿Qué hará? Preguntó, suponiendo que estaba a punto de hacer una locura.

—Voy a buscar a Nadia así me cueste la vida.

Nadia ya había perdido toda esperanza. Al principio la vida le era indiferente. No le importaba lo que Alejandra hiciera con ella ya que todo eso era evidencia suficiente para determinar que esas serían sus últimas horas de vida. Atada al techo, con las manos levantadas, suspendida a unos cuantos centímetros del suelo y con la cabeza baja.

Sentía el frío corriéndole por el cuero cabelludo a causa de la falta de cabello, el labio roto, la sangre deslizándose por sus párpados hasta llegar a su barbilla. Cada parte del cuerpo le dolía de tal forma que aceptó que no había esperado que sus últimos días serían tan dolorosos.

De vez en cuando recobraba la conciencia después de un golpe contundente o las pocas veces que Alejandra la dejaba sola por varios segundos para pasar a la siguiente tortura. A causa de eso, terminó perdiendo la noción del tiempo. Cada vez que se despertaba suponía que habían pasado horas, tal vez días. Todo el dolor, la angustia y la desesperación le hicieron creer que llevaba semanas encerrada hasta el punto en que ya no le importaba lo que fueran a hacerle.

—Buenos días dijo Alejandra, alimentando su desorientación □ ¿cómo amaneces?

Nadia ya no podía hablar, le faltaba el aire, las energías, el interés. Quería salir de ahí o morir de una vez. Estaba húmeda, sangrando, adolorida y sedienta. Llegó a pensar que la peor tortura era que la estaba manteniendo con vida. Sufrir hasta el punto de no morir, según ella, era lo peor que podrían estar haciéndole.

—¿No me vas a decir nada? preguntó Alejandra □ creí que como eras tan buena habladora ibas a decirme algo cogió el bate de béisbol que se sostenía en una de las columnas de la habitación □ una mujer conversadora, pensé yo.

Nadia no podía levantar la cabeza para verla, mucho menos para saber qué estaba haciendo, sabía que se movía porque la estaba escuchando, porque ni siquiera quería abrir los ojos. Alejandra caminaba a su alrededor, golpeando el bate con su palma, preparada para continuar con lo que había estado haciendo en las últimas cuatro horas.

—Mírame cuando te hablo vociferó Alejandra

Alejandra quería sentir cómo sufría Nadia; su deseo era demostrarle que nada estaba resuelto, que nadie la quería, que ella sólo servía para ocupar el espacio que había dejado vacío cuando le tocó alejarse de John y que ese sería su último día con vida. Tanto tiempo siguiéndola, viéndola, estudiándola, desarrolló en ella tal odio que no podía contenerlo sólo con golpes. Quería que la admirara, que la reconociera como su superior, como alguien que había logrado la realización personal y consiguió perdonarse y perdonar a su amado.

Furiosa, balanceó el bate en el aire y lo hizo aterrizar en una de sus costillas, fracturándola con un solo golpe. Nadia sintió el dolor punzante como si le hubieran apuñalado. Ya había recibido varios golpes ahí, lo que hizo aun peor el trauma. Dejó escapar un grito de angustia y en un arranque de adrenalina levantó la cabeza y abrió los ojos.

—Te escucho, te escucho dijo angustiada.

La buscó en todo el lugar, con la vista borrosa y los párpados pesados.

—Bien. Vamos a explicarte por qué estoy haciendo esto.

—Porque me odias... porque te quité a John... porque soy una basura dijo jadeante y hastiada por la insistente locura de Alejandra.

Alejandra dejó escapar una carcajada de orgullo.

—¿Entonces sí me estás escuchando? preguntó □ qué sorpresa.

—Sí, te estoy escuchando respondió, para luego escupir la sangre que tenía acumulada en la boca □ tengo todo este tiempo escuchándote.

—Me parece maravilloso respondió Alejandra, dejando el bate de lado □ de hecho, me parece más que maravilloso se dio la vuelta y quedó de frente a Nadia □ creo que ahora nos estamos entendiendo mejor.

Nadia sentía cómo la ira iba creciendo en su interior. No soportaba seguir viéndola hablar, atender a sus locuras ni mucho menos a sus arranques agresivos que ya le habían costado todo su cabello, tres costillas, y diversas cortadas. El dolor había adquirido un nuevo significado y no sabía cuánto tiempo más iba a resistirlo.

Ella nunca pensó en la posibilidad de ser rescatada; Alejandra no había dicho nada acerca de ningún rescate, y por la naturaleza de su secuestro,

suponía que su intención no era esa. En ese momento, en un vestigio de paz, perdida en sus propios pensamientos como un método de escape de aquella tortuosa escena, recordó lo bien que se sentía estar con John. No le importaba cuales eran los motivos exagerados de su supuesta mujer, pareja, esposa o novia, Nadia no lo culpaba, aunque sí sentía que pudo ser más cuidadoso.

No tenía razón para odiarlo porque ya no había tiempo para eso. Tal vez podría morir en los siguientes minutos, horas o días. Sí nadie había corrido a su rescate en ese tiempo, no lo iban a hacer jamás así que, lo peor ya había pasado. Comenzó a dejarse llevar, a sentir que su momento había llegado. ¿Quién era Nadia Velázquez ahora, al final? Tal vez eso fue por el karma, por lo que no hizo mientras sabía que John hacía cosas malas, al niño al que no le dio de su comida en el parque, al perro que no rescató cuando caminaba por la calle. Nadia comenzó a sentirse culpable a contemplar todas las cosas que pudo haber realizado que pudieron haber hecho de su vida algo más significativo.

Se sentía como nadie, flotando en un vacío de desesperación y dolor; tal vez porque estaba suspendida en el aire y no tocaba el suelo o que se debía porque, de hecho, era así. Al poco tiempo, dejó de preguntarse por qué estaba ahí, quién era, qué le deparaba el destino; ya no le importaba. Las horas se hicieron días, los días se hicieron semanas. El tiempo era relativo y la existencia fútil. Todos eran ajenos a su dolor así cómo ella lo fue al de otros por muchos años; era un precio justo para pagar, y no se molestaría en esperar misericordia del destino.

Habían pasado horas antes de que John pudiera recibir respuesta alguna de su genio de las computadoras. La incertidumbre lo estaba matando, ni el hambre, ni el sueño ni las horas lograban hacerlo bajar la guardia. El no saber nada al respecto de Nadia era lo que más le preocupaba, pero, sin importar qué, iba a encontrarla y sacarla de donde fuera que estuviese.

Fue a cada punto importante de aquella ciudad en donde sabía que Alejandra podría tener alguna relación. Lo peor de todo eso es que lo menos que se esperaba que sucediera había sido lo que le costó más caro. Un hombre malo como él tenía tantas formas de perderlo todo que la venganza de una ex loca era la más inesperada. Pero hasta que no supiera que no había forma alguna de salvar a Nadia, no sería tarde.

Luego de buscar en donde vivía antes (cosa que sabía que no le iba a funcionar porque ya no tenía relación alguna con ese lugar) pensó en ir a buscarla en donde se supone que podría encontrarla; en donde estuviese su familia. Manejó por varios minutos hasta llegar a la casa de su hermano, la única persona que sabía que le quedaba viva y de quien, tal vez, podría obtener información.

—¡Mike! vociferó John golpeando a la puerta de su casa □ ¡Sé qué estás ahí! ¡Sal ya!

No tenía tiempo para formalidades, ni mucho menos para actuar civilizadamente. Mike, había escuchado los primeros gritos y se levantó asustado de su sofá para ver quién era. Definitivamente lo conocía, sabían que estaba ahí, pero ignoraba por qué alguien estaría golpeando con furia a su puerta y llamando a su puerta. Se levantó cauteloso, tratando de ver quién era y qué podría querer. Cogió un bate, suponiendo que era posible que pudiese necesitarlo.

—¡Mike, sal, demonios! continuó gritando John, golpeando a la puerta.

Mike seguía caminando con cuidado. Pensó en acercarse a la puerta, pero prefirió asomarse por la ventana que daba a la calle y ver de qué se trataba todo eso.

—¡Mike! ¡Maldita sea!

Al no recibir respuesta luego de las primeras tres veces que lo llamó, decidió actuar como la persona que era, de las que no le importaban las reglas ni nada en particular. Se apartó unos cuantos metros de la puerta y con un sólo impulso de su cuerpo, la empujó con una patada directo en donde se encontraba el seguro. De esa forma, contundentemente, la abrió de un golpe. En ese momento, Mike se encontraba entre el pasillo y la puerta porque quería ver por la ventana. John lo cogió a la defensiva, con un bate y todo sucedió como cualquiera se lo esperaría.

En un arranque de violencia, Mike intentó golpearlo con el bate para defenderse, pero John supo responder rápido y la cogió con la mano; con el retroceso de su fuerza, redirigió el golpe a la cara de su antiguo cuñado. El bate colisionó con su nariz, rompiéndola en un abrir y cerrar de ojos.

Mike perdió el equilibrio, retrocedió al momento, soltando el bate y buscando algo para sostenerse.

—Mike ¿en dónde demonios está Alejandra?

Mike tardó varios segundos en superar el trauma del golpe en su nariz, interiorizar la sangre corriéndole por el labio y de ver a un hombre con quien no guardaba relación en años. Se ahorró la necesidad de preguntar qué estaba sucediendo porque la pregunta de John parecía prioridad.

—¿Qué rayos voy a saber yo? exclamó □ hace semanas que se fue dijo.

Definitivamente no era la respuesta que John esperaba escuchar, pero si una que le servía de maravilla.

—¿Ha venido para aquí? preguntó John, lanzando el bate hacia atrás y acercándose a Mike para cogerlo por el cuello de su camisa.

—John ¿qué demonios te sucede? ¿Por qué entras así? Preguntó Mike, antes de que John lo levantase sin ningún problema y lo empujase hacía la pared para levantarlo.

—Dime todo lo que sepas de Alejandra, qué ha estado haciendo y qué demonios está tramando.

Mike no entendía, según lo que sabía de su hermana estaba viéndose con él por meses, lo que le confundió de inmediato al tenerlo al frente evidentemente furioso.

—¿Qué se yo si no vas a saber tú? Se supone que estaban saliendo otra vez.

—¿Saliendo? Yo no he visto a esa mujer en años.

—Si me sueltas, podemos hablar mejor...

—No tengo tiempo para hablar mejor, Mike, busco respuestas y las quiero ya.

En ese momento, tan puntual y diligentemente, su móvil sonó. Al instante, John no reaccionó, ignorando por completo el sonido del aparato.

—Te están llamando dijo Mike, bajando como pudo la mirada para señalarle hacía abajo.

John lo soltó, empujándolo a un lado y dejándolo caer. Cogió el móvil vio que se trataba de su hacker y atendió a la llamada.

—La encontré, Jefe. No está muy lejos.

—¿En dónde?

John le dio un rápido vistazo al lugar, miró a Mike e interiorizó que no tenía nada que ver con todo ello.

—Luego regreso a pagarte por esto, lo siento dijo, cambiando por completo de actitud.

En cuestión de minutos su hacker le había dado la dirección exacta del ultimo lugar en donde había sido vista Nadia. Por fortuna, el sitio que había comprado Alejandra a penas había salido del mercado y tenía una licorería al frente; las cámaras habían grabado a una pelirroja loca llegar con varios hombres y sacar a una chica del maletero. Todo indicaba a que era ella y John no perdió el tiempo en dirigirse al lugar.

Por fortuna, John iba en su deportivo más veloz, porque estaba seguro que eso sería una carrera contrarreloj. En menos de diez minutos ya le faltaban treinta metros para llegar al sitio que albergaba al amor de su vida... veinte, diez, cero. El coche colisionó con la puerta del lugar, derrumbando las paredes del frente del local y dejando la mitad del vehículo adentro y la otra mitad afuera. Superando el golpe, y habiendo sacado su arma de la guantera, abrió la puerta como pudo y se abrió paso en el lugar. No sabía qué encontrarse, ni con quien lo haría, pero estaba preparado a lo que fuera.

—¿Qué demonios? exclamó uno de los hombres que hacía guardia en la puerta que daba hacia Nadia.

Estaba un poco apartado del lugar del choque así que no recibió daño alguno. El grito alertó a John dándole su posición. No sabía cuantos eran, pero sabía que eran dos porque escuchaba su conversación.

—Maldito estúpido se llevó por el medio la pared dijo uno.

—Debe estar ebrio respondió el otro.

Ambos vieron la sombra de John acercarse a ellos, pero no estaban seguros de qué se trataba.

—Oye, idiota, ¿estás bien? preguntó uno de los hombres que resguardaba la puerta.

John se acercó a ellos lentamente y en lo que pudo verlos, levantó su arma y disparó sin preguntar. Dos veces en el pecho y una en la cabeza. En total, fueron seis disparos que alertaron a Nadia y a Alejandra luego del escandaloso golpe del coche atravesando la pared del local. La segunda no esperaba que se tratara de John, y mucho menos la primera, quien había dado por perdidas sus esperanzas.

Ante el golpe del coche, Alejandra respondió con un grito, escondiéndose detrás de Nadia.

—¿Qué fue eso? preguntó.

Nadia no pudo hacer más que cerrar los ojos.

—¿Qué habrá pasado? preguntó Alejandra, apartándose lentamente de Nadia, a quien usaba como escudo humano.

Se giró para buscar respuesta alguna en la mirada de Nadia quien sólo respondió al choque con una inspiración fuerte y un latido agitado del corazón. Sus sentidos estaban sensibles en ese momento, para ella todo parecía exagerado. Pasado un rato, se escucharon los disparos. De inmediato, Alejandra dejó escapar unos gritos de sorpresa, evidenciando su posición y demostrándole a John qué ahí estaba ella. Por otro lado, la señorita Nadia sólo se agitó un poco más, dado el caso.

Trató de correr de nuevo a las espaldas de Nadia cuando la puerta que los separaba fue tumbada de golpe. John no medio en palabras, sondeó el lugar y

miró alrededor. Lo primero que detalló fue a Nadia, guindando del techo semi desnuda con las manos extendidas, la cabeza baja, sin cabello y evidentes golpes en todo el cuerpo. Tenía el arma en mano, pero no a la vista de las mujeres.

—John, mi vida ¿cómo me encontraste? preguntó Alejandra, actuando con tal naturalidad que a John le procuró asco.

En lo que escuchó su nombre, un palpito se diferencio de los demás que estaba teniendo por el terror. Se trataba de John quien había ido a rescatarla, sino ¿por qué más habría de estar ahí? Él detalló que Alejandra estaba cubierta en sangre, vio la mesa con las cosas que usó para torturar a Nadia y de inmediato evaluó la situación: no valía el esfuerzo.

—Estuve esperándote, yo... trató de decir Alejandra, antes de que su antiguo amante arremetiera contra ella.

Con un solo movimiento de su mano levantó el arma, se puso en posición y apretó el gatillo. Esta vez no había sido el peón quien dio la orden, sino el rey que hizo la movida ganadora. Con un solo disparo acabó con la vida de Alejandra, sin preguntarle, sin confrontarla. Según su sentido de la justicia, los parásitos no merecían ser tomados en cuenta y mucho menos uno que le había hecho daño al amor de su vida.

—Te dije que no te quería volver a ver dijo, dirigiéndose al cuerpo sin vida de Alejandra.

Nadia respondió a aquel disparo con sorpresa y un alivio que no esperaba sentir desde hace semanas (tomando en cuenta su noción del tiempo). John se guardó el arma en el pantalón introduciendo el cañón y dejando la empuñadura afuera. Pasó por encima de Alejandra sin ningún problema, sin darle importancia a la pelirroja loca y se lanzó en contra de su amada. Levantó las manos y la liberó de sus ataduras.

—Nadia, Nadia dijo John □ ¿estás bien? Amor ¿estás bien?

Nadia no sabía qué decir, estaba entre adolorida y extasiada por el hecho de volverlo a ver.

—Todo está bien, ¿qué te hizo? ¿qué te duele? preguntó John.

Con un rápido vistazo, John revisó cada una de sus lesiones, evaluando lo que le había sucedido, entendiéndolo porque él mismo había torturado alguna

vez en su vida. Entre furioso y avergonzado, se lamentó al saber que algo como lo que él solía hacer pudo haber sido puesto en práctica en Nadia.

—John dijo Nadia, con las pocas fuerzas que le quedaban □ tu esposa está loca tratando de hacer una broma, pero muy débil para hacerlo sonar bien.

John no comprendió al instante lo que quiso decir, hasta que vio a Alejandra de nuevo en el suelo y supuso que eso era lo que ella le había dicho.

—Ella no es nadie aseveró John □ nunca fue mi esposa ni nada para mí.

A pesar que no era del todo cierto, ya no importaba. Alejandra, en menos de veinticuatro horas, se había ganado su odio completo; por desgracia, ella no lo supo, pero, para él, lo bueno era que no iba a vivir para recordarlo.

John cubrió a Nadia con su saco y la cogió entre sus brazos como pudo para no lastimarla demasiado y llevarla fuera de aquel lugar. Sus hombres estaban esperando en la calle; habían llegado minutos después que él tras las indicaciones del chico que llamó a John.

—Señor... trató de decir Diego.

Ambos esbirros miraron el cuerpo golpeado de Nadia entre los brazos de su jefe, completamente preocupados.

—Abre la puta puerta vociferó John □ necesitamos ir al hospital.

Diego se devolvió a hacer lo que su jefe le había ordenado e introdujeron con cuidado a Nadia en los asientos de atrás.

—Quédate tú y saca mi coche de aquí le dijo a Arturo □ Diego, tú ven conmigo, tú conducirás.

Diego abordó rápidamente el coche y cogieron marcha hasta el hospital más cercano.

—Todo va a estar bien dijo John a Nadia, mientras sostenía su cabeza sobre sus piernas y acariciaba su cuero cabelludo □ por favor no me dejes.

Nadia miraba a John cómo podía, pensando que la peor parte de sus últimos días había terminado. No esperaba para nada que la rescatasen, ni mucho menos que el amor de su vida embistiera en el lugar con todas sus fuerzas y se deshiciera de sus agresores sin siquiera pensarlo. Definitivamente no era un hombre cualquiera, ni mucho menos uno bueno.

Con la vista borrosa y completamente adolorida, trató de embozar una sonrisa que exteriorizara su felicidad. Se sentía a gusto, a salvo por fin mientras que John le acariciaba el lugar en donde su cabello solía estar y le inspeccionaba el cuerpo en búsqueda de más heridas.

—Vas a estar bien, ya todo acabó.

Nadia quería decirle que no llorase, que ya estaba con él y que eso era lo mejor que podía sucederle. Sus lagrimas aterrizaban sobre su piel, confundiéndose con su sudor y parte de su sangre. Quería abrazarlo, decirle que le quería, pero no tenía fuerzas ni siquiera para hablar.

Poco a poco iba desvaneciéndose, de la misma forma en que lo hizo durante horas con Alejandra. Le faltaban las fuerzas, le faltaban las energías necesarias para mantenerse activa pero ya no necesitaba estar consiente. John estaba ahí para cuidarla y, a pesar de no saber qué había hecho para encontrarla, estaba segura que un hombre cómo él había puesto el mundo de cabezas para dar con su paradero.

Así que, de esa forma, se dejó entregar a la tranquilidad que le confería el sueño, para quedarse en aquel lugar, sintiéndose amada. Tal vez no la cuidó muy bien y eso le llevó a esa terrible experiencia, pero, definitivamente supo compensarlo.

—No te volveré a dejar sola, dijo John, entre lagrimas □ no dejaré que esto te suceda de nuevo. Discúlpame por favor, discúlpame.

Le dolía el cuerpo para respirar, los ojos para mantenerlos abiertos y la garganta para decirle lo que pensaba, pero, a pesar de ello, sin siquiera decirlo, pensó que estaba diciéndole lo más profundo y real que pudo haberle dicho jamás.

—John, yo te amo pensó en decir. Sintiendo que lo había dicho en serio.

Y, lentamente, Nadia fue cerrando los ojos, mientras escuchaba la voz de su amado, a la espera de un nuevo día, sabiendo que todo iba a estar mejor, que no le faltaría más nada y que nada llegaría a amenazarla de nuevo porque, su hombre de moral cuestionable, no lo permitiría.

John estaba seguro que dejaría ese maldito mundo atrás, convencido de que fue esa misma realidad lo que lo puso en peligro a su amada. ¿Qué más iba a ser? Ya nada le importaba, lo única que merecía la pena era

mantener a Nadia segura, con vida y feliz. Y él, completamente entregado a su palabra, se iba a encargar de darle todo lo que necesitaba hasta el final de sus días.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[La Mujer Trofeo](#)

[Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario](#)
— [Comedia Erótica y Humor](#) —

[J * did@ - mente Erótica](#)

[BDSM : Belén , Dominación , Sumisión y Marcos el Millonario](#)
— [Romance Oscuro y Erótica](#) —

[La Celda de Cristal](#)

[Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso](#)
— [Romance Oscuro y Erótica](#) —

“Bonus Track”

— Preview de [“La Mujer Trofeo”](#) —

Capítulo 1

Cuando era adolescente no me imaginé que mi vida sería así, eso por descontado.

Mi madre, que es una crack, me metió en la cabeza desde niña que tenía que ser independiente y hacer lo que yo quisiera. “*Estudia lo que quieras, aprende a valerte por ti misma y nunca mires atrás, Belén*”, me decía.

Mis abuelos, a los que no llegué a conocer hasta que eran muy viejitos, fueron siempre muy estrictos con ella. En estos casos, lo más normal es que la chavala salga por donde menos te lo esperas, así que siguiendo esa lógica mi madre apareció a los dieciocho con un bombo de padre desconocido y la echaron de casa.

Del bombo, por si no te lo imaginabas, salí yo. Y así, durante la mayor parte de mi vida seguí el consejo de mi madre para vivir igual que ella había vivido: libre, independiente... y pobre como una rata.

Aceleramos la película, nos saltamos unas cuantas escenas y aparezco en una tumbona blanca junto a una piscina más grande que la casa en la que me crié. Llevo puestas gafas de sol de Dolce & Gabbana, un bikini exclusivo de Carolina Herrera y, a pesar de que no han sonado todavía las doce del mediodía, me estoy tomando el medio gin-tonic que me ha preparado el servicio.

Pese al ligero regusto amargo que me deja en la boca, cada sorbo me sabe a triunfo. Un triunfo que no he alcanzado gracias a mi trabajo (a ver cómo se hace una rica siendo psicóloga cuando el empleo mejor pagado que he tenido ha sido en el Mercadona), pero que no por ello es menos meritorio.

Sí, he pegado un braguetazo.

Sí, soy una esposa trofeo.

Y no, no me arrepiento de ello. Ni lo más mínimo.

Mi madre no está demasiado orgullosa de mí. Supongo que habría preferido que siguiera escaldándome las manos de lavaplatos en un restaurante, o las rodillas como fregona en una empresa de limpieza que hacía malabarismos con mi contrato para pagarme lo menos posible y tener la capacidad de echarme sin que pudiese decir esta boca es mía.

Si habéis escuchado lo primero que he dicho, sabréis por qué. Mi madre cree que una mujer no debería buscar un esposo (o esposa, que es muy moderna) que la mantenga. A pesar de todo, mi infancia y adolescencia fueron estupendas, y ella se dejó los cuernos para que yo fuese a la universidad. “¿Por qué has tenido que optar por el camino fácil, Belén?”, me dijo desolada cuando le expliqué el arreglo.

Pues porque estaba hasta el moño, por eso. Hasta el moño de esforzarme y que no diera frutos, de pelearme con el mundo para encontrar el pequeño espacio en el que se me permitiera ser feliz. Hasta el moño de seguir convenciones sociales, buscar el amor, creer en el mérito del trabajo, ser una mujer diez y actuar siempre como si la siguiente generación de chicas jóvenes fuese a tenerme a mí como ejemplo.

Porque la vida está para vivirla, y si encuentras un atajo... Bueno, pues habrá que ver a dónde conduce, ¿no? Con todo, mi madre debería estar orgullosa de una cosa. Aunque el arreglo haya sido más bien decimonónico, he llegado hasta aquí de la manera más racional, práctica y moderna posible.

Estoy bebiendo un trago del gin-tonic cuando veo aparecer a Vanessa Schumacher al otro lado de la piscina. Los hielos tintinean cuando los dejo a la sombra de la tumbona. Viene con un vestido de noche largo y con los zapatos de tacón en la mano. Al menos se ha dado una ducha y el pelo largo y rubio le gotea sobre los hombros. Parece como si no se esperase encontrarme aquí.

Tímida, levanta la mirada y sonrío. Hace un gesto de saludo con la mano libre y yo la imito. No hemos hablado mucho, pero me cae bien, así que le indico que se acerque. Si se acaba de despertar, seguro que tiene hambre.

Vanessa cruza el espacio que nos separa franqueando la piscina. Deja los zapatos en el suelo antes de sentarse en la tumbona que le señalo. Está algo inquieta, pero siempre he sido cordial con ella, así que no tarda en obedecer y relajarse.

—¿Quieres desayunar algo? —pregunto mientras se sienta en la tumbona con un crujido.

—Vale —dice con un leve acento alemán. Tiene unos ojos grises muy bonitos que hacen que su rostro resplandezca. Es joven; debe de rondar los veintipocos y le ha sabido sacar todo el jugo a su tipazo germánico. La he visto posando en portadas de revistas de moda y corazón desde antes de que yo misma apareciera. De cerca, sorprende su aparente candidez. Cualquiera diría que es una mujer casada y curtida en este mundo de apariencias.

Le pido a una de las mujeres del servicio que le traiga el desayuno a Vanessa. Aparece con una bandeja de platos variados mientras Vanessa y yo hablamos del tiempo, de la playa y de la fiesta en la que estuvo anoche. Cuando le da el primer mordisco a una tostada con mantequilla light y mermelada de naranja amarga, aparece mi marido por la misma puerta de la que ha salido ella.

¿Veis? Os había dicho que, pese a lo anticuado del planteamiento, lo habíamos llevado a cabo con estilo y practicidad.

Javier ronda los treinta y cinco y lleva un año retirado, pero conserva la buena forma de

un futbolista. Alto y fibroso, con la piel bronceada por las horas de entrenamiento al aire libre, tiene unos pectorales bien formados y una tableta de chocolate con sus ocho onzas y todo.

Aunque tiene el pecho y el abdomen cubiertos por una ligera mata de vello, parece suave al tacto y no se extiende, como en otros hombres, por los hombros y la espalda. En este caso, mi maridito se ha encargado de decorárselos con tatuajes tribales y nombres de gente que le importa. Ninguno es el mío. Y digo que su vello debe de ser suave porque nunca se lo he tocado. A decir verdad, nuestro contacto se ha limitado a ponernos las alianzas, a darnos algún que otro casto beso y a tomarnos de la mano frente a las cámaras.

El resto se lo dejo a Vanessa y a las decenas de chicas que se debe de tirar aquí y allá. Nuestro acuerdo no precisaba ningún contacto más íntimo que ese, después de todo.

Así descrito suena de lo más atractivo, ¿verdad? Un macho alfa en todo su esplendor, de los que te ponen mirando a Cuenca antes de que se te pase por la cabeza que no te ha dado ni los buenos días. Eso es porque todavía no os he dicho cómo habla.

Pero esperad, que se nos acerca. Trae una sonrisa de suficiencia en los labios bajo la barba de varios días. Ni se ha puesto pantalones, el tío, pero supongo que ni Vanessa, ni el servicio, ni yo nos vamos a escandalizar por verle en calzoncillos.

Se aproxima a Vanessa, gruñe un saludo, le roba una tostada y le pega un mordisco. Y después de mirarnos a las dos, que hasta hace un segundo estábamos charlando tan ricamente, dice con la boca llena:

—Qué bien que seáis amigas, qué bien. El próximo día te llamo y nos hacemos un trío, ¿eh, Belén?

Le falta una sobada de paquete para ganar el premio a machote bocazas del año, pero parece que está demasiado ocupado echando mano del desayuno de Vanessa como para regalarnos un gesto tan español.

Vanessa sonrío con nerviosismo, como si no supiera qué decir. Yo le doy un trago al gintonic para ahorrarme una lindeza. No es que el comentario me escandalice (después de todo, he tenido mi ración de desenfreno sexual y los tríos no me disgustan precisamente), pero siempre me ha parecido curioso que haya hombres que crean que esa es la mejor manera de proponer uno.

Como conozco a Javier, sé que está bastante seguro de que el universo gira en torno a su pene y que tanto Vanessa como yo tenemos que usar toda nuestra voluntad para evitar arrojarnos sobre su cuerpo semidesnudo y adorar su miembro como el motivo y fin de nuestra existencia.

A veces no puedo evitar dejarle caer que no es así, pero no quiero ridiculizarle delante de su amante. Ya lo hace él solito.

—Qué cosas dices, Javier —responde ella, y le da un manotazo cuando trata de cogerle el vaso de zumo—. ¡Vale ya, que es mi desayuno!

—¿Por qué no pides tú algo de comer? —pregunto mirándole por encima de las gafas de sol.

—Porque en la cocina no hay de lo que yo quiero —dice Javier.

Me guiña el ojo y se quita los calzoncillos sin ningún pudor. No tiene marca de bronceado; en el sótano tenemos una cama de rayos UVA a la que suele darle uso semanal. Nos deleita con una muestra rápida de su culo esculpido en piedra antes de saltar de cabeza a la piscina. Unas gotas me salpican en el tobillo y me obligan a encoger los pies.

Suspiro y me vuelvo hacia Vanessa. Ella aún le mira con cierta lujuria, pero niega con la cabeza con una sonrisa secreta. A veces me pregunto por qué, de entre todos los tíos a los que podría tirarse, ha elegido al idiota de Javier.

—Debería irme ya —dice dejando a un lado la bandeja—. Gracias por el desayuno, Belén.

—No hay de qué, mujer. Ya que eres una invitada y este zopenco no se porta como un verdadero anfitrión, algo tengo que hacer yo.

Vanessa se levanta y recoge sus zapatos.

—No seas mala. Tienes suerte de tenerle, ¿sabes?

Bufo una carcajada.

—Sí, no lo dudo.

—Lo digo en serio. Al menos le gustas. A veces me gustaría que Michel se sintiera atraído por mí.

No hay verdadera tristeza en su voz, sino quizá cierta curiosidad. Michel St. Dennis, jugador del Deportivo Chamartín y antiguo compañero de Javier, es su marido. Al igual que Javier y yo, Vanessa y Michel tienen un arreglo matrimonial muy moderno.

Vanessa, que es modelo profesional, cuenta con el apoyo económico y publicitario que necesita para continuar con su carrera. Michel, que está dentro del armario, necesitaba una fachada heterosexual que le permita seguir jugando en un equipo de Primera sin que los rumores le fastidien los contratos publicitarios ni los directivos del club se le echen encima.

Como dicen los ingleses: una situación *win-win*.

—Michel es un cielo —le respondo. Alguna vez hemos quedado los cuatro a cenar en algún restaurante para que nos saquen fotos juntos, y me cae bien—. Javier sólo me pretende porque sabe que no me interesa. Es así de narcisista. No se puede creer que no haya caído rendida a sus encantos.

Vanessa sonrío y se encoge de hombros.

—No es tan malo como crees. Además, es sincero.

—Mira, en eso te doy la razón. Es raro encontrar hombres así. —Doy un sorbo a mi

cubata—. ¿Quieres que le diga a Pedro que te lleve a casa?

—No, gracias. Prefiero pedirme un taxi.

—Vale, pues hasta la próxima.

—Adiós, guapa.

Vanessa se va y me deja sola con mis gafas, mi bikini y mi gin-tonic. Y mi maridito, que está haciendo largos en la piscina en modo Michael Phelps mientras bufa y ruge como un dragón. No tengo muy claro de si se está pavoneando o sólo ejercitando, pero corta el agua con sus brazadas de nadador como si quisiera desbordarla.

A veces me pregunto si sería tan entusiasta en la cama, y me imagino debajo de él en medio de una follada vikinga. ¿Vanessa grita tan alto por darle emoción, o porque Javier es así de bueno?

Y en todo caso, ¿qué más me da? Esto es un arreglo moderno y práctico, y yo tengo una varita Hitachi que vale por cien machos ibéricos de medio pelo.

Una mujer con la cabeza bien amueblada no necesita mucho más que eso.

Javier

Disfruto de la atención de Belén durante unos largos. Después se levanta como si nada, recoge el gin-tonic y la revista insulsa que debe de haber estado leyendo y se larga.

Se larga.

Me detengo en mitad de la piscina y me paso la mano por la cara para enjuagarme el agua. Apenas puedo creer lo que veo. Estoy a cien, con el pulso como un tambor y los músculos hinchados por el ejercicio, y ella se va. ¡Se va!

A veces me pregunto si no me he casado con una lesbiana. O con una frígida. Pues anda que sería buena puntería. Yo, que he ganado todos los títulos que se puedan ganar en un club europeo (la Liga, la Copa, la Súper Copa, la Champions... Ya me entiendes) y que marqué el gol que nos dio la victoria en aquella final en Milán (bueno, en realidad fue de penalti y Jáuregui ya había marcado uno antes, pero ese fue el que nos aseguró que ganábamos).

La Mujer Trofeo

Romance Amor Libre y Sexo con el Futbolista Millonario

— Comedia Erótica y Humor —

Ah, y...

¿Has dejado ya una Review de este libro?

Gracias.